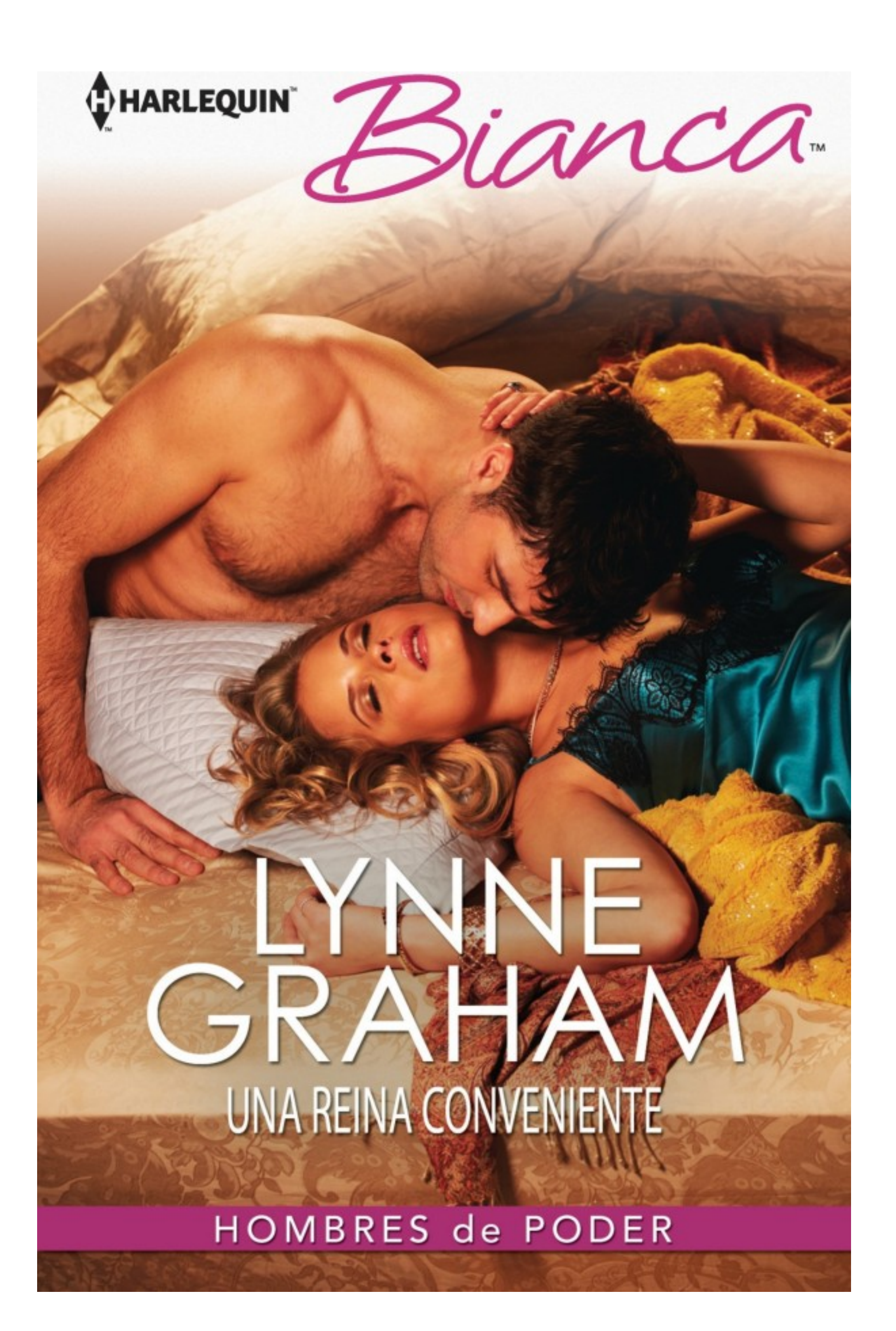

HARLEQUIN
Bianca
LYNNE
GRAHAM
UNA REINA CONVENIENTE
HOMBRES de PODER

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una reina conveniente, n.º 99 - diciembre 2014
Título original: Zarif's Convenient Queen
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4872-6
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Capítulo 1

Zarif estaba aburrido. Había perdido interés por los opulentos encantos de su amante de piel color crema y sumamente sofisticada. Justo en ese instante estaba en la cama, cautivada por su reflejo en el espejo mientras se colocaba el resplandeciente colgante de rubí que colgaba de su cuello.

–Es precioso –le dijo con los ojos abiertos de par en par y ávida admiración–. Gracias. Has sido muy generoso.

Lena era muy perspicaz. Sabía que el colgante era un regalo de despedida y que tendría que abandonar su espléndido piso de Dubái sin discusión y partir en busca de otro hombre rico. Tal como Zarif había descubierto, el sexo no era para tanto. En el dormitorio prefería a las aficionadas antes que a las profesionales, pero no se hacía muchas ilusiones con la moral de las mujeres que tenía como amantes. Les proporcionaba medios para disfrutar de la buena vida mientras ellas le proporcionaban a él una necesaria válvula de escape para su excesivamente acusado deseo sexual. Esas mujeres comprendían la necesidad de que fuera una relación discreta y entendían que contactar con los medios sería un movimiento muy poco inteligente.

Y es que Zarif tenía más necesidad que la mayoría de los hombres de conservar intacta su imagen pública. A los doce años se había convertido en rey de Vashir con su tío ejerciendo como regente hasta que él alcanzó la mayoría de edad. Era el último de una larga lista de soberanos feudales ocupando el trono esmeralda en el viejo palacio. Vashir era productor de petróleo, pero un país muy conservador, y siempre que Zarif había intentado llevarlo hasta el siglo XXI, la vieja guardia de su consejo, compuesta por doce jeques tribales que superaban los sesenta años, se había horrorizado y le había suplicado que lo reconsiderara.

–¿Vas a casarte? –le preguntó Lena bruscamente antes de lanzarle una mirada de desconcierto–. Lo siento, sé que no es asunto mío.

–Aún no, pero pronto –respondió Zarif escuetamente estirándose la chaqueta sastre de su traje y dándose la vuelta.

–Buena suerte –dijo ella en voz baja–. Será una mujer afortunada.

Zarif seguía con el ceño fruncido al entrar en el ascensor. En lo que concernía al tema del matrimonio o de los hijos, la suerte no había hecho mucho acto de presencia en su árbol genealógico. Históricamente, los matrimonios por amor habían resultado tan fallidos como las nupcias por conveniencia y de ellos habían nacido muy pocos hijos. Zarif había crecido como hijo único y ya no podía soportar la presión que recaía sobre él para que se casara y proporcionara un heredero a la corona. Había llegado a la edad de veintinueve soltero porque en realidad era un viudo cuya esposa, Azel, y su hijo, Firas, habían muerto en un accidente de coche siete años antes.

En ese momento Zarif había pensado que jamás se recuperaría de semejante e indescriptible pérdida. Todo el mundo había respetado su derecho a llorarlos, pero aun así era bien consciente de que no podía ignorar sus obligaciones para siempre. Preservar la continuidad de su línea de sangre para asegurar la estabilidad del país que tanto amaba era su deber más básico. Sin embargo, lo cierto era que no quería ninguna esposa y se sentía culpable por ello. Le gustaba estar solo, le gustaba su vida tal cual era.

Un elegante jet privado lo devolvió a Vashir. Antes de desembarcar se enfundó la larga túnica blanca, la capa beis y el tocado requerido para asistir a la ceremonia de inauguración de un nuevo museo en el centro de la ciudad. Solo después de esa aparición quedaría libre para volver al viejo palacio, una laberíntica propiedad levantada entre exuberantes jardines perfumados. Hacía tiempo que había quedado eclipsado por el gigantesco y resplandeciente nuevo palacio construido al otro lado de la ciudad, y que ahora funcionaba como centro oficial del gobierno. Pero Zarif había crecido en el viejo palacio y se sentía fuertemente vinculado a él.

Además, era el lugar donde su querido tío Halim estaba pasando los últimos meses de su enfermedad terminal y Zarif quería aprovechar al máximo el tiempo que le quedaba. En muchos aspectos, Halim había sido el padre al que nunca había conocido,

un hombre tranquilo y amable que le había enseñado todo lo que había necesitado saber sobre negociaciones, autodisciplina y habilidades políticas.

Yaman, su director comercial, lo esperaba en la habitación que Zarif empleaba como despacho.

–¿Qué te trae por aquí? –preguntó Zarif sorprendido dado que el hombre no solía hacerle semejantes visitas.

A diferencia de sus hermanos, Nik y Cristo, que se habían forjado un nombre en el mundo de las finanzas, a Zarif le interesaban muy poco sus asuntos de negocios. Vashir se había convertido en un país rico gracias al petróleo mucho antes de que él hubiera nacido y, de ahí, que hubiera crecido rodeado de riqueza. Yaman y su altamente cualificado equipo estaban al mando de esa fortuna y la conservaban.

–Hay una cuestión sobre la que creo que debo ponerle al corriente –le informó Yaman con tono grave.

–Por supuesto. ¿Qué problema hay? –preguntó Zarif apoyando la espalda contra el borde de su escritorio y con su oscura mirada cargada de preguntas y destacando sobre sus esbeltos rasgos bronceados.

El aire de turbación del contable aumentó.

–Tiene que ver con un préstamo personal que le hizo a un amigo hace tres años… Jason Gilchrist.

Desconcertado ante la mención de ese nombre, Zarif se puso tenso. Pero, al oírlo, no fue el rostro del que una vez había sido su amigo el que vio, sino el de la hermana de Jason, Eleonora. La imagen de una joven con una sedosa melena rizada color miel, unos intensos ojos azules y las piernas de una gacela. Se quedó paralizado y a la defensiva ante la velocidad de su nada esperada respuesta y el desagradable recuerdo de unas ofensas que jamás había olvidado:

«Somos demasiado jóvenes para casarnos».

«Soy inglesa. No podría vivir en una cultura en la que las mujeres son ciudadanas de segunda».

«No estoy hecha para ser reina».

–¿Qué ha pasado? –le preguntó a Yaman con su habitual calma; solo el repentino brillo que hizo que su oscura mirada adoptara un tono ámbar contradijo su fachada de frialdad.

Ella entró en la silenciosa casa. Estaba tan cansada que solo la fuerza de su voluntad la mantenía en pie.

Había luz bajo de la puerta del salón: Jason estaba levantado. Pasó por delante sin hacer ruido, incapaz de tener otro enfrentamiento con su hermano, y fue a la cocina. Estaba hecha un desastre y con platos con comida aún sobre la mesa. Las sillas seguían retiradas de la mesa desde el día antes, cuando habían pegado un salto de sus asientos en cuanto Jason había soltado la devastadora noticia de su ruina económica durante una comida familiar. Poniéndose recta, y negándose a recordar ese espantoso almuerzo, Ella comenzó a recoger sabiendo que se sentiría peor si tenía que ocuparse de todo ese desastre a la mañana siguiente.

La casa ya no parecía un hogar sin sus padres. Unas angustiosas imágenes de su madre yaciendo inmóvil y frágil en la cama del hospital y de su padre sollozando sin control le invadieron la mente. Los ojos se le llenaron de unas ardientes lágrimas y parpadeó para contenerlas porque darles rienda suelta a la autocompasión y a la tristeza no cambiaría nada de lo que había pasado.

Los horrores de las últimas cuarenta y ocho horas se habían acumulado como coches en una colisión múltiple. La pesadilla había comenzado cuando Jason había admitido que la empresa de contabilidad propiedad de la familia estaba al borde de la bancarrota y que el hogar de sus padres, donde todos vivían juntos, estaba rehipotecado. Recién llegados del crucero por el Mediterráneo, después de que Jason hubiera convencido a sus padres para hacerlo mientras él se ocupaba del negocio, su padre se había mostrado furioso y sin poder creer que las cosas se hubieran puesto tan mal en tan poco tiempo. Gerald Gilchrist había salido corriendo a la oficina para comprobar los libros de cuentas de la empresa y le había pedido consejo a su director de banca mientras Jason se había quedado en casa explicándole la situación a su madre con más detalle.

En un principio, Jennifer Gilchrist se había mostrado calmada, aparentemente convencida de que su hijo, un joven inteligente y de éxito, sería capaz de solucionar cualquier problema que surgiera y aseguraría la prosperidad de la familia. A diferencia de su marido,

no había condenado a su hijo por su falta de honradez al falsificar sus firmas en el documento empleado para volver a hipotecar la casa. Es más, había dado por hecho que Jason simplemente había estado intentando proteger a sus padres de unas preocupaciones económicas innecesarias.

Pero, claro, desde su nacimiento Jason había sido el centro del mundo de sus padres, admitió Ella con ironía. Siempre lo habían excusado cuando había mentido o engañado y le habían ofrecido un perdón y una comprensión inmediatos en muchas ocasiones. Inteligente y atlético de manera innata, Jason había resplandecido en todos los ámbitos y el orgullo de sus padres hacia él había sido ilimitado. Pero su hermano siempre había tenido un lado oscuro combinado con una desconcertante falta de preocupación por el bienestar de los demás. Sus padres habían ahorrado para enviarlo a una escuela privada de élite y, cuando había conseguido una plaza en la Universidad de Oxford, se habían mostrado exultantes por su logro.

En la universidad, Jason había hecho amistad con alumnos mucho más ricos que él. ¿Fue entonces cuando su hermano había empezado a sucumbir a esa clase de ambición y avaricia que no haría más que meterlo en problemas? ¿O ese cambio había tenido lugar solo después de que se hubiera convertido en un banquero de altos vuelos con un Porsche y un fuerte sentido de la propiedad y de los beneficios que creía que merecía? Fuera lo que fuese, Jason siempre había querido más y casi de forma inevitable ese anhelo por las riquezas fácilmente accesibles lo había tentado por el mal camino de la vida. Pero lo que jamás podría perdonarle a su hermano era que hubiera arrastrado a sus padres tras él sumiéndolos en el lodo de las deudas y la desesperación.

Sin embargo, lo peor ya había pasado, se dijo Ella en un intento de consolarse. Nada podía igualarse al horror del desplome de su madre que, tras el impacto de conocer su desastrosa situación económica, había sufrido un ataque al corazón. Después de que la hubieran llevado a urgencias el día antes, Jennifer Gilchrist se había visto sometida a una cirugía de urgencia y ahora, gracias a Dios, se estaba recuperando en la unidad de cuidados intensivos. Su padre se había esforzado al máximo por acoplarse a ese repentino cambio, pero al final lo había superado saber que no podría pagarles a sus

empleados los salarios que les correspondían. Conmocionado y avergonzado, finalmente se había visto abrumado y se había derrumbado en la sala de espera del hospital, donde había llorado en los brazos de su hija mientras se culpaba por no haber vigilado más de cerca las actividades de su hijo dentro de la compañía.

Un leve sonido hizo que Ella girara la cabeza. Su hermano, que tenía la constitución de un jugador de rugby y el corpulento perfil de un hombre que no malgastaba mucho tiempo en mantenerse en forma, estaba en la puerta de la cocina con un vaso de whisky en la mano.

–¿Cómo está mamá? –preguntó con brusquedad.

–El pronóstico es bueno –le respondió en voz baja y se giró hacia el fregadero, prefiriendo mantenerse ocupada para no pensar en el inquietante hecho de que su hermano ni la hubiera acompañado al hospital ni hubiera hecho el esfuerzo de ir a visitar a su madre.

–No es culpa mía que haya sufrido un ataque –le dijo Jason con tono beligerante.

–Yo no he dicho que lo fuera –respondió Ella, decidida a no entrar en discusiones con su hermano, que incluso de niño se hubiera tirado veinticuatro horas discutiendo antes que dar su brazo a torcer–. No pretendo culpar a nadie.

–Lo que quiero decir es que… mamá podría haber tenido un infarto en cualquier momento y que, al menos, por el modo en que pasó, todos estábamos aquí para ocuparnos y asegurarnos de que llegara pronto al hospital –añadió con elocuencia.

–Sí –respondió Ella en un intento por no perder la calma, y se detuvo antes de continuar–: Quería preguntarte una cosa… Ese impresionante préstamo que dices que pediste hace tres años…

–¿Qué pasa? –preguntó con una dureza que indicó que no estaba de humor para responder a sus preguntas.

–¿En qué banco lo pediste?

–Ningún banco me habría dado esa cantidad de dinero sin garantía colateral –respondió con una mirada de desprecio por su ignorancia sobre el tema–. Zarif me dio el dinero.

Cuando pronunció ese nombre en voz alta, a Ella se le cayó el estropajo de las manos.

–¿Zarif? –repitió con incredulidad y con la voz entrecortada.

–Después de que me despidieran del banco, me ofreció el dinero

para levantar mi propio negocio. Fue un préstamo libre de intereses y no tenía que devolverle nada durante los tres primeros años –explicó a regañadientes–. Solo un idiota se habría negado a aprovecharse de un trato tan bueno.

–Fue muy… amable por su parte –comentó Ella con tirantez y su hermoso y pálido rostro tenso mientras batallaba con los poderosos sentimientos que la invadían por dentro. Todos ellos reacciones que había aprendido a contener durante tres largos años de fiera autodisciplina, sin permitirse jamás mirar atrás hacia la que había sido la experiencia más angustiosa de toda su vida–. Pero no levantaste ningún negocio… te hiciste socio de papá.

–Bueno, qué mejor lugar para trabajar que tu hogar, al lado de tu familia, o eso dicen… –dijo su hermano sin la más mínima vergüenza–. La empresa familiar no iba a ninguna parte hasta que entré yo.

Ella contuvo una furiosa réplica y apretó los labios con decisión. Ojalá Jason hubiera optado por abrir su propio negocio, pero en lugar de eso había arruinado una compañía estable que había generado unos buenos ingresos.

–No me puedo creer que aceptaras dinero de Zarif.

–Cuando un multimillonario te ofrece dinero, sería de tontos no aceptarlo –la informó Jason con tono condescendiente–. Aunque, claro, Zarif solo me ofreció el préstamo porque creía que ibas a casarte con él y tener un cuñado en paro le habría supuesto una gran vergüenza.

A Ella se le tensaron los músculos de la espalda ante el perturbador comentario de su hermano.

–Si eso es verdad, deberías haberle devuelto el dinero cuando rompimos.

–No rompisteis, Ella –la interrumpió Jason con desdén–. Tú te negaste a casarte con él inexplicablemente rechazando así el chollo del siglo. Zarif jamás volvería a saludarnos después de haberse llevado un palo tan fuerte. Así que, si estás buscando a alguien a quien culpar por todo esto, ¡fíjate en el papel que desempeñaste para habernos hecho acabar cayendo así!

Con sus enormes ojos azules abiertos de par en par con consternación y sus delicadas mejillas sonrojadas, Ella se dio la vuelta.

–¿Intentas decirme que, en cierto modo, soy responsable de lo que ha pasado?

Un amargo resentimiento encendió la mirada inyectada en sangre de su hermano.

–Tomaste una decisión absolutamente egoísta al negarte a casarte con Zarif, que no solo lo ofendió, sino que también destruyó mi amistad con él. ¡Después de aquello, no volvió a ponerse en contacto conmigo!

Ella agachó la cabeza y unas ondas de cabello color miel ocultaron su rostro desconcertado y su atribulada mirada azul. La amistad de su hermano con Zarif había muerto a todos los efectos el mismo día en que ella había rechazado la proposición de matrimonio de Zarif y ese era un hecho que no podía negar.

–Sí, lo rechacé, pero no fue una decisión egoísta; no estábamos hechos el uno para el otro –dijo con titubeo y la mirada clavada en un agujero de las baldosas del suelo.

–Cuando acepté aquel dinero de Zarif di por hecho que ibas a casarte con él y que no tenía que preocuparme por devolvérselo –le contestó con vehemencia y dándole otro trago al mejor whisky de su padre, aunque sin apreciarlo lo más mínimo–. Está claro que es culpa tuya que ahora estemos metidos en líos. Después de todo, tú también te has llevado tu parte del dinero de Zarif.

Ella frunció el ceño, desconcertada por esa repentina acusación que salió así, como de la nada.

–¿Qué dinero? Yo jamás he tocado el dinero de Zarif.

–¡Oh, sí, claro que sí! –le respondió Jason con mortificante satisfacción–. Cuando necesitaste dinero para hacerte socia de Cathy en la tienda, ¿de dónde crees que te lo conseguí?

Ella miró a su hermano mayor horrorizada.

–Me dijiste que era tu dinero, ¡tus ahorros! –protestó afligida–. ¿Me estás diciendo que el dinero salió del préstamo de Zarif?

–¿Y cómo iba a tener yo ahorros? –preguntó Jason con burla–. Cuando me echaron, estaba hasta el cuello de deudas. Tenía préstamos de coches, préstamos bancarios, una hipoteca enorme de mi apartamento…

Ella se quedó atónita ante esas palabras. Después de terminar la universidad, su amiga Cathy y ella habían abierto una librería con zona de cafetería en el pueblo donde vivían. Ella le había pedido

dinero a Jason para aportar su parte de la inversión y le pagaba unas cuotas mensuales a cambio de aquella financiación inicial. Es más, dos años y medio después de aquello seguía siendo pobre y no podía permitirse salir de casa de sus padres ni comprarse un coche con sus ingresos de la tienda. Sin embargo, la tienda marchaba bien, aunque no lo suficiente como para permitirle ningún tipo de lujo. Cathy, hija única de unos padres adinerados dueños de una cadena de residencias de ancianos, se encontraba en una posición mucho más acomodada porque la tienda no era su única fuente de ingresos.

–Me engañaste a propósito –lo acusó Ella con voz temblorosa–. Jamás habría aceptado ese dinero de haber sabido que era de Zarif, y tú lo sabías.

–Los que suplican no pueden elegir. Tuviste suerte de conseguir el dinero en su momento.

–Si es cierto que mi parte de la inversión de la tienda vino del préstamo de Zarif, entonces está claro que estoy más implicada de lo que creía –admitió antes de dejarse caer en una silla junto a la mesa de la cocina–. Pero no puedes culparme por el hecho de que te hayas gastado una enorme cantidad de dinero en cosas superficiales como despachos nuevos y que ahora no puedas reponer ese dinero.

Jason le lanzó una mirada fulminante de auténtico desagrado que la hizo palidecer.

–¿No puedo? ¡Cuando recibí ese dinero jamás me esperé tener que devolverlo! –le dijo con brusquedad–. Di por hecho que te casarías con Zarif y que entonces él jamás esperaría que se lo devolviera! Para que lo sepas, te culpo por toda esta maldita pesadilla. ¡Si no hubieras rechazado a Zarif ni le hubieras tirado a su cara esa proposición de matrimonio, ahora no estaríamos metidos en este lío!

Apretando los dientes, Ella se levantó del asiento furiosa y de un brinco.

–¡Eso no es justo! Desde el momento en que recibiste aquel préstamo has sido totalmente deshonesto y un maldito derrochador. Quebrantaste las leyes al falsificar la firma de mamá y papá para rehipotecar esta casa, nos engañaste a todos sobre lo que estaba pasando de verdad con la empresa… ¡No te atrevas a hacer parecer que todo esto es culpa mía! –le gritó furiosa y a la defensiva.

–¡Qué egoísta y corta de miras eres! –la acusó Jason con el rostro enrojecido de furia y los puños apretados–. Fuiste tú la que echaste a perder la amistad de Zarif con esta familia y nos puso en una situación humillante, así que deberías ser tú la que fuera a verlo ahora y pedirle que nos dé tiempo para arreglar esto.

–¿Verlo? –repitió Ella con tono estridente y sin ocultar su consternación ante esa propuesta–. ¿De verdad quieres que vaya a ver a Zarif?

–¿Quién mejor? –le preguntó Jason arrugando el labio–. Los hombres suelen ser más comprensivos cuando una mujer hermosa les pide un favor y Zarif no sería humano si ver a una mujer suplicándole no lo ablanda.

Ella, encendida de pies a cabeza, miraba la superficie de la mesa. Su rubor fue diminuyendo lentamente mientras contemplaba la idea de volver a ver a Zarif y su lividez pronto se vio acompañada de náuseas ante la idea de tener que suplicarle–. No puedo hacerlo. No podría soportar volver a verlo –dijo entre dientes, avergonzada de verse forzada a admitir semejante debilidad, a sentir tanto por algo que había sucedido tanto tiempo atrás.

–Bueno, pues no creo que a mí quiera verme dadas las circunstancias, pero solo la curiosidad hará que tú sí te ganes una audiencia real –predijo Jason con hiriente seguridad–. Y ni siquiera tienes que ir hasta ese país dejado de la mano de Dios para hacerlo. Va a hacer una donación para un edificio de Ciencias de la Universidad de Oxford y pasado mañana dará un discurso allí.

El hermoso rostro de Ella estaba pálido y tenso.

–Pues no importa porque no quiero ni verlo ni volver a hablar con él.

–¿Ni siquiera para rescatar a papá y mamá de esta pesadilla? –la reprendió con tono desagradable–. Admitámoslo, ahora mismo eres nuestra única esperanza. Y solo me queda esperar que Zarif tenga una vena sentimental escondida por alguna parte que lo haga reaccionar.

–No soy responsable del préstamo o de la hipoteca de esta casa –dijo Ella mientras se preguntaba si estaba siendo egoísta, y sintiéndose torturada ante la insistencia de su hermano de que solo ella podía ayudar a sus padres en esa grave situación.

¿Acaso Jason solo estaba intentando manipularla para salvarse a él mismo? ¿Estaba lanzándole una propuesta desesperada que mortificaría su orgullo, pero que al final no cambiaría nada la situación? ¿De verdad se pensaba que Zarif la escucharía? Sin duda, Zarif había apreciado y respetado a sus padres y probablemente no tenía la más mínima idea de que el mal manejo de Jason del préstamo había destruido su seguridad económica.

–¿Es que no te das cuenta de lo valioso que puede ser tener un amigo rico? ¿No tienes idea de lo que les hiciste a mis esperanzas y sueños cuando lo rechazaste? –preguntó Jason con hiriente amargura–. Podría haber estado volando alto apoyándome en Zarif.

–Pero no apoyándote en tus propios esfuerzos –murmuró Ella disgustada y en voz baja.

–¿Qué has dicho? –le preguntó con tono acusatorio, dando un paso adelante con el rostro encendido de ira.

Ella se levantó de la silla y evitó rozarse con su hermano al ir hacia la puerta.

–Nada… no he dicho nada –mintió vacilante–. Los dos estamos demasiado cansados y estresados para hablar de esto. Me voy a la cama.

–¡Eres una pequeña perra estúpida y egoísta, Ella! –bramó furioso tras ella–. Podrías haberlo tenido todo, pero, en lugar de eso, ¿qué tienes? ¡La mitad de las acciones de una librería del tamaño de un armario!

Ella se tensó y se giró lentamente.

–También tengo mi integridad –declaró levantando la barbilla mientras intentaba no pensar en la fuente del préstamo que la había ayudado a meterse en la librería. Pero fue un pensamiento que no pudo eludir mientras se aseó y se metió en la cama con los lentos y pesados movimientos de una mujer con el piloto automático encendido. Por fin, el agotamiento se estaba apoderando de ella.

Pero mientras su cuerpo yacía sobre el colchón, sus pensamientos seguían adelante. Tanto si le gustaba como si no, estaba mucho más implicada en el derrumbe económico de su familia de lo que había creído. Ya que no podía permitirse devolverle el dinero íntegro, literalmente Zarif era propietario de su mitad de la librería, aunque por otro lado tampoco pensaba que existiera un riesgo inminente de que un multimillonario reclamara

esa parte de la empresa.

Las otras acusaciones de Jason la habían herido mucho más. Sin duda, era culpa suya que Zarif le hubiera retirado su amistad a la familia Gilchrist. Su rechazo le había impactado y enfurecido y, como era de esperar, jamás había vuelto a visitarlos después de aquello. Por primera vez, se sintió culpable y dispuesta a creer que Jason jamás se había imaginado que tuviera que devolverle el dinero a Zarif porque había dado por hecho que ella aceptaría si él le proponía matrimonio. Sin duda, Jason había adivinado mucho antes que ella que Zarif tenía serias intenciones de pedirle matrimonio y lo había planificado todo acorde a eso. ¿Se habría gastado su hermano ese dinero con tanta imprudencia porque había dado por hecho que podía permitirse todo lo que quisiera y que jamás le pedirían cuentas por su comportamiento?

Con reticencia, tuvo que admitir que tres años antes esa había sido la perspectiva de su hermano: ir ascendiendo en la vida apoyándose en la idea de que Zarif y ella se casarían. Se estremeció en la oscuridad como encogiéndose para apartarse de la desalentadora sensación de culpabilidad que ahora la asaltaba. No era la inocente espectadora que había creído ser en todo ese desastre generado por su hermano, admitió con pesar. Su relación con Zarif, sin duda, había influenciado la actitud de Jason en lo que respectaba al préstamo y lo que había elegido hacer con el dinero.

Recordaba que las nuevas oficinas elegidas para la empresa de su padre y la contratación de más empleados se había producido mientras seguía saliendo con Zarif, lo cual significaba que Jason sí que tenía argumentos para decir que jamás se había imaginado tener que reembolsar el dinero que había pedido prestado.

El persistente timbre la despertó de un sueño inquieto. Saliendo de la cama asustada al darse cuenta de que eran más de la una de la madrugada, se puso la bata y corrió a abrir la puerta.

Jonathan Scarsdale, el mejor amigo de su padre, estaba allí e inmediatamente se disculpó por haberla despertado.

–Tenías la línea de teléfono ocupada y he pensado que sería mejor venir a hablar contigo en persona.

Ella miró la mesa del teléfono y se fijó en que el auricular estaba

descolgado. Así no era de extrañar que no funcionara.

–No… no, no te preocupes –le dijo ya que Jonathan y Marsha, los mejores amigos de sus padres, eran también los padres de Cathy y como su familia desde la infancia–. Me alegro de verte. Pasa.

–Puede que sea mejor –dijo con tono atribulado–, aunque odio traer más malas noticias de las que habéis tenido ya.

–¿Es mamá? –preguntó con miedo y los ojos abiertos de par en par.

–No, Ella. Tu madre está bien –le aseguró Jonathan en voz baja–. Pero tu padre me ha llamado desde el hospital. Estaba tan hundido que he ido a verlo, aunque hay poco que pueda hacer para ayudarlo dadas las circunstancias.

Ella palideció mientras lo llevaba hasta el salón, donde encendió las luces.

–Seguro que papá está muy agradecido de que hayas ido a acompañarlo.

–Ahora estoy aquí para hablarte de tu padre –le dijo con gravedad–. Me temo que está sufriendo una crisis nerviosa, Ella. El modo en que Jason ha traicionado su confianza, el infarto de tu madre, toda esta situación… Por desgracia, no va a poder con todo eso ahora mismo. He llamado a Marsha y ha ido al hospital para hablar con él y hacer un diagnóstico profesional. Ha sugerido que Gerald se quede en nuestra residencia geriátrica unos días hasta que se haya calmado y pueda enfrentarse a todo…

–¿Papá… una crisis nerviosa? –repitió angustiada–. Pero él no es de esa clase de personas.

–No hay clases de personas así, Ella. Cualquiera puede tener una crisis nerviosa de tipo emocional y ahora mismo tu padre no puede enfrentarse al estrés al que se ve sometido. Está en el mejor lugar posible, con gente formada para atenderlo y que puede ofrecerle el apoyo que necesita –señaló con tono reconfortante–. Aunque lamento que esto te deje sola.

–No estoy sola… tengo a Jason –respondió evitando, por vergüenza, la mirada de compasión del hombre mientras intentaba asumir la noticia de la situación de su padre.

Impactada, le dio las gracias al padre de Cathy por su ayuda y volvió a la cama aturdida, con la carne de gallina ante la inquietante realidad de que sus padres se habían venido abajo tras

las revelaciones de Jason. Pero no era momento de lamentarse, se dijo. Si podía hacer algo, lo que fuera, por aliviar la crisis por la que ahora pasaban sus padres, tenía que intentarlo: no tenía más elección que solicitarle a Zarif una reunión.

Capítulo 2

Aparcó el coche de su madre con el extremo cuidado de alguien con los nervios a flor de piel y aterrorizada de cometer algún error al volante.

Esa misma mañana había visitado a sus padres y había resultado ser una experiencia desconcertante. Medicado, su padre ahora estaba mucho más calmado, pero le había parecido que estaba completamente ajeno a los sucesos que lo habían llevado a esa crisis, y en ningún momento se había referido a ellos. En cualquier caso, antes de la visita la habían advertido de que no tocara ningún tema que pudiera angustiarlo. Por suerte, la principal fuente de preocupación de Gerald había sido la recuperación de su esposa y no había dejado de lamentar no poder estar con ella. Al menos en ese aspecto, Ella sí que había podido decirle que su madre había salido de la UCI y que ya estaba recibiendo visitas. Jennifer Gilchrist, sin embargo, se había mostrado igual de reacia a hablar de los sucesos que habían precedido a su infarto.

Como resultado, Ella se veía privada de todo apoyo y seguía sintiéndose culpable y reprochándose haber sido tan egoísta. Después de todo, ninguno de sus padres se encontraba lo suficientemente bien como para ayudarla. Al mismo tiempo, era terriblemente consciente de la enorme expectación que cargaba sobre sus hombros mientras la bancarrota y el embargo amenazaban el negocio y el hogar de sus padres. Ya le habían llegado varias llamadas de trabajadores furiosos porque no habían recibido su sueldo y lo necesitaban para pagar sus facturas. En medio de esa catástrofe y, a pesar de ser el socio de su padre, Jason no había hecho absolutamente nada más que contactar con un antiguo amigo de estudios para saber dónde estaría Zarif antes de dar su discurso en la universidad. Después, había contactado con el hotel la noche de la llegada de Zarif, había hablado con su asistente y le habían concedido una cita.

A continuación, había lanzado algunos pronósticos oportunistas

sobre el posible resultado del encuentro en persona entre su hermana y Zarif.

–A Zarif le importan mucho los valores familiares, así que se mostrará muy compasivo cuando sepa lo devastador que ha sido todo esto para todos nosotros –había opinado Jason con optimismo–. Estoy muy aliviado de que hayas decidido verle sentido a todo esto.

–¿No crees que deberías venir conmigo? –le había preguntado Ella sorprendida, ya que en un principio había dado por hecho que, al menos, su hermano la acompañaría a la reunión–. Es decir, Zarif te concedió el préstamo a ti, no a mí, y no podré responder a ninguna pregunta que me haga sobre tus negocios.

–Hazme caso. Eres el mejor mensajero que podría tener la familia –había insistido Jason.

Pero, por desgracia, no se veía preparada para ese reto. Era dolorosamente consciente de que el más mínimo aprecio que Zarif hubiera podido tener por ella hacía tres años había muerto el mismo día en que se había negado a casarse con él. Decidida a no revelar sus verdaderos sentimientos después de que él le hubiera pedido una explicación, ella había empleado unas pobres excusas que no solo lo habían ofendido, sino que aún la hacían estremecerse al recordarlo. ¿De verdad podía culparlo por haberse enfurecido aquel día?

Zarif al-Rastani había nacido en el seno de la realeza y no era como un hombre normal. A menudo ella había pasado por alto ese detalle cada vez que él los visitaba en Inglaterra mostrando muy pocos rasgos de su verdadero estatus, pero el día en que le había dicho «no» Zarif la había mirado con asombro e incredulidad y su ego se había resentido visiblemente tras la afrenta de ese rechazo.

Por supuesto, aquel día no había dicho ni hecho nada que pudiera calificarse remotamente de «emocional». Estaba claro que a Zarif no le iban las emociones y que ella habría sido demasiado sensible como para ser una buena esposa para él, pensó con ironía. Se había confundido cuando una vez había dado por hecho, muy ingenuamente, que la gélida discreción de Zarif y su autodisciplina enmascaraban unos poderosos sentimientos que él prefería guardarse.

Mientras que ella se había enamorado perdidamente y lo había

anhelado con cada fibra de su ser, él había reconocido la última vez que lo había visto que no estaba enamorado y que ella le era indiferente, que simplemente deseaba un heredero. Si Jason se hubiera dado cuenta de lo superficial que había sido su relación con Zarif, no habría tenido esperanzas de que, milagrosamente, su hermana pudiera salvar a la familia de las consecuencias de su extravagancia. En efecto, Ella sospechaba que lo más probable era que Zarif se mostrara furioso ante su atrevimiento. En su mundo, las mujeres eran criaturas sumisas y maternales y esa clase de mujer era su ideal, como Ella bien sabía.

Entró en el impotente hotel. Jason le había dicho que Zarif y su séquito ocupaban toda la planta superior.

–¿Señorita Gilchrist? –le preguntó un hombre con una perilla oscura antes de que llegara siquiera al mostrador de recepción–. Soy Hamid, el asistente personal del rey. He hablado con su hermano por teléfono. Su Majestad la recibirá arriba.

Mientras Hamid se esforzaba por hablar sobre el tiempo recibiendo respuestas monosilábicas por su parte, Ella se secaba las palmas de las manos sobre su falda larga deseando haberse puesto un traje de chaqueta en lugar de esas prendas más informales, aunque lo cierto era que no tenía ningún traje serio. Había combinado la falda con una blusa blanca y, al menos, no llevaba vaqueros, se dijo para consolarse y desesperada por pensar en algo que no fuera la inminente reunión con Zarif. El corazón empezó a latirle muy, muy, deprisa y un escalofrío de tensión nerviosa la recorrió haciendo que el estómago le diera vueltas. Tomó aire, lenta y profundamente, intentando calmarse.

–La señorita Gilchrist… –anunció Hamid abriendo la puerta.

Entró en la sala y, cuando lo vio, el valor la abandonó y se detuvo en seco. Con casi un metro noventa, Zarif era un hombre impactantemente hermoso y, en su opinión, el más guapo, con mucho, de los tres hermanos. Además era el más pequeño; a los otros dos los había visto, pero muy brevemente.

Zarif tenía los ojos de un tono ámbar oscuro, como los de un león, enmarcados por unas espesas pestañas negras y bajo unas rectas cejas color ébano. Una arrogante nariz fina separaba unos pómulos altos y exóticos y sus impresionantes rasgos se veían completados por una fuerte mandíbula y una boca perfectamente

moldeada que en algún que otro momento había llegado a quitarle el sueño. Había ansiado sus caricias como una droga.

Un calor de desazón recorrió su tenso cuerpo al recordar demasiado bien lo frustrante que le había resultado el casto cortejo de Zarif. Por entonces había sido virgen, pero le habría entregado su inocencia siempre que se lo hubiera pedido y, si seguía siendo virgen, tal como admitía con innegable resentimiento, era solo porque estaba decidida a no conformarse con menos que el intenso deseo que Zarif había despertado en ella.

–Eleonora… –murmuró Zarif haciendo que ese tono de voz, tan rico como el chocolate negro, le recorriera la espalda como el roce de unos fantasmagóricos dedos del pasado. No tenía un acento marcado, dado que había aprendido inglés de su abuela inglesa.

Respondió con un nudo en la garganta e intentando pronunciar su nombre.

–Zarif…

Zarif la observó con punzante intensidad y con unas exuberantes pestañas negras que velaban su aguda mirada. De niño había tenido un antiguo libro de cuentos en el que salía una preciosa princesa de pelo claro presa en una torre y en más de una ocasión se había preguntado si ese había sido el misterioso origen de la obsesión que había sentido por Ella Gilchrist. Era una belleza al más puro estilo inglés, con una piel de porcelana translúcida, brillantes ojos azules y una larga melena ondulada que tenía la intensidad y el lustre dorado de la miel. Esbelta y de estatura media, tenía unas curvas sorprendentemente exuberantes para lo delgada que era, y se movía con la misma elegancia de una bailarina. Observó su suave y rosada boca y el cuerpo lo traicionó con una reacción inmediata. Ser consciente de lo excitado que estaba le puso furioso.

Ella siempre se las había arreglado para resultar natural, sencilla, «intacta». Al pensar en esa última palabra y en lo improbable que era ya esa realidad, Zarif apretó sus blancos dientes. Probablemente solo había sido parte de un intento de adularlo con su recatamiento en aquellos días en los que había sido un joven crédulo e impresionable con el sexo femenino, pensó con rabia.

Pero el tiempo habría pasado para ella, al igual que lo había hecho para él, y se negaba a seguir pensando en aquello porque, si

lo hacía, cruzaría los límites defensivos que había levantado en su mente. Después de todo, era culpa del poder que Ella ejercía sobre él que hubiera acabado traicionando cada uno de los principios que había respetado, y aún le afectaba cualquier recuerdo de los errores que había cometido y el daño infligido al que una vez fuera un sentido del honor de acero. Ella se había embarcado en un peligroso juego de poder con él. Había jugado con él como si fuera un pez enganchado al sedal, decidida a alimentar su ego con una proposición de matrimonio por parte de la realeza que no pensaba aceptar.

Le había dado muchas vueltas al tema y creía que esa era la única explicación para su comportamiento.

–¿No vas a sentarte? –le preguntó con tono suave y aparente seguridad en sí mismo–. Y luego puedes contarme en qué puedo ayudarte.

Así que Zarif iba a hacerse el tonto, pensó Ella incómoda antes de preguntarse si estaba siendo injusta. ¿Era posible que no estuviera al tanto de la situación por la que estaba pasando su familia?

Se acomodó en un sillón de respaldo alto y opulentamente tapizado, y fue directa al grano.

–Hasta esta semana no tenía ni idea de que hace tres años le hiciste a mi hermano un préstamo enorme.

–No era asunto tuyo –le respondió Zarif sin más.

Ella se puso a la defensiva.

–Pero ojalá lo hubiera sido –respondió negándose a sentirse intimidada por su poderosa presencia–. Darle a Jason un millón de libras sin supervisión de ningún tipo fue como poner a un zorro al cuidado de un gallinero.

Zarif apretó su hermosa boca.

–No eres muy leal a tu hermano.

–Me gustaría saber lo leal que serías tú hacia uno de tus hermanos si sus maniobras hubieran dejado la empresa de tu padre en bancarrota y a tus padres en la calle. Ahora mismo estoy preocupada por ellos, no por mi hermano –dijo con tono combativo.

Un brillo de sorpresa iluminó los espectaculares ojos de Zarif, ya que había pasado mucho tiempo desde que alguien se había dirigido a él con tan pronunciada falta de respeto. Y, en realidad,

probablemente había sido ella misma la última en hacerlo, y se sentía tanto molesto como agradado por su audacia. Era una absoluta novedad en su mundo, donde casi cada palabra que se le dirigía iba envuelta en adulación y en un deseo de complacer. Tensó la mandíbula.

–No estaba al tanto de que tus padres se encontraran implicados en semejante debacle.

–Están implicados desde el momento en que Jason se hizo socio de la empresa de mi padre. Él estaba tan orgulloso de que su hijo se uniera a la empresa familiar que le dio manga ancha –explicó Ella con pesar.

–Mi director de negocios ya me ha presentado un informe con los datos de cómo se empleó el préstamo –reveló Zarif con delicadeza.

–¡Entonces no es que estuvieras siendo amable cuando he llegado y me has preguntado qué podías hacer por mí! –le lanzó con coraje–. Estabas siendo impertinente a mi costa.

–¿Ah, sí? –preguntó Zarif observando la expresividad de su exquisito rostro en el que se reflejaban abiertamente cada una de sus emociones. Estaba convencido de que podía leerla como si fuera un sencillo libro infantil y que reconocía su furioso resentimiento y su vergüenza por el hecho de verse suplicando por la indigna causa de su hermano.

A decir verdad, Zarif nunca se había hecho muchas ilusiones con el carácter de su antiguo amigo. Ya por aquel entonces le habían repugnado los rasgos que había visto en Jason y, de no ser por la atracción que sentía hacia Ella, habría roto la amistad mucho antes. Su oscura mirada se endureció cuando pensó en el día en que todo había terminado; el persistente mordisco de su indignación e insatisfacción atacó su feroz orgullo, tensando su espectacular estructura ósea y haciendo que la carismática curva de su boca se transformara en una adusta y fina línea. Lo había humillado, había insultado a su país y a su pueblo y lo había enfurecido hasta el punto de verse incapaz de perdonarla, a pesar de que ni mediante torturas habrían conseguido persuadirlo para que admitiera esa realidad.

–Eso creo –le dijo Ella con franqueza fijándose en cómo sus largas pestañas oscuras ensombrecían sus pómulos cuando la

miraba y viendo cómo su hermosa cabeza adoptaba un ángulo que le resultaba familiar y le hacía recordar cómo la había escuchado con esa misma actitud. Inquieta por el recuerdo y el irrefrenable deseo de contemplar y devorar su desgarradora belleza, miró furiosa hacia la ventana como alguien calculando las posibilidades de escape.

Por increíble que ahora le pareciera, había amado a Zarif con toda su alma y su corazón, recordó con dolor. Lo habría hecho absolutamente todo por él y, a cambio, él le había hecho mucho daño, provocándole una herida y una inseguridad que ni el paso de tres largos años había logrado erradicar. Aun así, había resultado una novedosa experiencia descubrir que una proposición de matrimonio podía, en realidad, emplearse como un arma ofensiva.

–Cuando le di aquel préstamo a Jason, fue por pura generosidad –contestó Zarif con tono suave, pero seguro–. Estaba hundido por haber perdido su empleo y tus padres estaban igual de disgustados por él. De verdad que quería ayudar a tu familia.

–Puede que sí –transigió Ella incómoda, porque parecía sincero–, pero nada es tan sencillo. Jason necesitaba otro trabajo más que dinero. El préstamo lo tentó y lo llevó hasta fantasías peligrosas sobre construir su propio imperio empresarial.

–Además de afianzar más sus deudas personales, lo cual fue deshonesto por su parte y en conflicto directo con los términos en los que se hizo el préstamo –dijo Zarif con tono calmado y censurando con frialdad semejante comportamiento, tal como se reflejaba en sus bronceados rasgos–. Tu hermano despilfarró todo el dinero en compras frívolas que incluyeron un nuevo Porsche y un Range Rover personalizado. No pienso olvidar la deuda. Iría contra mis principios pasar por alto algo equiparable a un comportamiento fraudulento.

–Todo eso está muy bien, pero ¿qué pasa con mis padres? –preguntó afectada–. ¿Se merecen sufrir por los errores de Jason?

–No soy yo el que tiene que responder a eso –contestó Zarif sin ningún tipo de expresión–. Ellos criaron a Jason y le inculcaron sus valores. Deben de conocer a su hijo mejor que yo.

–No –Ella desafió ese punto de vista con vehemencia–. ¡Solo conocen al hombre que querían que fuera, no al hombre que es en realidad! En este momento mi madre y mi padre están consternados

por lo que ha hecho Jason.

Un inoportuno golpe en la puerta en ese preciso momento de alta tensión anunció la llegada de un camarero con una bandeja. Ella apretó los labios y respiró hondo para controlar sus tumultuosas emociones. El café estaba servido en porcelana fina y tenía a su disposición montones de pasteles, pero su apetito había quedado aniquilado por una sensación cada vez mayor de temor hacia lo que el futuro podía depararles a sus padres. En el silencio que inundaba la sala mientras el camarero se dirigía hacia la puerta para marcharse, buscó en el rostro de Zarif, tan exageradamente hermoso, algún signo de una respuesta más benévola y compasiva hacia sus padres.

–Me temo que no entiendo lo que quieres de mí –murmuró él en voz baja y notando cómo su temperatura aumentaba cuando ella se echó hacia delante y, sin querer, reveló ese sensual valle entre sus redondeados pechos. Su respuesta iba cargada de cierta ironía porque sabía que en ese momento de fiero deseo lo que él quería de ella era exactamente lo que estaba convencido que podría haber tenido tres años antes.

Por aquel entonces nunca se había acostado con otra mujer que no fuera su esposa, con la que se había casado a los dieciocho años. Había deseado a Ella y ella lo había deseado a él, pero había creído que sería deshonroso intimar antes de casarse. Gracias a su rechazo, ya no era tan inocente, pensó con una amargura entremezclada con pesar por errores pasados. Su amplia y sensual boca se estrechó mientras se preguntaba si estaría jugando a tentarlo como las mujeres solían hacer en un intento de atraerlo.

–No, no eres tan estúpido –le contestó Ella apoyando sus esbeltas manos sobre los brazos del sillón para levantarse e ir hacia él–. Sabes muy bien que te estoy pidiendo que muestres algo de compasión por el aprieto en que se encuentran mis padres.

La refinada exuberancia de su melena dorada, que caía sobre sus hombros, captó su atención, que además se posó en el rosado color que acariciaba sus rasgos y que acentuaba el brillo zafiro de sus ojos.

–¿En qué sentido? ¿Y qué me estás ofreciendo a cambio? –murmuró Zarif muy secamente–. ¿No crees que al perder completamente ese préstamo ya he pagado muy caro mi acto de

generosidad hacia tu familia?

Frente a esa contundente pregunta, Ella sintió cómo le ardía la cara, como si se la hubiera abofeteado con fuerza, porque no era una perspectiva que pudiera tener en cuenta si quería pedirle otro favor.

–Sí, lo has pagado muy caro… todos lo hemos hecho, pero creo sinceramente que deberías haberte pensado lo que estabas haciendo cuando le ofreciste el préstamo a Jason en un primer momento.

–Antes de que empieces a culparme por la falta de honradez de tu hermano y enciendas más mi rabia –susurró como un gato montés posando sus brillantes ojos dorados oscuros sobre ella con depredadora fuerza y haciéndola quedar en silencio–, piensa en lo que estás diciendo y en lo que me estás pidiendo. Una especie de perdón que, como ya te he dicho, está fuera de lugar en este caso. ¿O es que me estás pidiendo que malgaste más dinero en tu familia?

Ahí de pie, Ella se giró muy pálida, invadida por una mezcla de vergüenza y nerviosismo que le estaba provocando náuseas. Tenía la lengua pegada al paladar. Lo entendía perfectamente y no era capaz de pedirle dinero para ayudar a sus padres porque le parecía muy mal, atroz, dadas las circunstancias. Por primera vez se preguntó por qué había acudido a él en un primer lugar y por qué se había dejado influenciar por Jason. Seguro que si se hubiera tomado algo de tiempo para pensar bien las cosas habría reconocido que pedirle a Zarif más ayuda económica sería algo indefendible.

–Solo te estoy pidiendo que muestres algo de compasión, no por Jason ni por mí, sino por mis padres –terminó casi sin fuerzas, demasiado angustiada como para intentar mirarlo a los ojos sabiendo que eso no haría más que intensificar ese débil y humillante papel que se había permitido aceptar tras las intimidaciones de su hermano. Por un instante casi se lanzó a hablar de los problemas de salud actuales de sus padres, pero apretó los labios, convencida de que seguir insistiendo y suplicando solo los avergonzaría más a ella y a su familia.

–Bien expuesto –contestó Zarif con tono sarcástico y los ojos brillándole como cuchillas en esa incisiva mirada–. Sabes lo rico que soy y, al igual que mucha gente que he conocido, esperas que acuda al rescate. Y tendría que preguntarte algo, sobre todo cuando tienes la audacia de pedirme que actúe en contra de mis principios:

¿qué recibo yo a cambio?

Ella tenía la garganta seca por la sofocante tensión. Se dio la vuelta, se sentó de nuevo y levantó la taza de café como si fuera un diminuto escudo.

–¿A cambio? Lo que sea que pueda ofrecerte –murmuró sabiendo que no tenía nada que ofrecerle más que gratitud, y verdaderamente avergonzada por esa realidad.

–¿Me estás ofreciendo sexo? –le preguntó Zarif con tono despreocupado.

Y, por un segundo, en respuesta a esa impactante pregunta, Ella se preguntó si debería acceder a semejante acto de intimidad si con ello las vidas de sus padres volvían a la normalidad como por arte de magia. La respuesta tomó forma en su mente rápidamente y un rubor se extendió por sus mejillas y le llegó hasta el nacimiento del pelo mientras la taza de café tintineaba sobre el platillo por el temblor de su mano.

–Puedo conseguir sexo donde quiera –le respondió él mofándose.

–No te lo iba a ofrecer –le dijo Ella con toda la dignidad que pudo reunir, apretando los dientes ante la arrogante pose de Zarif. Por otro lado, sospechaba que él se estaba limitando a darle un dato verdadero. Era excepcionalmente guapo e impactantemente rico incluso sin tener en cuenta lo que supondría para algunas mujeres verse en la cama con un rey. Estaba muy segura de que habría mujeres dispuestísimas haciendo cola para optar por el privilegio de llevarlo a la cama, y la convicción de que era un hombre prácticamente irresistible la encendió aún más.

Por sorprendente que pareciera, y para tratarse de un hombre tan consciente del alto valor del sexo, creyó a Ella porque no podía imaginar que una mujer verdaderamente experimentada y sin un ápice de ingenuidad pudiera sonrojarse de ese modo. Pero las imágenes que ocupaban su mente ahora se alejaban mucho de la inocencia y la ingenuidad y sabía, a juzgar por la intensidad con que se le despertaba la libido, que si ella se lo hubiera ofrecido, le habría dicho que sí sin plantearse lo más mínimo si eso era o no un comportamiento indigno.

Ese descubrimiento le impactó porque mientras que el sexo era algo que tenía fácilmente a su alcance, además de un apetito que no podía ignorar, nunca lo había visto como un placer especialmente

preciado. Sin embargo, por alguna razón, cuando miraba a Ella Gilchrist, su cuerpo bullía ante la expectación de un extraordinario placer porque la pasión que ella ponía en todo era lo que le había atraído desde el principio. Aplastó esa excitante fantasía antes de dejarla volar recordándose que necesitaba una esposa y un hijo mucho más de lo que necesitaba una amante apasionada.

Con ese pensamiento en la cabeza, se puso tensó, incapaz de pasar por alto la realidad de que, si hubiera dicho que sí cuando le había pedido matrimonio, lo más probable era que ahora ya fuera padre de nuevo. Toda esa oscura rabia y amargura que había enterrado se removieron en lo más hondo de su ser una vez más mientras los afilados pensamientos de su deseo por ella parecían mofarse de su feroz orgullo.

Jamás había deseado a una mujer tanto como había deseado a Ella Gilchrist, y era la única a la que había anhelado y no había podido tener. Tal vez ahí residía el secreto de su persistente atracción, razonó detestándose a sí mismo ante la idea de semejante debilidad, y lo más probable era que, si llegaba a conocerla íntimamente, terminara despreciándola. Esa convicción le calmó ofreciéndole la promesa de que en el futuro se olvidaría de ella y del efecto que había logrado ejercer sobre él. La vida era demasiado corta para lamentarse y para los «¿Y si…?». Se aburriría de ella. Siempre se aburría al final porque las mujeres podían ser muy predecibles. Ella sería su última rebelión contra el matrimonio respetable que lo aguardaba. Se divertiría un poco y después cumpliría con su deber sentando cabeza con una esposa y teniendo hijos, se juró.

–Pues qué pena –respondió Zarif en respuesta después de que ella declarara, con orgullo, que no le había ofrecido sexo–, porque lo que dices que no me ofrecerías es lo único que quiero de ti.

Absolutamente desconcertada, analizó sus palabras varias veces para convencerse de que no había entendido mal. ¿Estaba diciéndole que seguía encontrándola atractiva y que lo único que quería de ella era sexo? ¿Cómo se atrevía a admitir eso con semejante tranquilidad y desvergonzada frialdad? El calor volvió a encenderle las mejillas y se coló entre sus pechos mientras contenía un furioso reproche y luchaba por respirar con normalidad.

–¡No me puedo creer que me hayas dicho algo así!

–Ahora mismo la hipocresía no te va a servir de mucho –le respondió en voz baja–. Puedo ser culpable de muchas cosas, pero puedes estar segura de que yo siempre te diré la verdad.

Por un instante, Ella se quedó paralizada al recordar aquella última e inolvidable ocasión en la que le había dicho la verdad de que no la amaba y de que nunca lo haría: un momento terrible que había teñido de dolor y humillación todos los recuerdos que había tenido de él. A menudo había pensado que, si las mentiras hubieran sido más suaves, se habría casado con él y habría terminado siendo una infeliz.

–Te quiero en mi cama –admitió con descarada frialdad–. A cambio me aseguraría de que la situación económica de tus padres quedé restaurada tal como era antes de que la mala administración de Jason los arruinara.

«Te quiero en mi cama». Un cosquilleo se enroscó alrededor de su pelvis como una llamarada y Ella se movió incómoda en el asiento intentando no imaginar cómo sería compartir cama con Zarif. Con los ojos como platos y ardiendo por dentro, se centró en los zapatos de piel seguramente hechos a mano que cubrían los pies de él y mantuvo la lengua firmemente sujeta entre los dientes. Estaba luchando contra sus instintos cada vez más, a cada segundo que pasaba. Podría haberle preguntado si estaba de broma y haber rechazado al instante semejante proposición; podría haberle montado una escena y haber salido de allí hecha una furia, pero Ella sabía muy bien cuándo ser cauta y cómo ser práctica, y era demasiado consciente de que Zarif al-Rastani era la única persona en posición de ayudar a su familia.

–Eso es inmoral –declaró en voz baja e incapaz de resistirse a lanzarle esa acusación–. Me estás invitando a venderme.

–Te estoy ofreciendo el único intento de rescate que vas a recibir. Tú eliges si aceptas o no mi proposición –le respondió obviando cada una de las protestas que emanaban de su alma conservadora y negándose a escucharlas. Un último acto de rebeldía, se recordó con tenacidad. Y, además, ¿no se lo merecía Ella por cómo había jugado con él tres años atrás cuando lo había atraído con la promesa de su pasión y de su bello cuerpo y lo había animado a creer que de verdad sentía algo por él?

–¿Y cuánto crees que… duraría este acuerdo? –le preguntó con

voz aguda y tirante, ya que apenas podía creer que después de tres años separados pudieran estar manteniendo esa conversación.

–Un año… –murmuró Zarif desconcertado por la velocidad con la que se le había ocurrido la respuesta y preguntándose de dónde habría surgido la idea. Después de todo, nunca había tenido una amante durante más de un año. Su interés en una mujer se disipaba durante las primeras semanas de relaciones a pesar de que no veía mucho a sus amantes. Al mismo tiempo intentó, sin lograrlo, imaginarse a Ella en el piso de Dubái mientras se preguntaba si se filtraría a la prensa la noticia de la presencia de una mujer inglesa. Igual de rápidamente supo que la opción de Dubái sería una idea muy mala y que, en efecto, tenía una mucho mejor en perspectiva que haría que el castigo se equiparara al delito.

–Para guardar las apariencias, nos casaremos –le dijo sin vacilar.

–¿Casarnos? –exclamó Ella con incredulidad.

–No quiero ningún escándalo y casarme contigo, aunque termine en divorcio al año, será una opción mucho más aceptable para mi pueblo. El matrimonio también nos dará la ventaja de permitirme ver de ti todo lo que quiera –terminó con tono suave una vez había tomado la decisión y su conciencia se había quedado tranquila como por arte de magia. Después de todo, si se casaban, no estaría rompiendo ninguna regla ni aprovechándose de ella. Era maravilloso, pensó con una alegría nada común en él, todo lo que se podía lograr aplicando un modo de pensar creativo y no siendo tan cuadriculado.

Sintiéndose absolutamente abatida, Ella se levantó y dejó su taza de café sobre la mesa. ¿Casarse con Zarif? ¿Aceptar todo lo que había rechazado tres años antes? Todo su ser se encogió ante semejante desafío.

–No podría hacerlo… no podría casarme contigo.

Pura rabia bramó como un huracán por el poderoso cuerpo de Zarif y se vio reflejada en sus brillantes ojos ámbar oscuro.

–Tienes doce horas para pensarlo –le dijo en voz baja y ronca–. Si no me llamas en ese periodo de tiempo, daré por hecho que la respuesta es negativa.

Ella tenía los pies clavados a la alfombra mientras su miraba revoloteaba por sus oscuros y hermosos rasgos. Estaba consternada a la vez que unas pequeñas puñaladas le recordaban que rechazar la

única opción de rescate de sus padres no era una buena idea.

–Doces horas es un margen ridículo –respondió, sin embargo.

–Es más que generoso –la contradijo Zarif.

Estaba pálida.

–¿Incluso aun cuando sabes que ya has ganado? –susurró porque todos los pros y los contras se estaban acumulando a modo de avalancha dentro de su cerebro y no pudo esquivar la respuesta más obvia.

Zarif podía hacer que la situación de sus padres volviera a la normalidad, podía devolver sus vidas a la seguridad que había reinado en ellas antes de que Jason interfiriera. Era la única persona con poder de hacerlo. Además, así los empleados de su padre también se salvarían del desempleo. ¿Cómo podía darle la espalda a unos resultados tan importantes y marcharse dejando a sus padres y a todo el mundo implicado en la estacada?

Zarif se acercó con toda la elegancia de una pantera negra al acecho.

–¿He ganado?

–¿Cómo podría rechazar una oferta así? –preguntó Ella temblorosa–. Mis padres no se merecen todo por lo que están pasando ahora mismo. Ya es bastante para ellos verse forzados a enfrentarse a la persona que es Jason de verdad como para tener que enfrentarse a la ruina económica al mismo tiempo.

Zarif extendió una bronceada mano y la cerró alrededor de la suya para llevarla hacia sí.

–Entonces, ¿vas a casarte conmigo?

–Pero no funcionará… ni aunque sea solo por un año –protestó Ella con voz débil–. No encajaré.

Unos ojos dorados se encendieron como el fuego al posarse sobre su atribulado rostro.

–Encajarás en mi cama a la perfección –le aseguró Zarif y, mientras el pánico y el deseo sexual iban impregnando cada uno de sus músculos con pura tensión, Ella se dio cuenta de que eso era lo único que él veía.

Se lo quedó mirando, casi hipnotizada por su impactante mirada, y él agachó la cabeza. Su sensual boca rozó la comisura de sus labios y ella tembló, de pronto sintiendo frío y calor bajo la piel mientras un pequeño cosquilleo de deseo serpenteaba por la parte

inferior de su cuerpo. La inundaba el aroma a él con su toque picante y exótico sobre un masculino y limpio olor a almizcle que le resultaba familiar y peligrosamente agradable al mismo tiempo. La boca de Zarif se deslizó sobre la suya antes de que su lengua le separara los labios y se colara dentro con un medido y erótico movimiento; después, él volvió a presionar sus fuertes labios contra los suyos. Ese beso fue como verse alcanzada por un trueno, el deseo explotó en su interior como una bola de fuego cuyas lenguas de calor se colaban en su vientre haciendo que le temblaran las rodillas, que sus pechos se inflamaran y sus pezones se tensaran.

Zarif levantó su hermosa cabeza y respiró hondo lentamente para lanzarle una posesiva mirada.

–Sí, encajarás en mi cama como si hubieras nacido para ello.

Al instante la ira se apoderó de Ella, que quiso abofetearlo. Por un segundo había perdido el control; en efecto, había perdido la perspectiva de todo porque él la había lanzado a ese perturbador mundo de excitantes sensaciones que casi había olvidado. E incluso podría haber llorado por ello, ya que había salido con más de un hombre atractivo en los últimos tres años y ninguno de ellos había hecho que su corazón brincara de ese modo y su cuerpo temblara con solo un beso. Al mismo tiempo, no tenía ninguna duda de que ese breve acercamiento no había supuesto tanto para Zarif.

–No, no he nacido para estar en tu cama… Azel sí –murmuró secamente.

Desconcertado por la mención del nombre de Azel, Zarif se quedó paralizado y le lanzó una gélida mirada de censura.

–No vuelvas a mencionar ni el nombre de mi difunta esposa ni el de nuestro hijo –la advirtió con tono amenazante.

Bueno, al menos así no tendría ninguna duda de qué lugar ocupaba en el afecto de su futuro marido, pensó adustamente. Pero, por otro lado, esa era exactamente la razón por la que no se había casado con el hombre al que había amado. Porque, incluso siete años después de su muerte, Azel seguía reinando en el corazón de Zarif.

Capítulo 3

No! –le dijo Ella a su hermano con determinación–. Si quieres preguntarle algo a Zarif, ve tú a verlo.

–¿Y de qué me serviría eso? Por el amor de Dios, ¡vas a casarte con él! –le recordó furioso–. Está claro que tienes más influencia sobre él que cualquier otra persona. Mamá y papá están encantados y ahora a todo el mundo le va bien menos a mí. ¿Qué pasa conmigo?

Ella desvió la mirada del rostro enfurecido de su hermano.

Durante las tres últimas semanas todo había cambiado dentro del círculo familiar. Después de que su padre hubiera recibido la noticia que le había dado su hija, se había recuperado y había aceptado agradecido el argumento de Zarif de que no podía permitir que la familia de su futura esposa se arruinara o perdiera su hogar. El director de negocios de Zarif, Yaman, se había instalado en un hotel local y los dos hombres habían buscado un plan de rescate viable para la compañía en crisis. Pero, desde ese primer día, toda la ayuda económica ofertada había estado sujeta a la garantía de que Jason renunciara a ser socio de la empresa y de que su padre prometiera no contratarlo de nuevo para ningún puesto. Gerald Gilchrist había aceptado debidamente y Jason ya había abandonado la empresa de manera oficial. Su padre también había insistido en que la ayuda de Zarif le fuera entregada en forma de préstamo que tenía intención de empezar a devolverle lo antes posible.

–Lo siento, Jason –dijo Ella incómoda–. Zarif no es una persona indulgente.

–¡Me he quedado sin trabajo y papá cree que sería más fácil que me marchara de casa antes de que celebréis esa ridícula y maldita boda! –soltó con resentimiento–. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

–Buscar una profesión que te guste. Algo que no tenga que ver con las finanzas –le sugirió Ella con pesar.

Su hermano se marchó airadamente. La madre de Ella, Jennifer, salió de la cocina en ese momento y se estremeció al oír el portazo.

–Gracias por ahorrarnos esto a tu padre y a mí. No tengo paciencia para escuchar los gritos de Jason ahora mismo y no quiero que vuelva a hacer que tu padre se sienta culpable.

La mujer había perdido peso desde el infarto, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta la nueva dieta y el régimen de ejercicio moderado que tenía que seguir, pensó Ella aliviada y orgullosa del modo en que su madre se había adaptado al desafío de cambiar de estilo de vida.

–Estoy deseando que llegue la boda –admitió con felicidad–. Es maravilloso volver a tener algo por lo que sonreír.

Resumiendo, esa era la actitud de sus padres en lo que concernía a su boda, admitió Elle con ironía. Les parecía una noticia maravillosa que fuera a casarse con Zarif. Les había mentido y no habían sospechado que nada fuera mal. Les había dicho que había rechazado aquella primera proposición porque no se sentía preparada para afrontar el reto de asumir un cargo público y habían entendido y aceptado por completo su explicación. Del mismo modo, había sido bastante fácil convencerlos de que en cuanto Zarif y ella se habían vuelto a ver habían reconocido que sus sentimientos no habían cambiado y se habían reconciliado a la vez que habían decidido no malgastar más tiempo y casarse enseguida.

Los sentimientos personales de Ella eran exactamente eso: estrictamente personales. Jason, por supuesto, que se creía que todo el mundo pensaba como él, daba por hecho que iba a casarse por su dinero. Y lo cierto era que, viéndolo de un modo retorcido, sí que iba a casarse por su dinero, tuvo que admitir con vergüenza. El matrimonio era el precio que tenía que pagar por proteger a sus padres de una desagradable situación a una edad en la que ya no tenían ni el tiempo ni las fuerzas suficientes para enfrentarse a tan colosal desafío. Ella, sin embargo, se sentía capaz de pagar ese alto precio por ellos, que la habían rodeado de amor desde el día que había nacido. De pequeño, Jason tal vez había sido el favorito, pero Ella nunca se había sentido marginada en lo que respectaba a cuidados y atenciones.

El teléfono sonó y su madre, aún sonriendo por la boda de su hija para la que solo faltaban tres días, respondió.

–Es el organizador de la boda –dijo pasándole el auricular.

Ella respiró hondo. Zarif le había indicado a su ayudante, Hamid, que pusiera todos los preparativos en manos del mejor profesional, alguien capaz de trabajar con una agenda muy apretada y organizar la boda en cuestión de semanas. Con una sonrisa tensa, Ella escuchó el dilema sobre si las servilletas debían ser moradas o color ciruela antes de admitir que no le importaba qué color se eligiera.

–De todas las novias con las que he trabajado, eres la que más fácil lo pone todo –le dijo el organizador, y no por primera vez.

Pero no, lo cierto era que Ella simplemente era una novia a la fuerza que, aunque preparada para aparentar por el bien de sus padres, se negaba a fingir cuando se trataba de tomar decisiones sobre la boda. Una mujer enamorada querría que todo fuera perfecto y tendría sus propias ideas, pero Ella no estaba enamorada y ya no era la jovencita romántica y soñadora que había sido con veintiún años, cuando había fantaseado con recorrer el pasillo hasta el altar ataviada de blanco para reunirse con Zarif.

Se había llevado el teléfono al salón que sus padres solo utilizaban para recibir a las visitas. Estando allí recordó su veintiún cumpleaños y la noche en la que Zarif se había dignado a fijarse en que estaba viva y que era toda una mujer. Para su sorpresa, él había ido a su fiesta y le había regalado un collar de plata muy moderno con una pulsera a juego. El corazón no había dejado de palpitarle con fuerza mientras habían estado charlando y, cuando la había invitado a salir a cenar la noche siguiente, anunciando así el interés que sentía por ella, había visto hechos realidad todos sus sueños.

Era irónico, había pensado a menudo, que Azel hubiera sido el primer amor de Zarif y que él después hubiera sido el suyo. Nadie sabía mejor que ella lo duro que era liberarse de las fantasías de adolescencia. Zarif había entrado en su vida cuando ella solo tenía diecisiete años y se había enamorado perdidamente con tan solo mirarlo. En aquel momento él no le había dado la más mínima esperanza. Jamás la había mirado, ni había flirteado ni se habían quedado nunca a solas y, aun así, Ella había vivido deseando que llegara el fin de semana para que Jason lo llevara a casa. Los chicos de su edad que se fijaban en ella le habían parecido inmaduros en comparación con Zarif, que había pasado cinco años en el ejército

de su país como soldado antes de ir a Inglaterra a estudiar. Su espectacular físico, sus maravillosos modales y su exótico origen la habían cautivado.

En su primera cita la había besado y, en respuesta, ella se había visto invadida por otro nivel de atracción. Había sentido cosas que nunca antes había experimentado; había sentido todo su cuerpo encenderse como una antorcha en sus brazos y entonces eso había quedado como el rasero con el que había medido a los otros hombres que habían intentado impresionarla. Pero ninguno lo había logrado, tuvo que admitir. Y ese último beso, el que le había dado en su hotel, había dejado patente que Zarif seguía teniendo el poder de hacerle querer arrancarse la ropa. Incómoda con esa realidad, caminó de un lado a otro de la habitación.

Desde que había accedido a casarse con él, solo habían hablado unas cuantas veces. Él había vuelto a Vashir mientras ella había estado ocupada con sus padres, tratando con el organizador de bodas y convenciendo a Cathy de que contratara a alguien para sustituirla; no quería vender su parte del negocio. Al menos aún tendría la tienda dentro de un año, pensó con pesar.

¿Llegaría a tardar Zarif un año en decidir que había visto satisfecha su venganza? ¿Qué otra cosa podía estar motivándolo para casarse? Ella era la mujer que lo había rechazado y, evidentemente, a sus ojos había pasado a ser una arpía. Estaba convencida de que, si se hubieran acostado tres años antes, ya no la habría deseado. ¿Pero qué era lo que más lo atraía? ¿El deseo sexual o el deseo de venganza?

Tres años antes lo había invadido la furia cuando ella había rechazado su proposición. No había estado preparado para ello, no había previsto que, aunque estuviera enamorada de él, podría tener dudas sobre si sería capaz de vivir en su mundo. Así que, aunque le había puesto voz a sus recelos torpemente y lo había insultado, sus preocupaciones habían sido auténticas y fundamentadas sobre la decepción de saber que, junto a la tumba de su primera esposa y de su hijo, él había enterrado también su capacidad de implicarse emocionalmente con una mujer.

Le asombraba sobremanera que el deseo de Zarif por su cuerpo pudiera actuar como un incentivo tan poderoso sobre él. ¿Cómo reaccionaría cuando demostrara su falta de experiencia en su

preciada cama? ¿De verdad le importaba el sexo? ¿Y hasta el punto de llegar a ofrecerle matrimonio a cambio? Era una locura, pensó con pesar, sobre todo cuando aparentemente él no tenía ninguna intención de establecer una relación marital normal con ella. Después de todo, en un año, como mucho, todo habría acabado y sería una divorciada volviendo a casa para reunirse con unos padres decepcionados, y probablemente con la excusa de que su matrimonio se había roto porque había sido demasiado difícil superar las diferencias culturales entre los dos.

Un año era muy poco tiempo, se dijo; seguro que pasaría volando. Sin embargo, un instante después tuvo que admitir que el tiempo nunca pasaba deprisa cuando eras infeliz. No le quedaba otra cosa que esperar que Zarif estuviera preparado para esforzarse más en su futuro matrimonio de lo que había dejado ver hasta el momento…

–Tienes que levantarte –le dijo Cathy a Ella zarandeándola para despertarla de un profundo sueño.

Ella miró soñolienta a su mejor amiga, una rubia con el pelo corto y de punta y unos brillantes ojos marrones que ahora la miraban extrañada. Se había quedado perpleja por su tono de urgencia. Cathy se había quedado a dormir y habían estado despiertas hasta tarde relajadas y charlando.

–¿Qué hora es?

–Solo son las siete –le respondió–. Mi padre ha venido con los periódicos de la mañana y después el teléfono ha empezado a sonar. Se ha armado una buena.

Ella se incorporó y se puso su bata.

–¿De qué estás hablando? Es el día de mi boda…, ¿verdad? –preguntó atónita.

–Deberías bajar. Yo seré discreta y me quedaré aquí –le dijo su amiga con inquietud–. Mi padre ya se ha ido a casa. En el periódico sale un artículo ridículo sobre ti, y tus padres están muy disgustados. También hay un grupo de fotógrafos en la entrada y creo que a uno se le ha pegado el dedo al timbre. No sé cómo has podido dormir con todo el jaleo.

–Échale la culpa a las copas de vino que nos tomamos. ¿Un

artículo sobre mí? ¿Fotógrafos? ¿Pero qué…? –exclamó entrando en el cuarto de baño para darse un instante de respiro y refrescarse antes de bajar las escaleras fijándose en que las cortinas del salón y del panel de la puerta principal seguían corridas sumiendo la casa en penumbra. El teléfono estaba descolgado y el timbre no dejaba de sonar.

Dentro de la cocina, donde pudo ver un periódico extendido sobre la mesa, había un silencio sepulcral. Su madre se estaba secando las lágrimas de sus ojos enrojecidos y su padre estaba tenso y encendido de ira.

–¿Qué demonios ha pasado? –susurró Ella.

–Lee esto –le dijo su padre lanzando una mirada de repugnancia al periódico.

Era una página doble en el *Daily Shout*, el tabloide más popular y vendido en Inglaterra, que solía estar cargado de famosos que engañaban a sus parejas. Los escándalos vendían periódicos, pero Ella no podía pensar en nada de su vida, aparte de sus ambiciosos planes de boda, que pudiera haber atraído la salaz atención de los medios. Se quedó paralizada junto a la mesa al reconocer las fotos que acompañaban al artículo.

–¿De dónde las han sacado? –preguntó consternada porque eran fotos de familia. Había una de cuando tenía dieciocho años en bikini durante unas vacaciones de verano en España, otra de pequeña en brazos de su madre, y otra con unos diez años vestida con el uniforme del colegio.

–Jason ha debido de sacarlas de los álbumes que tenemos en el arcón de nuestro dormitorio –dijo Jennifer Gilchrist con pesar e ignorando la instantánea respuesta de su marido negando semejante posibilidad–. Es la única explicación posible. Nadie más sabría dónde estaban esas fotos ni habría tenido acceso a ellas.

–¿Y por qué demonios iba a lanzar Jason un macabro plan para hundir la imagen de su hermana el mismo día de su boda? –preguntó Gerald Gilchrist.

–Porque está muy resentido y vender una historia así de sórdida le habrá generado mucho dinero –respondió la madre de Ella con pesar–. Por supuesto, ha contado muchas mentiras para darle un poco de morbo y seguro que con eso le han pagado aún más.

–No juzguemos sin tener pruebas –dijo su padre inquieto.

–¿Cuántas pruebas necesitas, Gerald? Se ha mudado a un piso nuevo que no sabíamos que tuviera y ayer te envió un mensaje diciéndote que se había ido a esquiar –suspiró Jennifer Gilchrist–. ¿De dónde ha sacado el dinero para pagarse unas vacaciones tan caras cuando nos dijo que estaba arruinado?

Cada vez más consternada, Ella observaba una imagen más distendida de sí misma vestida con una falda corta de piel negra y un top de encaje y escote con unas alas negras. Era de una fiesta de Halloween del año anterior. Cathy estaba a su lado y las dos estaban riéndose. Al igual que una foto grande de Zarif con gesto intimidante, había una de un hombre al que no reconocía y que iba etiquetada con el texto: «Ex novio, Matt Barton». ¿Quién demonios era Matt Barton? Finalmente, leyó el titular: «las proezas sexuales de una futura reina».

¿Proezas? ¿Qué proezas? Con unas repentinas ganas de vomitar, retiró una silla y empezó a leer. El inmoral contenido del artículo la dejó impactada. Ese tal Matt Barton decía que habían acudido juntos a orgías y la había calificado como «una mujer aventurera con un apetito voraz por el sexo y las nuevas experiencias». Se había quedado atónita.

–¿Son todo mentiras? –preguntó su padre con tono sombrío–. Quiero decir, ¿quién es ese tal Matt Barton? ¿Por qué nunca hemos oído hablar de él?

–Probablemente porque yo tampoco he oído hablar de él nunca… Es más, nunca antes lo había visto y, por supuesto, nunca he salido con él –declaró apretando los dientes mientras leía–. Al parecer, tiene un club nocturno en Londres que acaba de cerrar… Espero que Zarif no lea este periódico –concluyó con tono débil.

Pero esa fue una esperanza destinada a terminar en una instantánea decepción cuando un corpulento hombre moreno ataviado con un traje llamó a la puerta con fuerza. Cuando su padre se abalanzó hacia ella furioso para ocuparse de lo que, suponía, sería otro periodista, Ella se asomó por la ventana y se quedó totalmente paralizada ante la imagen de Zarif apostado en mitad de su gran jardín después de, obviamente, haber usado la entrada trasera para esquivar a los fotógrafos.

–Es Zarif –dijo con tono de advertencia.

–Oh, vaya, cuantos más mejor… ¡Pero si se supone que el novio

no debe ver a la novia antes de la boda! –dijo su madre consternada mientras abría la puerta.

Cinco hombres tan grandes y corpulentos como tanques del ejército, sus guardaespaldas claramente, lo rodeaban. Inmaculado en un traje sastre gris exquisitamente confeccionado para resaltar cada línea de su alto y esbelto cuerpo de hombros anchos, posó su oscura mirada dorada en ella. Seguía resultando indeciblemente guapo; se había fijado en que su estado de ánimo no influía negativamente en su impresionante físico aquel día que le hizo su proposición y se quedó ahí en silencio, a punto de estallar de cólera ante su rechazo pero sin perder ni un ápice de su carismática atracción. Entró en la cocina dirigiéndoles a sus padres un estirado pero educado saludo mientras Gerald hacía una bola con el periódico y lo tiraba a la basura. Sin embargo, toda su atención la tenía centrada en Ella.

Ella enrojeció, descalza con su cómodo pijama de cuadros y su bata, y sin una sola gota de maquillaje tras el que esconderse. Maldita sea, ¿por qué no había llamado primero? Porque, aunque el teléfono fijo estaba desconectado, tenía su móvil y había elegido no hacer uso de él. ¿Había optado deliberadamente por jugar con el factor sorpresa? ¿Orgías? Después de leer algo tan ridículo, estaba convencida de que ya nada podría sorprenderla. No tenía la más mínima duda de que Zarif había leído el periódico. ¿Estaría pensando ahora en cancelar la boda? Consternada descubrió que, sin siquiera saberlo, se había acostumbrado a la idea de convertirse en su mujer.

–Ella… ¿podemos hablar? –preguntó Zarif recorriendo su desaliñado aspecto con unos ojos tan brillantes como el ébano pulido. Su melena dorada caía salvajemente alrededor de sus hombros enmarcando el luminoso óvalo de su rostro e iluminando mágicamente sus bellos ojos.

«Orgías», pensó él con una ira que iba más allá de cualquier cosa que hubiera experimentado nunca; una ira que solo pudo contener gracias a toda una vida de férrea disciplina. Solo pensar en que otros hombres la hubieran visto desnuda, sin mencionar la idea de imaginarla tendida bajo otro hombre, hizo que una descarga de auténtica violencia recorriera su poderoso y alto cuerpo. Quería golpear a alguien, disparar algo, hundir los puños en las paredes y

hacer derramar sangre. La idea de que hubiera podido haber toda una legión de hombres que ya estuvieran familiarizados con la perfección de su esbelto y curvilíneo cuerpo lo hizo hervir de cólera.

Ella se levantó de su asiento y lo condujo hasta el comedor que apenas usaban. Solo cuando llegó a la cabecera de la mesa se giró para mirarlo, con la barbilla bien alta y gesto de rebeldía mientras él cerraba la puerta con fuerza. Iba a hacerlo; sabía que iba a hacerlo. Iba a hacerle la imperdonable pregunta.

Zarif soltó un lento suspiro.

–¿Es verdad?

Ahí estaba, directo al grano, pensó casi intoxicada por la repentina ráfaga de rabia y decepción ante el hecho de que pudiera, incluso por un instante, haber dado crédito a semejantes historias sobre ella.

–¿Qué parte? ¿Lo del insaciable deseo sexual o lo de las orgías? –preguntó con tirantez–. Elige tu respuesta… a mí me da lo mismo.

Atónito por su audacia y tensando la mandíbula, Zarif le lanzó una incrédula mirada.

–No adoptes esa actitud conmigo. Tengo todo el derecho a preguntar.

–No, no tienes ningún derecho sobre mí. Aún no estoy casada contigo. No cuestionaste mi pasado cuando tuviste oportunidad y yo tampoco cuestioné el tuyo… Es un poco tarde para empezar a cambiar de opinión ahora.

Sus negras pestañas, tan exageradamente largas, enmarcaban su mirada y un oscuro rubor acentuó las exóticas líneas de sus pómulos. Algo de lo que había dicho le había afectado, pero por desgracia no sabía qué parte de su valiente discurso lo había atravesado como una flecha. Es más, solo alcanzaba a entender que, por una vez e inexplicablemente, había logrado la hazaña de dejarlo desconcertado.

–Por desgracia no puedo tomarme la libertad de pasar por alto el disoluto pasado de mi futura esposa. Tengo demasiadas cosas en las que pensar, por no hablar del estatus real que te iría a conceder –dijo cerrando fuertemente sus bronceadas manos. Podía abandonarla, por supuesto que podía hacerlo si debía. Podía valorar la idea de llevarla a vivir a su piso de Dubái, ¿no? La asfixiante

presión que envolvía su pecho le dio un cierto respiro ante esa idea.

¿A qué estaba jugando? ¿A qué demonios estaba jugando?, se preguntó desconcertada porque con unas palabras bien elegidas podía echar a perder el plan de rescate de sus padres y no tenía ningún deseo de hacerlo. Pero Zarif la había decepcionado degradándola y ofendiéndola al formularle esa inexcusable pregunta.

«¿Es verdad?».

Sin embargo, podía entenderlo; de verdad que podía entenderlo. Vashir era un país conservador y una reina salpicada por un escándalo así no sería nada bien recibida. Jason había efectuado una jugada perfecta, pensó con dolor, porque ¿cómo iba a poder defenderse contra esas acusaciones? Pero no, ¡no podía permitirse acabar siendo la víctima de su avaricioso hermano!

–Seguro que me investigaste antes de hacerme la proposición –le dijo Ella porque le habría parecido increíblemente imprudente por su parte haberle propuesto matrimonio sin asegurarse primero de que era apropiada, y se negaba a creer que Zarif fuera así de insensato–. Seguro que ya sabías la respuesta a esa pregunta.

–Lamentablemente no. No tenía ninguna intención de casarme cuando nos vimos en el hotel –admitió con frialdad y furioso por que no estuviera dándole una respuesta directa.

–¡Dios mío, eso fue muy irresponsable por tu parte, no es nada propio de ti! –le dijo Ella sorprendida y ladeando su cabeza para recalcar con teatralidad lo asombrada que estaba.

Los ojos de Zarif resplandecieron con un brillo dorado y no pudo ocultar su furia al ver las burlas de Ella.

–¡Respóndeme! –le ordenó y su tono cayó como una fusta en el latente silencio.

–¿Exactamente qué clase de pasado creías que tenía? –le preguntó ella con voz quebradiza e intentando no ceder ni un ápice ante ese imponente porte y gesto autoritario que habían endurecido su rostro oscuramente hermoso. Él podía ser duro, pero ella también podía serlo cuando se trataba de defenderse.

–Nada fuera de lo común. Está claro que no me esperaba que fueras virgen. Doy por hecho que habrás tenido las típicas experiencias de adulta y no tengo ninguna intención de ahondar ni fisgonear más en tu pasado. Pero eso –dijo respirando con énfasis–

es mi opinión personal. Con el cargo público que tengo, he de tener en cuenta a mi pueblo y lo que esperan de su familia real. Somos un pueblo chapado a la antigua y se espera que mi familia imponga ciertos patrones de conducta. También me gustaría saber cómo ha llegado todo esto a manos de la prensa.

–En ese artículo han aparecido fotos de familia… Mi madre piensa que Jason ha vendido la historia.

Zarif frunció el ceño incrédulo.

–¿Jason te ha hecho esto?

–Pareces sorprendido, pero Jason está lleno de rencor y resentimiento ahora mismo. No va a obtener ningún beneficio de nuestro matrimonio y eso lo ha enfurecido.

–Había dado por hecho que le importaría saber que tus padres sí que van a obtener beneficios.

Ella puso los ojos en blanco; su hermano no tenía tantos principios.

–Mi hermano tiene una vena vengativa. Ya que estás cortado por el mismo patrón, deberías entenderlo.

Una nueva ráfaga de rabia recorrió a Zarif.

–¡No me compares con tu hermano bajo ningún concepto!

–Chantajearme para que me case contigo y meterme en tu cama es venganza –le informó–. A lo mejor te crees que para mí es algo emocionante y todo un honor, pero yo no lo veo así.

–Aún no has respondido a mi pregunta sobre la veracidad del artículo –le recordó Zarif con terquedad y furioso de que hubiera etiquetado su generosidad como un chantaje cuando él lo veía de un modo completamente distinto.

–Porque… no te mereces una respuesta –le contestó con una amargura que no logró ocultar–. Y debería darte vergüenza haberme preguntado. Me conocías hace tres años. ¿De verdad puedes creer que haya cambiado tanto?

Un severo gesto endureció la mandíbula de Zarif.

–He vivido lo suficiente como para aceptar que la gente cambia de formas inesperadas. Hay sucesos que pueden hacer que la gente actúe de modos que no son propios de ellos –señaló negándose a ceder porque él mismo se había comportado así en una ocasión.

–Me inclino ante tu elevado conocimiento, pero no elegirte hace tres años no me empujó a llevar el estilo de vida de una estrella del

porno –declaró con desdén y la mirada encendida–. Nunca había oído hablar de Matt Barton, jamás lo he visto. Sospecho que es alguien a quien Jason ha pagado para calumniarme, ya que, tratándose de mi hermano, habría resultado extraño que Jason hubiera lanzado acusaciones sexuales en mi contra y también habría supuesto exponer el hecho de que me ha vendido a la primera de cambio.

Una pizca de la tensión que invadía a Zarif pareció disminuir.

–¿Nunca has visto al hombre al que se refieren como tu novio? ¿Estás diciendo que toda esa historia es mentira? No me lo digas solo para impresionarme porque investigaré este asunto más a fondo.

–Ahora mismo –dijo echando atrás la cabeza y haciendo que la melena le cayera alrededor de los hombros– no tengo el más mínimo deseo de impresionarte.

–Pero sí que tienes que asegurarte de que nuestra boda siga adelante –le recordó Zarif con aspereza porque estaba fijándose en que el desgastado algodón de su pijama estaba rozando sus pezones y marcando vagamente las firmes y voluptuosas curvas de los pechos que tanto deseaba explorar. Contuvo un improperio, furioso ante la sospecha de que se estaba comportando como un adolescente ansioso de sexo.

El recordatorio de Zarif fue innecesario porque Ella era bien consciente de que la seguridad del futuro de sus padres dependía de lo que hiciera a continuación. La había ofendido gravemente, pero era el único en posición de hacer algo y, aunque se negaba a arrastrarse, también sabía que tenía que defenderse para limpiar su nombre.

–Te estoy diciendo la verdad. No soy culpable de nada. Yo jamás participaría en una orgía. Me han tendido una trampa y me han difamado de un modo horrible en los periódicos.

–Si estás segura de que es así, los demandaré –dijo Zarif con la mirada clavada en su rostro encendido de indignación–. Pero estás advertida, si demando, cualquier secreto íntimo que tengas quedará expuesto inevitablemente durante el proceso.

–No tengo ningún secreto –contestó escuetamente y respirando hondo–. Tengo la conciencia bien tranquila. Adelante, pon la

demanda.

–¿Debería prepararme para las revelaciones que puedan salir de alguno de tus antiguos amantes? –le preguntó apretando los dientes.

Capítulo 4

A Ella se le iluminaron los ojos. Por supuesto que podía haberle dicho a Zarif que nunca había tenido un amante, pero él no se merecía esa revelación. Bajó la mirada mientras una pícara sonrisa curvó sus labios inesperadamente.

–No. En ese sentido estás a salvo. Siempre he tenido mucho cuidado en elegir bien con quién salía.

La mirada de Zarif se encendió con un fuego dorado cuando vio esa sonrisa porque estaba convencido de que Ella estaría recordando con cariño a alguno de sus amantes. Respiró hondo y lento. Él no era la típica persona celosa y posesiva, ¿qué le pasaba? Otros hombres se habrían acostado con ella, habrían descubierto los secretos de ese esbelto y curvilíneo cuerpo, habrían escuchado sus gritos de placer… «Supéralo», se dijo con impaciencia y conteniendo el asalto de unas destructivas imágenes subidas de tono que amenazaban con devorarlo.

–¡Qué comienzo tan desafortunado para el día de nuestra boda!

–Sí –respondió Ella encogiendo un hombro–, pero no finjamos que es una boda de verdad o que nos importamos el uno al otro como unos novios normales.

–Puedo asegurarte que será una boda de verdad y que sí que me importa tu bienestar.

–No me convence… lo siento –bajo su desconcertada mirada, Ella alzó una esbelta mano y tapó un bostezo de aburrimiento con un gesto de desdén mientras se movía hacia él para acompañarlo a la puerta–. Si te importara, me habrías ofrecido apoyo y te habrías puesto furioso por lo que me han hecho.

Menos acostumbrado todavía a que lo censuraran que a que lo despreciaran, Zarif apretó su mandíbula.

–Eso no es justo. ¿Cómo iba yo a saber si era verdad o no cuando hace años que no tengo contacto contigo?

Nada convencida por su argumento, Ella enarcó una delicada ceja color miel.

–¿Crees que podrías marcharte ya para que pueda desayunar y ponerme con los quehaceres típicos de una novia? –preguntó con dulzura.

Zarif le rodeó la muñeca con una esbelta y bronceada mano para detenerla.

–A mí no me hables así ni intentes tratarme como si fuera un sirviente –le dijo furioso.

–¿De verdad te importa con tal de que me acueste contigo? –le preguntó con la voz entrecortada–. ¿Esperas que sea servil como una especie de esclava sexual medieval?

Zarif la miró con frustración. Estaba comportándose como una cría, como una inmadura, y se vio tentado a zarandearla. ¡Basta!

Se acercó tanto que ella pudo oler el ligero aroma de esa especiada colonia que tan familiar le resultaba. De pronto se le saltaron las lágrimas cuando una marea de recuerdos casi olvidados amenazaron con ahogarla: unos momentos engañosamente románticos tres años atrás cuando le había agarrado la mano, la había colmado de obsequios, había escuchado atentamente todas sus preocupaciones y la había tratado con actitud protectora y cariñosa. Y todo había sido mentira, se recordó con amargura, porque sus verdaderos sentimientos no habían ido más allá de un lujurioso deseo de llevarla a la cama y de asegurarse de que se quedara embarazada del hijo y heredero que le requerían.

–Eleonora… –dijo Zarif con tono ronco deslizando un dedo por su mejilla para trazar el camino de una lágrima que se le había escapado–. Estás molesta, enfadada.

Ella lo miró cautivada, sin querer, por la belleza de sus oscuros rasgos de ángel caído y de esa impactante mirada ámbar enmarcada por unas exuberantes pestañas de color ébano. Tembló, consciente del roce de su dedo sobre su mejilla.

–No…

–Debo hacerlo –le respondió bajando la mano hasta su barbilla para alzársela y poder posar la boca sobre la suya. Sorprendida, Ella sintió un mareo y abrió la boca para recibir la erótica presión de su lengua. Sabía maravillosamente bien; sintió un tirón en la pelvis y gimió al notar la escandalosa humedad de deseo que surgió entre sus tensos muslos, una traicionera sensación que contrastaba con lo enfadada que estaba con él. La comparación la impactó y atravesó

el hipnótico poder de su boca.

–No, no –protestó Ella retorciéndose contra su esbelto cuerpo de un modo que hizo que él ejerciera mayor control.

–Esta noche serás mía –pronunció con clara satisfacción, llevándola contra él como si fuera una muñeca y sentándola en el borde de la mesa, separándole las rodillas para colocarse entre ellas e inclinándose hacia delante para acercar su excitado cuerpo al vértice de sus muslos.

Un cosquilleo bullía como un volcán en la parte inferior del cuerpo de Ella. Sus ojos azules se abrieron como platos y se le dilataron las pupilas mientras lo miraba. Zarif tenía unos ojos terriblemente sexys. El pijama le picaba y le resultaba incómodo contra sus tiernos pechos y sentía como si el aire se le hubiera quedado atascado en la garganta. Una voz gritaba dentro de su cabeza diciéndole que se controlara, pero lo que la mantuvo quieta fue la cálida sensación que se iba extendiendo por sus extremidades inferiores y un insoportable dolor por el ansia de una satisfacción que no había llegado a conocer nunca.

–Y te encantará cada momento de lo que te haga –añadió con voz ronca.

Ella oyó su voz a través de un muro de sensaciones provocadas por la caricia de los largos dedos que rodeaban sus caderas bajo su pijama; el roce de su piel la advirtió de una sensualidad que no había tenido oportunidad de experimentar con él antes. Podía sentir su erección a través de la fina barrera de sus pantalones, y saber que lo excitaba incluso en pijama y sin maquillaje tuvo en ella un efecto ridículamente poderoso. Intentaba respirar mientras él presionaba su boca desesperadamente contra la tierna piel entre su cuello y su hombro y echó la cabeza atrás involuntariamente dejando escapar un gemido.

Zarif deslizó las manos bajo la parte de arriba del pijama y cubrió sus pechos haciendo que se le acelerara el corazón y se sintiera ligeramente mareada. El calor y la humedad entre sus muslos mientras él pellizcaba sus tersos pezones despertó una sacudida de sensaciones que la recorrieron cuando Zarif encontró su boca con una pasión tan salvaje que la entusiasmó. Agarrándolo de los brazos y hundiendo las uñas en sus mangas se sintió frustrada por no poder tocarlo del mismo modo como él la tocaba a ella.

–¡Oh, lo siento mucho…! –el sonido de la voz de su madre y de la puerta abriéndose y cerrándose de nuevo despertó a Ella de su estupor sexual. Abrió los ojos sin poder recordar, siquiera, cuándo los había cerrado.

Le resultó exasperante que Zarif hubiera sido el primero en recuperar el control y que ya se hubiera apartado de ella. Le lanzó una encendida mirada y respiró entrecortadamente; tenía el rostro colorado mientras reconocía lo que había permitido que sucediera entre los dos. ¡Incluso estando enfadada con él! Eso era lo más mortificante de todo: que Zarif pudiera tocarla y desde ese momento ella se olvidara completamente de todo lo demás.

–Luego nos vemos, *habibti* –murmuró él con voz tensa y un ligero rubor en sus prominentes pómulos.

Ella se apartó de la mesa rápidamente y fue a abrir la puerta. Su madre le sonrió desde el pasillo.

–Ha llegado la maquilladora y ni siquiera has desayunado. ¿Se queda Zarif?

–No… –oyó por detrás cuando Zarif intervino en la conversación con total tranquilidad, sin el más mínimo ápice de turbación.

Zarif veía a su futura esposa saludando a los hijos de algunos de los invitados. Se le daban bien los niños, tuvo que admitir al ver su cara de alegría y sus brillantes ojos mientras se reía y charlaba dando las primeras muestras de calidez desde que la había visto en la iglesia. Estaba tan naturalmente bella en su sencillo y elegante vestido, que le había costado un gran triunfo no mirarla. Había desempeñado el papel de novia con una mirada velada, aunque mostrándose educada y sonriente todo el tiempo a pesar de contener sus propios sentimientos. Su esposa. Aún le resultaba impactante esa designación; casi tan impactante como había sido para su tío cuando le había llamado tres semanas antes para darle la noticia.

–Por supuesto, ya es hora de que tengas una esposa –había dicho Halim guardándose la palabra «otra vez», siempre diplomático y generoso hasta el final–. ¿Y es inglesa como tu abuela? Será muy popular entre los que quieren que miremos a Occidente en lugar de a Oriente para ir avanzando hacia el futuro. Estoy deseando

conocerla.

Y por un instante Zarif había sentido una puñalada de vergüenza por estar engañando a ese hombre, que había visto a Azel, su única hija, convertirse en su primera esposa, además de en reina y madre, antes de que aquel espantoso accidente se hubiera llevado su vida y la de su pequeño. Hundido, Halim se había refugiado en sus libros hasta finalmente solicitar permiso para abandonar la política de palacio y volver a su trabajo de profesor en la universidad donde, al menos, las charlas para sus alumnos lo habían distraído un poco de su dolor.

En numerosas ocasiones Zarif había deseado también poder encontrar una vía de escape para sus recuerdos. Era bien consciente de que volver a casarse, hacer lo que tenía que hacer antes de que Halim muriera, sería un consuelo para el hombre. Después de todo, Halim había criado a su sobrino para que supiera que la estabilidad de Vashir era lo primero, que iba antes que los sentimientos personales, antes que cualquier otra cosa. Y ahora, por primera vez en su vida, Zarif era consciente de pronto de que era culpable de traicionar su deber porque había permitido que su deseo de poseer a Ella Gilchrist estuviera por encima de cualquier otra consideración.

Al otro lado de la habitación, una niña pequeña estaba observando la resplandeciente alianza de boda de Ella y quejándose de que no destellara mientras Ella le explicaba la diferencia entre los anillos de boda y los de compromiso, una aclaración que perdió todo interés cuando la niña le preguntó por qué no tenía un anillo de compromiso.

Levantándose con una risa forzada, Ella renunció al desafío y posó su atención en Zarif, alto, moreno y extraordinariamente guapo en un traje sastre a juego con un pañuelo de seda gris mientras charlaba con sus padres. Era tan delicado y elegante en sus movimientos que quería gritar. Nadie habría imaginado nunca que todo era una farsa para arrojar un respetable velo sobre la transacción más básica que podía haber entre un hombre y una mujer. Estaba chillando por dentro, pensando que no podía haber mucha diferencia entre ella y cualquier otra mujer que vendiera su cuerpo por dinero, porque ¿no era eso lo que estaba haciendo?

Y lo peor de todo, con un hombre que no sentía absolutamente

nada por ella, pensó desconsolada porque, aunque la fachada de Zarif podía haber convencido al pequeño grupo de invitados de que era un novio feliz, con ella no había funcionado. No había sonreído ni una sola vez y sabía que era porque estaba pensando en Azel; podía sentir su distancia, ver la oscuridad en su mirada. La única vez que había hablado de su mujer con ella había sido el día que le había pedido matrimonio tres años antes y sus palabras habían quedado grabadas en su alma como heridas abiertas.

Se había referido a Azel como «irreemplazable» a la vez que le había asegurado que no estaba pidiéndole que sustituyera a su primera mujer, ya que eso habría sido algo imposible.

Y cuando le había preguntado a Zarif si la amaba, formulándole la pregunta más conmovedora que puede hacer una joven enamorada, él había respondido:

–Siempre llevaré a Azel en mi corazón. No podré fingir lo contrario.

Y aun así, después de aquel pequeño discurso, y como prueba viviente de que algunos hombres no entienden ni reconocen la emoción, Zarif se había quedado atónito cuando Ella había rechazado su proposición. Incluso loca de amor y con solo veintiún años, había advertido que habría sido un desastre intentar seguir los perfectos pasos de Azel. Tanto si lo sabía como si no, Zarif no estaba preparado para poner a otra mujer en su lugar. Y por eso, con el corazón roto, Ella se había alejado de un desafío tan imposible e ingrato.

Ahí estaba ahora Zarif, pocas horas después de haberse casado con ella y, sin duda, recordando con pesar el día de su primera boda cuando había tenido el placer de casarse con una mujer a la que amaba con toda su alma y todo su corazón. Solo pensarlo le dolía, al igual que le había dolido años atrás haberse visto forzada a aceptar que, aunque adoraba a Zarif y lo anhelaba con todo su cuerpo, él la habría sacrificado en cualquier momento si, por alguna especie de milagro, hubiera podido devolver a Azel a la vida.

A Azel no la habría querido solo por el sexo, pensó con tristeza. La había amado y respetado mientras que ella tenía que intentar comprender qué había hecho para despertar en él tanta hostilidad como para incurrir en tan devastadora venganza. Tres años antes, le había dicho que no, pero, por muy dolida que se hubiera sentido

por los comentarios de Zarif, bajo ningún concepto había pretendido ofenderlo.

Por supuesto, un rechazo así debía de haber sido algo completamente nuevo para Zarif. Todas las mujeres se percataban de su increíble físico y automáticamente se daban la vuelta para volver a mirarlo. Esas escasas semanas durante las que había salido con él habían sido como salir con una estrella del cine, ya que a cada sitio que habían ido las mujeres lo habían mirado, se habían reído entre flirteos y habían intentado captar su atención. Mientras, él había parecido totalmente ajeno al efecto que generaba en el sexo opuesto. No parecía tener ni una pizca de vanidad, aunque tampoco es que ella fuera muy buena juzgando personalidades.

Después de todo, tres años antes jamás se le habría ocurrido que Zarif pudiera rebajarse hasta el punto de pagarle a cambio de compartir su cama. En cuanto lo pensó frunció el ceño recordándose que había accedido a cumplir con los términos del trato por el bien de sus padres, a los que adoraba. Había sido su elección y, aunque no pudiera mostrarse agradecida por que le hubiera dado esa opción, sabía que sería injusto culpar a Zarif por cómo se sentía ahora que había aceptado el papel de amante. Por desgracia, esa etiqueta de «sexo y nada más que sexo» la hacía sentirse degradada y como si no valiera nada.

No se podía negar que Zarif había cambiado, y mucho más de lo que se había imaginado. El hombre que recordaba era tan íntegro y recto en todos los aspectos que resultaba irónico que ahora que ya no lo amaba estuviera descubriendo que tenía un lado mucho más oscuro y complejo que hacía que temiera por su futuro.

Ella contemplaba atónita la opulencia del jet privado con sus sofás de piel color crema y el lujoso equipamiento, por no mencionar los cuatro auxiliares de vuelo uniformados que se inclinaron respetuosamente en su presencia. Por fin se sentó, invadida por los nervios al darse cuenta de que una vez el avión despegara abandonaría su hogar y todo lo que le era familiar. ¿Y quién sabía cuándo volvería?

Ya le parecía como si ese día, que había empezado envuelto en drama, se estuviera convirtiendo en el más largo de su existencia.

Estaban volando hacia Vashir y al día siguiente celebrarían una segunda ceremonia en presencia de Halim, el tío de Zarif, y de las personalidades más destacadas de la zona. Se sentía como si fuera a verse sometida a otra prueba de resistencia para ver cómo podía complacer a todos los demás menos a sí misma.

Zarif observaba a su esposa con un deseo apenas contenido en su velada mirada. Su delicado perfil parecía tan tenso como su esbelto cuerpo y posó su atención en el aleteo de sus pestañas, en la elegante mano que descansaba sobre su regazo y, sobre todo, en los exuberantes pechos que había acariciado. El bajo de su vestido azul intenso dejaba expuestas unas largas y torneadas piernas y tuvo que respirar hondo, agitado por la fuerza del deseo que se estaba apoderando de él, y nada acostumbrado a que su autocontrol tuviera que enfrentarse a semejante desafío.

Ninguna otra mujer provocaba todo eso en él. No sabía qué tenía Ella, pero con solo mirarla se excitaba y tuvo que moverse en su asiento porque sentía una incómoda pesadez en la entrepierna. La tentación acechaba ante la existencia del compartimento para dormir, pero era un lugar estrecho. Y él quería un festín, quería que mereciera la pena todo el tiempo que había esperado. «Suya por fin», se dijo saboreando esas palabras.

Ella hojeaba una revista de moda con la mirada perdida y cada vez más tensa por el silencio que la rodeaba.

–Me ha sorprendido que tus hermanos no estuvieran en la lista de invitados –dijo de pronto y bruscamente.

–Asistirán a la ceremonia de mañana –respondió él–. Imagino que te alegrará saber que los acompañarán Betsy y Belle.

–Apenas las conozco, pero supongo que sí –admitió con una voz tan vacía que Zarif sintió la tentación de zarandearla para que reaccionara.

Exasperado, pensó que no podía culparla por pensar que tener que casarse con él y convertirse en reina era un castigo cruel e inusual. Aunque era solo durante un año, recordó preguntándose por qué no le había reclamado dos años e incluso tres, pero entonces pensó que no debía tardar en casarse de verdad para tener descendientes. ¡Vaya! Era sorprendente que se hubiera olvidado de

ese importante detalle aunque solo fuera por un instante.

–¿Por qué no me dijiste que tu madre había sufrido un infarto y que tu padre había tenido una crisis nerviosa? –le preguntó de pronto–. Jonathan, el amigo de tu padre, me lo ha contado y ha dado por hecho que yo ya lo sabía.

Ella apretó los labios.

–No pensé que adornar las cosas fuera a ablandarte un poco.

–Contarme algo así no habría sido adornar nada; habría sido contarme datos relevantes y reales que podrían haberme hecho cambiar de punto de vista.

Ella le lanzó una oscura mirada.

–Lo dudo mucho. No vi nada de compasión en aquella habitación.

Zarif apretó los dientes, exasperado por el hecho de que pudiera considerarlo tan cruel. Sus padres eran buena gente, personas decentes, que habían sido amables con él y lo habían acogido con cariño años atrás sin buscar nada a cambio.

–Tienes un vuelo de siete horas durante el que espero que se te pase el enfado que tienes y aceptes tu nuevo estatus –le dijo una vez despegaron.

–¡No estoy enfadada! –respondió furiosa y sacudiendo su melena rubia para dirigir una fiera mirada hacia su hermoso rostro.

–Oh, te aseguro que sí –le contestó él con suavidad–. Pero soy inmune al mal humor.

Ella se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó de golpe.

–Lo diré una sola vez más… ¡No estoy de mal humor! –le gritó furiosa–. Eres tan insensible como una roca. ¿Es que no tienes idea de lo difícil que es para mí abandonar mi casa para vivir en un país extraño con una cultura distinta y un hombre que ni siquiera me quiere? ¿Tienes idea de cómo me he sentido hoy poniendo cara de novia feliz ante toda mi familia y mis amigos?

Zarif se quedó donde estaba y la contempló con inmensa satisfacción porque la Ella que conocía mejor estaba reapareciendo. Sus volubles emociones y su innata energía nunca dejaban de divertirlo mientras que a otras mujeres con tendencias similares las había sacado de su vida rápidamente, admitió a regañadientes. Cuando se enfurecía, Ella era magnífica, sus ojos azules zafiro

reflejaban desafío y su hermoso rostro se encendía al igual que sus exuberantes labios ofreciéndole una rosada invitación.

–¿Vas a quedarte ahí sentado sin decir nada? –le preguntó perpleja por su falta de reacción.

–Cuando te pones así –murmuró Zarif con voz ronca–, resultas increíblemente sexy y ardiente.

Ella hizo lo que cualquier mujer en su sano juicio habría hecho porque estaba claro que él no había escuchado ni una sola palabra de lo que había dicho: levantó el vaso de agua y lo vació sobre su arrogante cabeza.

–Pues ya es hora de que te refresques un poco…

Completamente atónito por ese ataque líquido, Zarif se levantó con la mirada encendida y apartándose de la frente su pelo negro empapado.

–¡Estás actuando como una loca!

–No, una loca habría usado un cuchillo, no agua –le contestó sucintamente–. Y ahora te lo diré otra vez. No estaba de mal humor. Simplemente estoy nerviosa por el reto de tener que enfrentarme a un nuevo estilo de vida.

–¡Y deberías estarlo porque no soy fácil cuando pierdo los estribos! –le dijo al levantarla en brazos sin el más mínimo aviso y llevarla hasta el compartimento que abrió con el pie.

–¡Bájame! –le gritó ella.

Zarif la bajó sobre la cama y ella cayó contra las almohadas y con su melena color miel alborotada sobre sus sonrojados rasgos. Lo miró impactada cuando él empezó a quitarse la chaqueta y la corbata.

–¿Qué estás haciendo?

–Me has empapado la ropa –le recordó con los dientes apretados mientras se desabrochaba la camisa blanca pegada a su musculoso torso–. Y, si vamos a discutir, lo haremos aquí, en un lugar más íntimo.

Ella se incorporó algo avergonzada por haberle tirado el agua.

–No debería haberte empapado…, pero cuando te muestras tan frío y sin sentimientos, ¡lo odio!

–Es que soy frío por naturaleza –le contestó Zarif al quitarse la camisa–. Me temo que tendrás que aprender a vivir con eso. Atacarme no es una opción que esté dispuesto a tolerar.

A Ella le dio un vuelco el estómago y un pesado calor se extendió por su pelvis al verlo porque, sin duda, tenía ante sí el cuerpo masculino más hermoso que había visto en su vida: un musculoso y definido torso bronceado, un oscuro vello adornando sus impresionantes pectorales y descendiendo sobre un abdomen musculado para desaparecer bajo el cinturón que rodeaba sus esbeltas caderas. Por un segundo le robó el aliento.

–Y más aún cuando ahora tengo tantas posibilidades de entretenimiento –terminó al ponerse de rodillas en la cama junto a ella, aún con el torso desnudo y con sus pantalones sastre tensándose sobre esos poderosos muslos.

Inquieta, Ella se quedó paralizada como una columna de piedra.

–No sé qué quieres decir.

–Claro que lo sabes –la contradijo deslizando un burlón dedo sobre la fruncida línea de su boca–. Quedarte paralizada como un animal al que están a punto de cazar no va a salvarte. Eres mi esposa. Puedo tocarte, cazarte siempre que quiera…

Esa posibilidad la había abrumado desde el momento en que él se había quitado la camisa sin ninguna vergüenza para exponer su brillante y bronceada piel y sus desarrollados músculos. Aunque, ¿por qué iba a tener vergüenza en una situación íntima? Ella se rio de su propia ingenuidad, demasiado consciente de que habría disfrutado de los encantos de muchas amantes altamente experimentadas. Ahora lo tenía tan cerca que solo con alargar la mano podría haberlo tocado, pero sus dedos se aferraban con fuerza al colchón como si temiera verse tentada a hacerlo. Y sí que lo temía porque él siempre la había tentado y, si le entregaba algo más que una sumisión pasiva, acabaría destruyendo el respeto que se tenía a sí misma.

Zarif agachó la cabeza y acarició con sus labios la tensa línea de su boca. Tenía un nudo en la garganta y, con un ligero grito ahogado, abrió la boca mientras él seguía jugueteando con ella, chupando su labio inferior y después colando la lengua en su interior desatando así una asombrosa reacción que la recorrió como un dulce dardo adentrándose en ella. Tembló consciente de la tirantez de sus pezones, y después, al instante y sin apenas respiración, deseó tener su boca sobre la suya con una ferocidad que la dejó atónita. Quería hundir las manos en su cabello para

llevarlo hacia sí.

Echó la cabeza atrás a la vez que sentía el ligero roce de sus dedos contra su espalda. Un aire más frío invadió su espalda y se sorprendió al descubrir que le había bajado la cremallera del vestido sin que se diera cuenta. Levantó la mirada y la dirigió hacia un ardiente tono dorado enmarcado por unas negras pestañas. Qué ojos tan preciosos tenía, admitió a la vez que de su cabeza se evaporaron toda clase de pensamientos.

Zarif echó hacia delante sus cabellos dorados para bajarle el vestido por los brazos.

–Siempre me ha encantado tu pelo… Tiene un color increíble cuando le da el sol.

–Aquí no hay sol –contestó nerviosa y con una alarmante timidez por verse en ropa interior. Él estaba desnudándola con frialdad, sin un ápice de pasión, y la experiencia le resultaba tan inquietante que no podía llegar a imaginar el momento de mayor intimidad que sin duda vendría a continuación.

Duro como una roca, Zarif observó sus turgentes pechos y rápidamente le quitó el sujetador para cubrirlos con sus manos. Acarició sus trémulas cúspides y solo después la besó.

Ella tembló, todo su cuerpo se había encendido y estaba sumido en un intenso cosquilleo. Hundió las manos en los hombros de Zarif mientras él tomaba sus rosados pezones entre sus dedos y reclamaba su boca en un intenso y embriagador beso, deslizando la lengua con pasión y haciéndola gemir. Ella sintió un tenso nudo en la pelvis y vio que estaba a punto de perder el control cuando el deseo se apoderó de su ser con una impactante fuerza.

Zarif la tendió sobre la cama y la despojó del vestido que se le había arrugado a la altura de las caderas. Siguió besándola sin cesar, encendiéndola, acercándola a sí, deseando más, estimulando todo su cuerpo hasta un punto que le resultó casi doloroso y que no se parecía a nada que hubiera experimentado hasta el momento.

La miró mientras acariciaba el vello del vértice de sus muslos.

–Quiero ver cómo llegas al clímax, *habibti* –le susurró–. Quiero oírte gritar por el placer que te doy.

–No quiero gritar –dijo Ella con dificultad al no poder controlar la respiración.

Un dedo encontró su inflamado clítoris y jugueteó con él. Estaba

claro que sabía muy bien lo que estaba haciendo. Ella alzó las caderas del colchón y gimió cuando él agachó la cabeza y capturó un rosado pezón entre sus labios para acariciarlo con los dientes. Esa embestida doble, a sus sensibles pechos y a ese tierno rincón entre sus muslos, fue demasiado para ella. Las sensaciones que la recorrían fueron invadiendo su vientre cada vez más hasta que, de pronto, ese nudo de tensión se liberó provocándole unas convulsiones de insoportable placer que la dejaron atónita.

Zarif le dirigió una brillante mirada que la hizo encogerse de vergüenza. Cerró los ojos, avergonzada por haber perdido el control. Él la cubrió con una sábana.

–Descansa un poco –le dijo con suavidad–. Las celebraciones de mañana durarán mucho más que las de hoy y esta noche preferiría que estuvieras despierta.

Abochornada y con el cuerpo aún derritiéndosele por dentro tras esas sensuales atenciones, se quedó tumbada hasta mucho después de que él saliera por la puerta del compartimento. No podía resistirse a Zarif. Otros hombres habían intentado seducirla sin lograrlo, pero Zarif ni siquiera había tenido que intentarlo. ¿Por qué? ¿Cómo podría volver a mirarlo a la cara? Bueno, al menos él sí que parecía saber lo que hacía, porque ella desde luego no, se dijo nerviosa al pensar en la noche que aún tenía por delante.

Capítulo 5

El aeropuerto se encontraba a las afueras de la ciudad de Qurzah. El avión aterrizó y fue recibido por una comitiva compuesta por una banda militar, una multitud de oficiales y una graciosa niña ataviada con una bonita levita que la saludó con una reverencia y la obsequió con un ramo de flores. Se sintió aliviada por haber seguido el consejo de su madre y haber elegido un conjunto elegante para viajar, ya que su armario de estilo vintage no habría cumplido con las expectativas más conservadoras. Su vestido azul, la chaqueta y los tacones, sin embargo, eran muy apropiados.

Zarif vio a su esposa responder con una sonrisa ante los saludos y le habría impresionado aún más que en algún momento ella hubiera dirigido esos brillantes ojos y esas sonrisas hacia él. Era testaruda, caprichosa y mostraba su estado de ánimo con demasiada facilidad.

No podía creer que le hubiera pedido que se casara con él tres años antes. ¿En qué había estado pensando? ¿Se había obsesionado con su abrumador deseo de hacerla suya? A diferencia de él, a ella no la habían criado y educado para respetar la idea del deber o de las normas y el comedimiento que iba de la mano con el elevado estatus de la dinastía al-Rastani. Cuando llegara el momento, sería práctico y buscaría una esposa entre alguna de las otras familias reales, una que supiera exactamente lo que se requería de ella, pensó con pesar y preguntándose por qué esa mera idea hacía que se le partiera el corazón.

La limusina los llevó por las calles abarrotadas de Qurzah y vio lo sorprendida que parecía Ella al ver el moderno diseño de la ciudad además de los centros comerciales y los muchos parques adornados con fuentes y esculturas.

–Es como cualquier otra ciudad –comentó claramente aliviada–. Pero más bonita que muchas que he visitado.

–No somos un país primitivo o atrasado –le contestó Zarif con sequedad–. La riqueza proveniente del petróleo y un sistema

educativo y de sanidad incomparables han dejado huella.

–No pensaba que Vashir fuera un país atrasado… aunque aquí no dejáis que las mujeres conduzcan –comentó con cierta incredulidad ante semejante hecho.

Zarif respiró hondo e intentó no apretar los dientes. A veces le parecía que su país era más famoso por esa restricción que por ninguna otra cosa y cambiaría esa perversa ley en cuanto su tío falleciera. Hacerlo antes le había parecido causarle al hombre una inquietud innecesaria, ya que despertaría recuerdos que era mejor dejar enterrados.

La limusina se abrió paso entre unos altos portones que daban acceso a una propiedad rodeada de altos muros y torrecillas. Ella contempló maravillada el antiguo edificio que se extendía ante sí porque con sus arcos moriscos, la cantería tallada y los gloriosos jardines tenía reminiscencias de una fantasía de noches arábigas.

–Creía que el palacio era nuevo.

–El nuevo está al otro lado de la ciudad y lo utilizamos para reuniones del consejo gubernamental, para conferencias y ceremonias oficiales. Este es el palacio donde crecí y prefiero vivir aquí, sobre todo mientras mi tío esté enfermo –dijo tensando su testaruda boca como si se esperara que ella se lo fuese a discutir.

Pero Ella no dijo nada a pesar de haber confiado en que se alojarían en el nuevo palacio, donde podría reconfortarse con la idea de que allí nunca había llegado a vivir la primera esposa de Zarif. ¡Pues no, no podía ser! De todos modos, ¿por qué estaba tan susceptible? Ni que estuviera enamorada o celosa, razonó exasperada.

Se bajó del coche. La oscuridad estaba cayendo y el calor ya era menos agobiante que en el aeropuerto donde, a los pocos minutos de dejar de sentir el aire acondicionado del avión, se había sentido como si le hubieran pegado el vestido a su piel cubierta de sudor.

–Es un edificio fascinante.

–Hamid te lo enseñará –dijo Zarif refiriéndose a su asistente–. Su padre era el encargado del viejo palacio y él también creció aquí. Lo sabe todo sobre la historia del edificio.

Habría preferido que Zarif se hubiera ofrecido a enseñárselo personalmente, pero intentó que su mirada no lo reflejara al darse cuenta de que, una vez más, le estaba demostrando lo poco que

importaba ella en toda esa farsa. Independientemente del fugaz momento de intimidad que habían compartido, Zarif seguía mostrándose frío y reservado. Por mucho que su cuerpo aún bullera ante la idea de cómo había acariciado su sensible piel, él seguía estando remotamente lejos.

Una pequeña multitud de mujeres ataviadas con elaboradas prendas esperaban dentro de las gigantescas puertas principales, en un vestíbulo de mármol ornamentado con columnas.

–Soy Hanya –dijo una guapa morena de ojos oscuros en un inglés perfecto–. Cuidaré de usted hasta mañana.

Zarif se quedó paralizado en el umbral enarcando las cejas.

–¿Adónde te llevas a mi mujer, Hanya? –le preguntó bruscamente.

–Según el imán, la señorita Ella Gilchrist no será su esposa legal ni nuestra reina hasta mañana, primo –anunció Hanya con un suave tono de disculpa y agachando la cabeza como si odiara tener que darle esa noticia–. Nuestro tío ha hablado conmigo de lo mucho que le importa seguir las viejas tradiciones y me temo que eso es lo que espera que suceda.

Hanya había sido prima de Azel e insistía en mantener aquel vínculo con Zarif.

Zarif estuvo a punto de mirar al cielo como pidiendo paciencia, pero contuvo las ganas. Hanya tenía razón. Halim era un hombre chapado a la antigua, siempre ansiando seguir las conductas más apropiadas, así que estaba claro que tendría que esperar un día más antes de poder reclamar a su esposa. Echó los hombros atrás dispuesto a imponer su propias leyes y a negarse a dormir en camas separadas. Después de todo, Ella seguía siendo su mujer por mucho que no se hubieran casado conforme a las leyes de Vashir, y la idea de contener su ya de por sí rebelde libido no le atraía nada.

Un año, le recordó su lado más tolerante en un intento de calmarlo. Ella sería suya durante un año… ¿de verdad que no podía esperar un día más? No quería decepcionar ni alarmar a su tío, así que sacudió su arrogante cabeza y echó a andar deteniéndose solo para decirle a Ella:

–Entonces mañana nos vemos.

–Gracias, Su Majestad –dijo Hanya, que tenía una risa extremadamente irritante, como la risita de una niña pequeña.

Agarró a Ella de la manga con una mano que lucía una manicura perfecta–. La acompaño a su suite… por aquí.

A la mañana siguiente, Ella se estremeció al verse rodeada por un grupo de mujeres desconocidas que querían bañarla, depilarla y ungir su cuerpo y su cabello con aceites exóticos y perfumados. Después de aquel calvario, que la cubrieran con un moderno albornoz le resultó de lo más refrescante y normal, y casi la relajó tener que sentarse y esperar pacientemente mientras un par de artistas se arrodillaban en el suelo junto a ella para dibujar sobre sus manos y sus pies intrincados motivos con henna.

Sentía que estaba comportándose con una actitud más que tolerante y estaba aliviada de que estuviera superando la prueba de los preparativos sin perder los nervios ni mostrarse irritada porque no quería estropear el día insultando y rechazando las tradiciones nupciales de Vashir. Después de todo, no había duda de que sus acompañantes, las cuales no hablaban inglés, estaban entusiasmadas con la idea de que su rey volviera a casarse. Que fuera extranjera no parecía ser ningún impedimento.

–¡Ella! –gritó una voz femenina desde la puerta y, cuando se giró, vio a Belle, la enérgica esposa de Cristo Ravelli, con su melena pelirroja yendo hacia ella. Sonrió porque era lo único que podía hacer. Aunque había visto a los hermanos de Zarif y a sus esposas en una sola ocasión, no había olvidado a Belle con su simpatía irlandesa y calidez ni a la más discreta, pero no menos sociable, Betsy, porque cuando las había conocido, antes de la proposición de Zarif, había estado fantaseando con que algún día formaría también parte de ese núcleo familiar.

–¡Creía que no iban a dejarnos subir aquí contigo! ¡La de obstáculos que hemos tenido que sortear! –exclamó Belle dejando en el suelo un montón de paquetes envueltos en papel de regalo y un bolso–. Es la primera vez que visito este palacio. No tenía ni idea de que aún lo regentaran con quinientos años de atraso.

–Belle… –dijo la menuda Betsy saliendo de detrás de su cuñada antes de agacharse para besar a Ella en la mejilla–. ¿Cómo lo llevas?

–¡Vamos, no pierdas el tiempo preguntándole eso! –exclamó Belle–. No, nos interesa más escuchar por qué dijiste que no hace

tres años y ahora, de pronto, le dices sí a nuestro Rey del Desierto.

Ella se quedó paralizada ante tan tajante pregunta que, por otro lado, era perfectamente comprensible dadas las circunstancias.

–Sería todo un… reto contar una historia así. Hanya –murmuró al ver a la preciosa morena con mirada de desconfianza, como si lamentara la intrusión de esas dos mujeres occidentales–. ¿Podrías pedir que les prepararan algo de beber y comer a la familia de Zarif, por favor?

–Creía que en este palacio no se bebía nada –comentó Belle en voz baja–. Y no porque Zarif no se beba una copa de vez en cuando, sino porque el hombre que está enfermo no bebe ni una gota de alcohol.

–Si vuelves a decir otra estupidez te las verás conmigo –la advirtió Betsy–. Ella, estamos aquí para ofrecerte nuestro apoyo.

–¡Estamos aquí para celebrarlo! –la contradijo Belle–. ¿Para qué iba a necesitar apoyo? Se va a casar con un multimillonario guapísimo que además es rey de un país y que, claramente, está locamente enamorado de ella porque ¡me sorprende mucho que la haya perdonado por haberlo rechazado aquella primera vez!

–No, no está locamente enamorado de mí y tampoco estoy segura de que me haya perdonado –admitió Ella sin apenas darse cuenta justo cuando unas copas de zumo de granada y unas bandejas de aperitivos llegaron al dormitorio. Belle arrugó la nariz al ver que su bebida no contenía nada fuerte.

–¡Chín chín! –exclamó Belle chocando su copa contra la de Ella–. Cristo no estaba enamorado de mí cuando nos casamos, así que no te preocupes. Eso llegó después y nos sorprendió a los dos. Me casé con él para obtener seguridad para nuestros hermanos y él se casó conmigo para evitar que fuera a los tribunales a luchar por sus derechos. Pero conozco a Zarif… tiene que estar enamorado de ti.

–¿Por qué? –preguntó Ella antes de tomarse un delicioso aperitivo de hojaldre relleno.

–Porque todo está pasando demasiado deprisa. No es propio de Zarif. Normalmente es muy frío y ahora mismo está actuando de un modo espontáneo e impetuoso.

–Eso es verdad –señaló Betsy con gesto demasiado pensativo.

Hanya intervino para decirle a Ella que era hora de vestirse. Le tenían preparado un elaborado caftán y una camisola de seda y

Hanya le comunicó que tradicionalmente no se llevaba ropa interior.

Al ver la expresión de consternación de Ella, Belle frunció el ceño, agarró uno de los muchos regalos que habían llevado y se lo entregó.

–Uno de mis regalos es ropa interior preciosa. La novia tiene que llevar algo nuevo, Hanya. Es una de nuestras tradiciones.

Ella desapareció en el gigantesco baño victoriano con la caja y la abrió; dentro había un conjunto de encaje blanco. No era de su estilo, pero sí que era infinitamente mejor que ir desnuda y sin nada que sujetara sus grandes pechos. Se puso el conjunto apresuradamente y temerosa de que en cualquier momento la puerta, que no tenía cerrojo, se abriera porque su tribu de observadoras acompañantes de Vashir no parecían captar que una mujer necesitaba cierta intimidad. Tras volver a ponerse el albornoz, volvió al enorme dormitorio.

Al cabo de un minuto, le estaban poniendo por la cabeza el pesado caftán y ciñéndoselo con los lazos de satén. El elaborado bordado hecho a mano sobre la tela azul cielo era magnífico.

–No tiene mala pinta –comenzó a decir Belle con evidente sorpresa.

–Es precioso… sobre todo con tu tono de piel –añadió Betsy con una sonrisa de admiración.

Ella se sentó en una silla mientras le cepillaban el pelo.

–Yo me maquillo –le dijo a Hanya con firmeza cuando unos extravagantes estuches de coloridas y chillonas sombras quedaron expuestos con tono amenazante ante ella–. A Zarif no le gusta que lleve mucho maquillaje.

Y después pensó, ¿por qué pienso así, como si quisiera resultarle más atractiva? ¿De dónde ha salido ese extraño pensamiento? ¿Habría surgido en el momento en que con solo un básico jugueteo Zarif la había llevado hasta un explosivo clímax, dándole más placer del que había creído posible? Se le sonrojaron las mejillas de vergüenza.

Belle le puso una copa en la mano.

–Disfruta. No dejes que Hanya te avasalle.

–No es que me asuste, es que no quiero hacer ni decir nada que pueda ofender a alguien –dijo al dar un sorbo a la copa y un bocado

a su aperitivo–. Y tiene que saber cómo funciona todo por aquí porque era la prima de Azel.

–Y a menos que me equivoque, lo que esperaba era que Zarif se casara con ella, no contigo. Puedo captar su envidia cada vez que te mira –le dijo al oído.

Ella abrió bien los ojos mientras se maquillaba.

–Pero yo jamás estaré a la altura de Azel –murmuró con tono de derrota.

–La primera esposa sigue proyectando una gran sombra en el presente, ¿no es así? –murmuró Betsy–. No deberías dejar que eso te afecte. Quiero decir, no es que Zarif eligiera casarse con ella. Le dijeron que debía casarse con ella cuando solo era un niño. Fue un matrimonio concertado, ahí no hubo romance ni posibilidad de actuar siguiendo sus sentimientos. Tú fuiste la primera mujer con la que tuvo una cita y te eligió a ti…

«Te eligió a ti». Era otro punto de vista que Ella no había tenido en cuenta nunca y agradeció que se lo expusieran. Su ensombrecida mirada de pronto se iluminó y se rio a carcajadas, incapaz de contenerse.

–¿En serio?

–Totalmente. Zarif se casó a los dieciocho años y era virgen. Nik y Cristo intentaron convencerlo para que tardara más tiempo en formalizar su relación, pero Zarif siguió los dictados de su abuelo y siempre antepuso su deber hacia su país. Admitámoslo, todos sus consejeros estaban deseando desposarlo con una mujer apropiada lo antes posible, sobre todo una vez empezó a tener relación con sus hermanos de Occidente. Cuando te conoció hace tres años, todos nos alegramos mucho por él.

Ella se tensó mientras se aplicaba la máscara de pestañas con sumo cuidado.

–Pero no funcionó.

–Y ninguno entendimos por qué. Estaba clarísimo que estabas loca por él –le dijo Belle sinceramente–. No podías quitarle los ojos de encima. Resultaba muy dulce.

En un incómodo silencio Ella bebió un poco más y Belle le rellenó la copa con una botella que había salido de la nada.

–¿Qué es eso?

–Vodka. Lo llevaba en el bolso. Me niego a no beber alcohol en

una boda –declaró Belle con actitud desafiante.

–Pues yo no debería beber demasiado… El alcohol se me sube rápidamente a la cabeza –admitió.

Una vez maquillada, se quedó quieta mientras le sujetaban a la frente un elaborado tocado. Después llegó el momento de verse en un espejo grande para contemplar ese esplendor exótico en que se había convertido ataviada con esas opulentas galas reales.

–¡Ahora vamos a ver una danza de espadas! –anunció Belle con tono alegre después de haber tenido una discusión con Hanya mientras llevaba a Ella hacia la puerta y le devolvía su copa–. Bebe. Aún no he perdido la esperanza de poder convertirte en una novia feliz.

Sintiéndose culpable, Ella se dio cuenta de que no había logrado causar la impresión correcta. ¿Una novia feliz? No, desde luego que no. Pero esas mujeres eran parte de la familia de Zarif y debería haberse esforzado un poco más.

–Lo siento, estoy…

–No te preocupes –susurró la menuda Betsy apretándole el brazo con fuerza–. Las bodas son estresantes incluso aunque no haya diferencias culturales de por medio.

–Pero gracias a nuestras objeciones no te van a sentenciar a una recepción únicamente femenina –interpuso Belle con satisfacción–. Por primera vez, una boda de palacio será un evento mixto. Anoche convencimos a Zarif y admitió que muchos de sus súbditos han abandonado todo ese rollo anticuado de separar a hombres y mujeres. Yo creo que la culpa de que por aquí haya tradiciones tan antiguas la tiene su tío, pero nadie quiere meterse en sus asuntos.

–Shh… –le indicó con gesto de preocupación a la franca pelirroja mientras se frotaba la frente porque estaba empezando a tener lo que podía identificar como una jaqueca tensional–. Zarif está muy unido a su tío Halim y está gravemente enfermo.

–Si no puedes decir nada agradable, no digas nada –la advirtió Betsy–. Ella aún no está acostumbrada a ti.

–Pero me gusta y respeto la sinceridad –admitió Ella siguiendo a Hanya hasta un enorme balcón.

Un gran grupo de hombres blandiendo espadas y ataviados con las túnicas blancas tradicionales se encontraban formando una fila en el patio de abajo. Al fondo podía ver a Nik y a Cristo, los

hermanos de Zarif, observándolo todo. Zarif era el que más destacaba de entre toda la multitud. Llevaba una túnica magnífica color oro que resplandecía bajo el brillante sol y un cinturón con una daga de oro enganchada acentuaba su estrecha cintura. Su kufiya blanca la llevaba atada con un cordón doble dorado sobre el que resaltaban sus bronceados rasgos tan impactantemente hermosos. Todo parecía muy solemne y serio. Sonó un tambor y las filas de hombres comenzaron a moverse; bramaron algo incomprensible y avanzaron con sus espadas.

–¿Podríamos tener cinco minutos a solas con nuestra cuñada? –le preguntó Belle a Hanya con tono suplicante.

Con una mirada de profundo resentimiento, la joven salió al pasillo y Belle cerró la puerta con un suspiro de alivio.

–¡Cómo vas a poder hablar con ella aquí escuchando!

Ella dio un sorbo a su bebida. Estaba tremendamente sedienta, tenía la boca seca mientras veía a Zarif saltar sobre el fuego con una elegancia y una destreza asombrosas, con su musculoso cuerpo elevándose sobre las llamas. En ese momento le robó el aliento, así, sin más.

–Está muy en forma y probablemente lleve haciendo eso desde que tenía cinco años –comentó Belle con tono de admiración–. Nik me contó que sus abuelos y su tío lo educaron de un modo muy tradicional.

Belle estaba observando el expresivo rostro de Elle mientras contemplaba cómo su guapo marido bajaba la espada para unirse a las armas del resto de los hombres en el círculo interno.

–¿Por qué demonios lo rechazaste hace tres años?

–No es asunto nuestro –dijo Betsy con cierta inquietud.

–Me dijo que siempre amaría a Azel y que era irreemplazable –respondió Ella antes de poder pensárselo mejor.

–Estás de broma –respondió Belle impactada–. No me puedo creer que fuera tan estú…

–Al menos fue sincero –contestó Ella a la defensiva–. No fue lo que quería oír, pero era algo que era mejor saber.

–¡Hombres! –exclamó Belle con tono de incredulidad mientras Ella abría la puerta para invitar a Hanya a unírselas. Estaba furiosa consigo misma por haber hablado tan a la ligera y pensó que, al menos, la presencia de Hanya haría que vigilara sus palabras.

Una vez terminó la danza, su mente estaba inundada de imágenes exóticas de Zarif como nunca antes lo había visto. Hanya las condujo abajo, hacia una sala ornamentada en la que él estaba esperando con sus hermanos, el imán y un señor mayor en silla de ruedas junto a una enfermera. El frágil estado de salud de Halim al-Rastani era evidente en sus ojos hundidos y su lividez, pero a pesar de todo sonrió a Ella con calidez y levantó una mano para instarla a acercarse.

Zarif se acercó para unirse a ellos y realizar las presentaciones formalmente.

–Sin duda eres preciosa –le dijo el tío de Zarif con amabilidad–. Es un placer poder conocerte al fin. Que mi sobrino y tú seáis bendecidos con muchos hijos y una larga vida.

Topándose por un instante con la mirada de advertencia de Zarif y sintiéndose como si se hubiera golpeado contra un muro de ladrillo, Ella tragó saliva con dificultad y bajó la mirada. Por ridículo que pareciera, se sentía culpable por no tener la más mínima intención de tener ningún hijo con Zarif y, de hecho, estaba tomando una medicación que podría evitar un embarazo. La cabeza estaba empezando a darle vueltas. Tenía que ser por el calor, pensó sintiendo el sudor sobre su labio superior. El palacio tenía ventiladores de techo por todas partes, pero ninguna instalación adecuada de aire acondicionado, y estaba asfixiándose bajo el caftán.

El imán dio un paso al frente y comenzó a hablar mientras el marido de Betsy, Nik, se situaba a la izquierda de Ella e iba traduciéndole en voz baja cada una de las palabras de la ceremonia. Posando una mano en su espalda, Zarif la llevó hasta la mesa donde los esperaba el documento que debían firmar.

–El contrato matrimonial –explicó a todos los presentes. Levantó un gran caja de madera tallada y se la pasó a Ella.

–¿Qué es? –susurró inclinándose ligeramente hacia un lado por su peso.

–Es el *mahr*… tu dote –tradujo Nik con cierto tono de diversión.

Hamid se acercó para quitarle la caja a Ella y entregársela a Hanya, que estaba esperando en la puerta.

–¿Es que tengo una dote? –le preguntó a Zarif en voz baja sin ocultar su incredulidad.

Sujetándola del codo, Zarif la llevó hasta un rincón del pasillo. Su esbelto rostro tan impresionantemente hermoso resultaba intimidante.

–Es una tradición que le entregue a mi esposa la colección de joyas reales.

–Pero ya le has dado demasiado a mi familia –contestó sintiéndose cada vez más desconcertada.

–Eso es un tema privado entre los dos. Dudo que quieras que se entere toda mi familia –le dijo secamente–. Seguro que no hace falta que te diga que, cuando te marches, tendrás que devolverme las joyas.

Su rostro enrojeció intensamente de vergüenza y apartó la mirada de sus hermosos rasgos, abochornada y resentida.

–No soy estúpida –declaró soltándose el brazo y yendo hacia Hanya, que esperaba a unos metros con la caja.

–Su Majestad –dijo Hanya con una reverencia por primera vez antes de acompañarla a su dormitorio–. Querrá ponerse alguna joya antes de reunirse con los invitados.

En realidad lo último que quería era lucir unas joyas que Azel había llevado previamente y que no eran más que un préstamo hasta que Zarif encontrara a su esposa de verdad. ¿Cómo se atrevía a pensar que ella podría tener la caradura de quedarse con algo que no le pertenecía después de que su matrimonio falso llegara a su fin? El orgullo la obligó a alzar la barbilla, pero pensó que era mejor no protestar y en lugar de eso apretó los labios y le dejó a Hanya la tarea de elegir las piezas de ese estuche de piedras preciosas cubiertas de oro.

Adornada, en su opinión, como un árbol de Navidad, siguió a Hanya hasta la enorme sala donde estaban reunidos todos los invitados. Una vez allí, la joven la dejó en la puerta y se acercó a Zarif. Vio a la fina morena hablar con su marido y se preguntó qué le estaría diciendo la prima de Azel para que él estuviera poniendo ese sombrío gesto de insatisfacción. Ella se acercó a Belle, que se quedó admirada por el collar de zafiros que rodeaba su elegante cuello y los impresionantes pendientes a juego que casi le llegaban al hombro.

–¡Vaya! –exclamó con admiración–. He visto montones de joyas, pero nunca en mi vida había visto nada que se le parezca a estas en

tamaño y belleza.

Zarif observó a su esposa, cuyo paso era casi imperceptiblemente inestable. Apretó su expresiva boca. Mientras que los famosos zafiros sin duda resaltaban el sobrecogedor azul de sus ojos, el rojo de sus mejillas y la lividez de su piel de porcelana tampoco le pasaron desapercibidos. Lo más probable era que el alcohol que había consumido estuviera haciéndole efecto ahora, pensó furioso por el hecho de que se hubiera dejado llevar cuando su comportamiento sería evaluado por todos los presentes.

Agarrándola del codo, la acompañó por toda la sala para presentarle a los dignatarios locales y después la llevó a la sala de banquetes donde se celebraría el almuerzo real.

Ella tenía mucho calor, literalmente como si estuviera ardiendo bajo el caftán. Sentía presión en el pecho y le costaba que el aire le bajara por la garganta. Las joyas le pesaban tanto como el vestido y se sentía mareada y con ganas de vomitar.

–Creo que necesito sentarme –le dijo a Zarif antes de que él pudiera hacerla hablar con más extraños.

Bajo un dosel había dos tronos y la sentó en uno de ellos con sumo cuidado.

–Nos traerán la comida –le informó sentándose a su lado.

Ella nunca había tenido tan poca hambre en su vida. Es más, solo la idea de comer le revolvió el estómago. Apreciaba un sabor metálico en la boca y notaba una sensación extraña en la garganta. Un sirviente le sirvió una taza de café solo.

–El café te quitará la borrachera –dijo Zarif con letal desdén.

–No estoy borracha… solo he tomado una copa –le susurró mirándolo con consternación y sorpresa–. Y no me apetece beber café.

–Bébelo –le ordenó con dureza.

Ella tuvo ganas de tirárselo encima, pero, consciente de que eran el centro de atención, dio un trago del amargo brebaje esperando que calmara su áspera garganta. Por desgracia, el café no hizo más que aumentar su náusea y al instante se levantó sin decirle ni una palabra a Zarif para ir a buscar el baño más cercano.

–¿Adónde vas? –le preguntó agarrándola de la mano para detenerla.

–Al cuarto de baño… ¡voy a vomitar! –le dijo con desesperación.

Él la sacó por una puerta lateral maldiciendo.

–¡Ahí dentro! –añadió con seriedad.

En la intimidad, afortunadamente, Ella vació el contenido de su estómago y después se agarró al borde del lavabo para sostenerse mientras se refrescaba la boca. Unos calambres seguían recorriéndole el abdomen. Se encontraba muy mal y fue tambaleándose ligeramente mareada hasta llegar de nuevo al lado de Zarif.

–No estoy bien –murmuró con voz temblorosa sintiendo calor y frío y viendo cómo su visión quedaba salpicada por unos puntos negros.

–Pues tendrás que controlarlo –le informó Zarif sin compasión.

Con la cabeza dándole vueltas y las piernas flaqueando, le lanzó una débil mirada cargada de incredulidad antes de caer redonda a sus pies.

Capítulo 6

Zarif observaba a su esposa con la mirada clavada en esa quieta figura tendida sobre la cama. Los recientes acontecimientos habían dejado muy claros unos cuantos hechos: Ella era su esposa y tenía que protegerla. Era su responsabilidad y casi la había perdido, había estado a escasos minutos de hacerlo y todavía estaba impactado por la experiencia.

¿Sabía lo que estaba haciendo al casarse con ella? ¿De verdad había creído que podía desentenderse de las obligaciones y eludir el compromiso? ¿Qué más daba si ella había jugado con él en alguna ocasión y había herido su orgullo? No había sido más que una cría, una voluble jovencita jugando con fuego sin saber que podía quemarse. Y, aun así, él había intentado quemarla, había intentado castigarla.

Apretó su sensual boca al reconocer que todo había cambiado en un instante, en el mismo momento en que Ella había caído a sus pies. Al juzgarla, había cometido un grave error que podía haberle costado la vida. No quería imaginarse un mundo sin Ella. Su rencor no era tan intenso ni su orgullo tan importante como para desear algo así. Aún la deseaba más de lo que había deseado a ninguna mujer y no podía dejarla marchar, no la dejaría marchar hasta que se hubiera liberado del deseo que sentía por ella. Solo entonces podría seguir adelante y volver a casarse, otorgándole a su siguiente esposa el incondicional compromiso que era su deber.

Ella agitó las pestañas y abrió los ojos en la habitación tenuemente iluminada.

Un dosel ornamentado colgaba sobre la cama. Los bordes de la tela tenían flecos y borlas que se sacudían ligeramente con la brisa. Identificó la fuente de esa brisa, el ventilador del fondo, y levantó una mano para averiguar qué le estaba cubriendo la nariz.

–¡No toques la mascarilla de oxígeno! –la advirtió Zarif de pronto situándose a su lado y sobresaltándola con su presencia.

Ella parpadeó como si fuera un espejismo. Imágenes confusas de

la danza de espadas, de la boda y de los invitados se precipitaron por su cabeza a la velocidad de la luz hasta que recordó ese ultimo y horrible momento en el lavabo justo antes de que todo se volviera completamente negro.

–¿Qué ha pasado? –susurró sin fuerzas mirando su hermoso rostro y fijándose especialmente en esas negras pestañas que aumentaban el efecto de sus impresionantes ojos dorados. Estaba claro que su carácter no había mejorado porque seguía tan sombrío e intimidante como de costumbre.

Dejándola desconcertada, Zarif se sentó a un lado de la cama y agarró la mano que se acercaba de nuevo a la mascarilla de oxígeno.

–Has estado a punto de morir.

–Eso es imposible –le respondió Ella moviendo el brazo y fijándose solo entonces en que tenía un goteo intravenoso.

–Creemos que eres alérgica al marisco.

–No soy alérgica al marisco. No soy alérgica a nada –respondió.

–Puede que no lo fueras hasta hoy, pero ahora eres alérgica. Los hojaldres de marisco que has comido antes de la boda son la explicación más probable y, cuando estés mejor, te realizarás unas pruebas para que podamos descubrir qué es seguro que comas. Has sufrido un shock anafiláctico. Creía que estabas borracha… pero estabas muy enferma –añadió con un grave tono de remordimiento, mirando su sonrojado rostro y apretándole fuertemente la mano–. Si el médico de Halim no hubiera estado presente para inyectarte una dosis inmediata de adrenalina, podrías haber tenido una parada respiratoria.

Ella respiró hondo.

–Pero no ha sido así. Estoy bien –le respondió en voz baja–. Y encima me ha tenido que pasar en público, debes de estar muy avergonzado.

–La vergüenza ha sido la última de mis preocupaciones –admitió Zarif–. Te he malinterpretado. He sacado una conclusión equivocada y ahora estoy sufriendo por ello. Hanya me dijo que habías bebido mucho alcohol.

Ella se puso tensa.

–Eso es mentira. Belle me dio una copa, pero fue solo una y no me la terminé.

–Eso es irrelevante. Debería haberte otorgado el beneficio de la duda directamente. Es mi deber cuidar de ti, pero he fracasado y eso podría haberte costado la vida –dijo con la respiración entrecortada.

–¿Cómo demonios ibas a saber que iba a sufrir una reacción alérgica severa a algo que había comido? –le preguntó con pesar–. No es culpa tuya. No es culpa de nadie. Ha sido solo mala suerte.

–Pero tendremos mucho, mucho, cuidado con lo que comas en el futuro –decretó–. El doctor Mansour me ha advertido de que otro ataque podría ser letal. Me ha pedido que le llame en cuanto despiertes.

Atónita, Ella lo vio sacar su móvil y al cabo de unos minutos el doctor apareció allí. Confirmó que era posible que, de pronto, se volviera alérgica a una sustancia que había consumido durante años sin sentirse mal, pero mientras que la instaba a tomar precauciones, se mostró bastante menos dramático que Zarif. Porque Zarif seguía en shock por lo sucedido y se culpaba por ello. Después de quitarse la mascarilla de oxígeno, porque ya respiraba mejor, y de que le retiraran el goteo tras prometer que bebería mucha agua, se incorporó en la cama una vez volvieron a quedarse solos.

–Siento todo esto –murmuró–. Supongo que no hace falta que te diga que normalmente soy una persona muy saludable.

–Te debo una disculpa –murmuró Zarif con voz crispada–. Te he juzgado mal. Debería haberme dado cuenta de que estabas enferma de verdad.

–¿Y cómo podrías haberlo hecho? Yo tampoco me di cuenta de qué me estaba pasando.

–Ahora tienes que descansar –le dijo Zarif sin más–. ¿Podrías comer algo primero? Hoy has comido muy poco.

Ella identificó la sensación de vacío en su estómago y sonrió.

–Sí, estoy hambrienta.

Los sirvientes le llevaron comida mientras observaba a Zarif oculta tras sus pestañas. Se había quitado el tocado y tenía su exquisito pelo negro revuelto como si se hubiera pasado los dedos por él varias veces. También necesitaba afeitarse; una incipiente barba cubría su terca mandíbula y de algún modo ensalzaba el efecto de su hermosa y esculpida boca. A decir verdad, aún ataviado con la túnica dorada que resplandecía bajo la luz de la lámpara,

estaba espectacular y guapísimo y no podía apartar los ojos de él.

–Deberías haberte quedado con tus invitados –comentó incómoda y esforzándose por controlar su reacción ante ese físico tan perfecto, esbelto y elegante.

–Soy tu marido. Siempre deberías ser mi prioridad –le dijo casi con sorpresa–. ¿Qué clase de marido se comportaría de otro modo?

Ella se quedó en silencio mientras reflexionaba sobre esa respuesta. Sin duda, él parecía estar sintiendo mucho más ahora que estaba casado que el día antes. ¿Eso era bueno o malo? No estaba segura. Eligió distintos bocados de cada uno de los platos que tenía ante ella sobre la cama y comió con un apetito que la sorprendió. Cuando Belle y Betsy llegaron para visitarla, las saludó con gesto de disculpa.

–Soy una aguafiestas, ¿verdad? –comentó entre suspiros.

–No debería haberte dado ese vodka –apuntó Belle sintiéndose culpable–. Es culpa mía que Zarif creyera en un principio que estabas borracha.

–Pues yo más bien culparía a Hanya –añadió Betsy desconcertando a Ella con esa sincera opinión–. Creo que convenció a Zarif de que habías bebido suficiente como para ponerte a bailar encima de las mesas. Lo influenció deliberadamente para que pensara mal de ti.

–Pero esos estúpidos aperitivos de gamba habrían arruinado tu noche de bodas de todos modos –señaló Belle–. Y al menos ahora Zarif sabe la verdad.

Solo en ese momento cayó en la cuenta de que era su noche de bodas y se sonrojó, asombrada de que hubiera olvidado tan fácilmente lo que antes había dominado cada uno de sus pensamientos. Se despidió cariñosamente de sus nuevas cuñadas y prometió visitarlas cuando fuera a Londres… si es que iba. Una vez se marcharon, salió de la cama dispuesta a darse una ducha, y fue entonces cuando Zarif apareció.

–Voy a darme una ducha –le dijo con tono tenso y avergonzada del horrible y anticuado camisón que le habían puesto después del desmayo y esperando que Zarif no hubiera sido el encargado de desvestirla.

Él observó su tensa figura y su rostro de inquietud. Ataviada con ese camisón blanco de algodón que debía de haber pertenecido o a

alguien muy mayor o muy sencillo, parecía un ángel, con su melena rubia cayéndole sobre los hombros y sus grandes ojos azules resplandeciendo sobre sus mejillas rosadas. Estaba claro que le inquietaba que fuera tan egoísta como para reclamar sus derechos maritales independientemente de su debilitado estado.

–Esta noche dormiré en otro sitio –le dijo secamente.

–¿Es que este es tu dormitorio?

Zarif asintió con su brillante y oscura mirada velada, como si no quisiera recordarle que ella era su mujer y esa, su noche de bodas.

–No se me ocurriría sacarte de tu habitación –dijo Ella desconcertada y decidida a no causar más molestias–. Quédate aquí… Somos mayorcitos, seguro que podemos compartir cama.

Sin decir ni una palabra más, ella desapareció en el cuarto de baño, que era infinitamente más moderno que el que había utilizado al comienzo del día. Los chorros de la ducha la sacaron de su letargo y al momento ya estaba buscando una toalla. No tuvo más opción que volver a ponerse el camisón anticuado una vez se secó. El dormitorio estaba vacío cuando salió y no perdió ni un instante en meterse en la cama.

Unos diez minutos más tarde, Zarif volvió desnudo, cubierto únicamente por la toalla que rodeaba sus esbeltas caderas. Unas gotas de agua aún pendían sobre el vello de sus pectorales y tenía el pelo húmedo y de punta después de habérselo frotado con la toalla. Ella fijó su atención en los músculos de su fuerte y bronceada espalda y de sus caderas antes de posar la mirada en su torso y en las formas onduladas de su musculado abdomen.

Se le secó la boca cuando él sacó algo de un cajón y dejó la toalla caer al suelo dejando expuestas unas prietas nalgas bronceadas. Se puso unos boxers negros y, de pronto, ella cerró los ojos, avergonzada por haber estado espiándolo, por tener veinticuatro años y aún sentir una inocente curiosidad por la anatomía masculina.

¿No habría sido todo más fácil si hubiera tenido más experiencia? En ese caso acostarse con Zarif no sería para tanto, se dijo. Alzó un poco las pestañas y al verlo caminar hacia la cama con la elegancia de una pantera casi se le paró el corazón. Tragó con dificultad mientras él apagaba las luces y la cama cedía bajo su peso.

–Sabes que si quieres, puedes… Ahora estoy bien –le dijo con sorprendente brusquedad, harta de la tensión nerviosa que él despertaba en ella y dispuesta a hacerlo prácticamente todo para deshacerse de ella.

Perplejo ante esa inesperada oferta, Zarif se giró para mirarla; sus ojos resplandecían bajo la luz de la luna.

–Puedo esperar hasta que recuperes todas tus fuerzas. Después del día que hemos pasado, debes de estar cansada. Sé que yo lo estoy.

Un intenso calor le subió desde la garganta hasta el nacimiento del pelo y la vergüenza que sintió por poco la atragantó. Apretó los dientes. Así que estaba demasiado cansado para verse tentado por ella. Bueno, se había ofrecido y él la había rechazado. Que no se dijera que no podía aceptarlo. Ahuecó su almohada, se dio la vuelta y se acurrucó con los ojos bien abiertos y a punto de llenársele de lágrimas.

Cuando despertó estaba sola en la enorme cama. Se levantó y buscó entre los armarios y los cajones hasta encontrar su ropa. Sacó ropa interior y un vestido de tirantes y entró al baño para asearse. Al salir envuelta en una toalla, una doncella estaba cambiando las sábanas y, en cuanto la vio, la joven le hizo una reverencia y abrió una puerta para mostrarle una mesa cargada de platos en la habitación contigua.

–Buenos días, *habibti* –dijo Zarif levantándose.

Ella se quedó donde estaba.

–Buenos días. Será mejor que me vista.

–No es necesario. Aquí no nos molestarán e imagino que no querrás tomarte el chocolate caliente frío.

Salivando ante la idea del chocolate, dio un paso adelante.

–¿Tienes chocolate caliente?

Una depredadora sonrisa se extendió por los oscuros rasgos de Zarif y sus ojos se iluminaron.

–Tengo chocolate caliente y cruasanes especialmente para ti…

Ella esbozó una sincera sonrisa y cerró la puerta; después se ciñó bien la toalla alrededor de sus pechos y se sentó en una silla.

–¿Cuándo te has levantado?

–Me meto en el despacho sobre las seis y respondo a todos mis e-mails aprovechando que todo está muy tranquilo. Me gusta disfrutar relajadamente del desayuno –le sirvió una taza de chocolate y el rico aroma la invadió mientras agarraba un cruasán.

Estaba desconcertada por el hecho de que recordara las dos cosas que más le gustaban. El pasado amenazaba con invadirla y se esforzó por contener los recuerdos de esa época agridulce que habían pasado juntos tres años antes. Por entonces había estado completamente convencida de que él era un romántico y de que ella había estado tan enamorada que solo sentir su mano alrededor de la suya la había iluminado por dentro como una exhibición de fuegos artificiales. Parpadeó apartando esos amargos recuerdos de la chica soñadora y confiada que había sido porque, tanto entonces como ahora, todo había girado en torno al sexo y sería mejor que no lo olvidara ni por un instante.

Zarif se sacó una caja del bolsillo y se la puso delante.

–Tenía intención de darte esto ayer, pero no tuve oportunidad.

Ella abrió la caja y vio el magnífico anillo de zafiro y diamante.

–¿A qué viene esto?

–Oí a la niña en nuestra boda inglesa preguntándote por qué no llevabas anillo de compromiso. Te lo compré hace tres años –admitió con cierto pesar.

–¿Y no te importa que me lo ponga? –Ella se había sonrojado. La había desconcertado por completo.

–Quiero que lo lleves, *habibti*. Siempre fue para ti.

Se lo puso. Le encajaba a la perfección.

Zarif lo había guardado durante tres años, tal vez incluso había olvidado que aún lo tenía hasta que la conversación con esa niña se lo había recordado. Estaba siendo práctico, nada más, aprovechándolo ya que seguro que no querría darle a otra mujer el anillo que había elegido para ella.

–Es precioso. Gracias –dijo en voz baja.

A Zarif le gustó ver los dos anillos de boda y el anillo de compromiso en su elegante dedo. Por fin era suya y eso era un hecho que le resultaba sorprendentemente tranquilizador. La vio comer el cruasán y cómo se le caían las migas mientras una mirada de deleite iba iluminando lentamente su encantador rostro. Al cabo de unos segundos estaba excitado y cuando ella dio un sorbo de

chocolate, que cubrió su suave y carnoso labio superior, y emitió un suave gemido de placer, se vio preparado para saltar de la silla y llevarla a la cama. De pronto lo único en lo que podía pensar era en ver esa expresión en su cara mientras la colmaba de placer.

–Te deseo… –susurró.

Ella se quedó paralizada como un gatito acorralado y abriendo los ojos de par en par mientras lo miraba atónita y con el pulso acelerado.

–Tenía intención de esperar… quería esperar –le confió Zarif mientras se levantaba con elegancia–. Pero, cuando te miro, no puedo.

A ella se le secó la boca mientras la sangre de su cuerpo fluía más ardiente que la lava. Se le acercó, tan masculino, exótico y asombrosamente sexy… Tenía la mirada clavada en él y el corazón, acelerado, la respiración, entrecortada, y le costaba llenar de aire sus pulmones. Ese primario deseo sexual que la devoraba fue exactamente lo que había hecho añicos sus principios cuando lo había conocido. La sorprendía que pudiera volver a pasar, que aniquilara su nueva madurez, su rencor y su desconfianza, y que dejara solo el deseo sin sentido que había contenido una vez.

Cuando empezó a levantarse, Zarif agachó la cabeza y le robó un intenso y largo beso. Deslizó la lengua sobre la suya y ella sintió un deseo tan primitivo que le resultó todo un desafío mantenerse en pie. Un fuerte brazo sujetó su esbelto cuerpo y la levantó con una sobrecogedora facilidad para llevarla de vuelta al dormitorio.

Capítulo 7

De pronto Ella se vio tendida en la cama. Después de aquel ardiente beso, se sentía como si la hubieran golpeado con un ladrillo porque le parecía que el cerebro le había dejado de funcionar. Zarif se encontraba a unos metros desnudándose y tirando la ropa sobre la alfombra. Ella respiró hondo.

Había llegado el momento, se dijo firmemente y nerviosa. Estaban casados. Ese era el trato que habían hecho y en él no entraba el amor, solo el sexo, así que tendría que aprender a ser práctica con eso.

Desnudo a excepción de por los boxers, Zarif resultaba intimidante. Recorrió con la mirada su formidable torso de acero hasta el suave vello oscuro que desaparecía bajo la cinturilla de su ropa interior y ahí se detuvo en seco. El bulto de su tensa masculinidad era más grande de lo que había esperado y se puso nerviosa diciéndose que no fuera tonta, que no se pusiera así por algo que otras mujeres asumían bien. No era una niña. Tal vez no hubiera tenido relaciones antes, pero era adulta y consciente de que ninguna de sus amigas se había sentido en el paraíso la primera vez. Así que mejor hacerlo cuanto antes, se dijo desesperadamente e intentando calmarse. Después, ya podría saber de qué se trataba y podría ver un acto tan íntimo como algo normal.

–Te llevo deseando mucho tiempo –admitió Zarif deslizando los dedos sobre la melena de color miel que se extendía por las almohadas–. Eres tan preciosa…

Ella estuvo a punto de soltar una carcajada. Podía verse guapa si tenía un buen día, aunque solo después de haberse maquillado y de tener el pelo absolutamente perfecto. Pero estaba claro que no podía compararse con las auténticas bellezas con las que lo había visto en los periódicos tres años antes. Zarif sí que era bello, un hombre impresionantemente guapo, que le había robado el corazón la primera vez que lo había visto y se lo había partido el día que le había propuesto matrimonio lanzándola desde la cumbre de la

felicidad al oscuro vacío del dolor. Después de aquello, había logrado remontar y seguir adelante con su vida, pero su confianza seguía rota y ahora era una persona mucho más desconfiada que antes.

El sedoso pelo de Zarif le rozó la mejilla y, al momento, su cálida y aterciopelada boca ya estaba reclamando la suya y borrando el resto del mundo, como si no hubiera existido nunca. En ese momento, Ella solo podía sentir el acelerado latido de su corazón y la tensión de su rincón más secreto y femenino. Sin darse cuenta, su toalla desapareció y Zarif estaba cubriendo sus pechos y acariciando sus abultados pezones lanzando llamaradas hacia su pelvis. Sus caderas se movieron automáticamente mientras en su interior sentía un desesperado deseo.

Zarif se apartó y con gesto solemne le dijo:

–Si no quieres que lo hagamos, pararé. No quiero nada que no quieras darme, *habibti*.

Atónita, Ella se lo quedó mirando aún algo perdida en las reacciones de su aletargado cuerpo.

–No querías esto. Accediste porque no tenías otra elección, pero creo que ya no quiero un sacrificio en la cama.

Desconcertada, Ella respondió:

–Para mí no es un sacrificio.

Él posó la boca sobre su delicada clavícula y acarició con la lengua su fina piel generándole un cosquilleo que la recorrió de pies a cabeza.

–Si no te tengo de buena gana, no te tendré. Tienes derecho a negarte y te prometo que no habrá represalias –le aseguró.

Impactada por esa oferta cuando menos se la esperaba, Ella abrió los ojos y lo miró, casi hipnotizada por el impresionante ámbar dorado de su penetrante mirada.

–Pero accedí y tú…

–Accediste coaccionada por la situación de tus padres –le recordó Zarif–. Y soy lo suficientemente hombre como para solo desear lo que se me ofrece libremente.

Cuando posó las manos sobre sus costillas, ella deseó desesperadamente que las subiera hasta sus pechos de nuevo. La fuerza de ese deseo la sorprendió, ya que no se podía comparar con nada que hubiera sentido antes. Cerró los ojos y, aunque dejó de

verlo, no dejó de captar ese intenso anhelo que iba expandiéndose por su interior. ¿Y por qué estaba sorprendida si, en realidad, siempre lo había deseado?

Abrió los ojos; se había decidido fácilmente.

–Lo hago libremente… Quiero decir, solo es sexo… no le demos tanta importancia.

Zarif frunció el ceño; no estaba de acuerdo y no le gustó su comentario.

–Pues yo sí que quiero darle mucha importancia a esto, *habibti*.

Nerviosa, Ella se tendió en la cama. Había llegado a una conclusión en la que el pasado y el presente se fundían: quería que Zarif se convirtiera en su primer amante porque nunca había deseado a otro hombre como lo deseaba a él, y le parecía que entregarle su cuerpo tenía todo el sentido del mundo.

Zarif mordisqueó su labio inferior antes de soplar suavemente sobre un rosado y terso pezón y succionar sensualmente su tierna cumbre. Al instante, unos lazos de ardiente deseo parecieron enroscarse alrededor de sus pechos y sus muslos.

Él se tendió en la cama, apartó la toalla que aún la rodeaba parcialmente y se quitó los calzoncillos con impaciencia. Ella se ruborizó al verse ahí tumbada y contuvo las ganas de cubrirse con la sábana. Zarif le separó los muslos y, antes de que pudiera reaccionar, se arrodilló junto a ella con la depredadora elegancia de un felino. Se quedó quieta e impactada al ver la longitud de su erección entre sus musculosos muslos y un espasmo de algo que no reconocía le tensó la pelvis.

Zarif besó su vientre y acarició la suave piel de la cara interna de sus muslos acercándose cada vez más al corazón de su deseo.

–Quiero saborearte –le susurró–. Quiero volverte loca de deseo y después quiero hacerte el amor hasta que pierdas el sentido…

–Quieres muchas cosas… –pronunció ella con voz temblorosa y con timidez al ver esa nueva faceta de Zarif, tan puramente sexual y decidida.

–Y todo el tiempo del mundo para disfrutarlas –respondió él apartándole los muslos casi al mismo tiempo que agachaba la cabeza y deslizaba la lengua sobre su clítoris.

La sensación fue tan poderosa que Ella casi pegó un salto de la cama.

–No… no, ¡no puedes hacer eso! –le dijo una vez había recuperado el aliento.

–Vas a descubrir que en el dormitorio soy muy dominante –le confesó Zarif sin vergüenza y sujetándole las caderas con sus fuertes manos.

–Yo… yo nunca… –titubeó.

–Pero a tu cuerpo le encanta y a mí también –contestó con la voz cargada de deseo y acariciándole sus esbeltos muslos para relajarla a la vez que se asombraba de que una mujer experimentada pudiera tener tantas inhibiciones–. Cierra los ojos… Te prometo que solo sentirás placer, *habibti*.

Temerosa de quedar como una idiota y terminar discutiendo, cerró los ojos y se obligó a relajarse. No quería que Zarif supiera que nunca antes había hecho ninguna de esas cosas. Si descubría que era virgen, vería lo que había supuesto para ella tres años antes y era demasiado orgullosa como para revelar el increíble daño que le había infligido.

Zarif rozó la entrada de su cuerpo con delicados dedos y ella se sacudió, desesperadamente consciente de dónde quería que la tocara y algo avergonzada por lo húmeda que se notaba. Él deslizó un dedo y agachó la cabeza para acariciarla con su sensual boca. Una sensación casi insoportable engulló a Ella en una cascada de placer infinito. Ya no podía controlarse; él la estaba controlando. Su cuerpo bullía y se sacudía excitado, anulando todo pensamiento, cerrándose a todo excepto a lo que él le estaba haciendo sentir. Las ondeantes sensaciones llegaron a su punto máximo y arqueó la espalda gimiendo mientras oleadas de placer se extendían por ella y le arrebataban toda la energía.

–No tengo preservativos aquí –gruñó Zarif con frustración y levantándose.

Desconcertada, Ella intentó emerger de ese intenso clímax y lo agarró para que no pudiera alejarse demasiado.

–Estoy tomando la píldora… no hay riesgo –murmuró dando por hecho que era seguro, ya que llevaba dos años tomándola para regular sus periodos.

Durante un breve segundo, Zarif vaciló antes de volver a su lado con presteza.

–Hace mucho tiempo que no lo hago sin preservativo –le confió

acercándola a su cuerpo y presionando su erección contra su vientre. En ese instante, el deseo que sentía por él aumentó tanto que la hizo sentirse debilitada e incluso mareada–. Puedes estar seguro de que estoy sano –añadió mirándola con esos intensos ojos dorados enmarcados por unas larguísimas pestañas–. ¿Y tú?

–Yo nunca he tenido relaciones sin preservativo –respondió Ella intentando no reírse porque, por supuesto, nunca había tenido relaciones de ninguna forma, aunque estaba segura de que él no podría encontrar la diferencia entre un cuerpo desentrenado y el de una mujer con más experiencia.

Cuando al momento Zarif capturó sus labios con un profundo beso, se vio invadida de nuevo por un ardiente cosquilleo. ¡Cuánto lo deseaba! ¡Desesperadamente! Se estremeció bajo la calidez de su poderoso cuerpo, cautivada por esa experiencia tan íntima, pero también nerviosa por lo que implicaría el siguiente paso por mucho que su cuerpo lo estuviera deseando.

Él la giró ligeramente hacia arriba para acceder mejor a su cuerpo y se adentró en ella llenándola por completo, aunque deteniéndose un instante para darle tiempo a acomodarse.

–Eres muy pequeña –le susurró mientras le rozaba la mejilla con su pelo negro–. No quiero hacerte daño.

Ella se sentía invadida por esa extraña sensación de tenerlo dentro de ese lugar tan sensible y, al momento, él se retiró para volver a entrar en ella con más fuerza. Un grito estrangulado de dolor se le escapó y Zarif se quedó paralizado.

–¿Pero qué…? –preguntó con la voz entrecortada al verla tan consternada.

Ella tragó saliva e intento recomponerse.

–Hace mucho tiempo…

Enarcando las cejas, Zarif comenzó a retirarse y ella lo agarró de los brazos a la vez que alzaba las caderas como para intentar contenerlo.

–No, no pares –protestó sin poder creerse que hubiera llegado tan lejos para después parar sin dejarle experimentar eso que llevaba tanto tiempo esperando a compartir únicamente con él.

Sería como otro rechazo y eso sí que no podría soportarlo. No quería que la dejara con la sospecha de que valía mucho menos que otras mujeres y que era tan inútil que ni siquiera podía mantener su

interés hasta que terminaran. No podría soportar que su única experiencia sexual terminara así, fracasando de un modo tan vergonzoso.

Zarif se resistió hasta que el movimiento de sus caderas lo situó en un punto de no retorno. Se hundió en ella, embriagado por su calor y su humedad. Sujetándole las caderas, entró en su cuerpo con un grito de plena satisfacción. El sonido de su piel rozando con la de ella se unió al de sus gemidos. Le colocó las piernas sobre sus hombros y se hundió en su interior con más intensidad. Ella temblaba, esa sacudida de excitación era demasiado como para soportarla; cuando Zarif entró en ella una última vez, pudo sentir su ardiente explosión en su interior y, sacudiéndose bajo él, se dejó arrastrar hasta un orgasmo indescriptiblemente poderoso.

Después de aquello el silencio en el que se sumieron fue tan intenso que el ruido de su propia respiración le sonó como un bramido. Zarif la posó con cuidado conteniendo las ganas de abrazarla y salió de la cama. Estaba sintiendo demasiadas cosas, demasiados pensamientos se precipitaban en su cabeza. Estaba impactado, consternado, ahogándose en la culpabilidad y el pesar. Recogió su ropa y empezó a vestirse.

–Entonces… ¿ya está? –dijo Ella totalmente dolida–. ¿No nos vamos a quedar un rato acurrucados?

–Eso no cambiaría lo que acabamos de hacer –le contestó con sequedad estirándose la túnica con manos temblorosas y yendo hacia la puerta que daba al patio, desesperado por algo de aire fresco y por aclararse las ideas.

Ella estaba dolorida y tuvo que admitir que nunca habría sospechado que la primera vez pudiera doler tanto. Y sí, parecía que Zarif había descubierto su más íntimo secreto y no le había hecho ninguna gracia. Sin duda había querido una amante experimentada que lo hiciera disfrutar durante un año, no una novata que no estaba preparada para más encuentros carnales.

Zarif se detuvo bruscamente junto a la fuente central bajo la sombra de una palmera. Virgen. Era virgen y él la había tomado con la finura de una bestia en celo, por supuesto, haciéndole daño. Recordaba lo cuidadoso que había sido estando recién casado con

Azel a pesar de su colosal ignorancia y ahora le espantaba y asqueaba su falta de control con Ella. Le había hecho daño… ¿Es que nunca iba a dejar de cometer errores con ella?

En la vida pública había cometido muy pocos errores. Era muy inteligente y cauto por naturaleza y había aprendido muy pronto a pensar en el futuro y a protegerse de dar pasos en falso. Un rey no podía permitirse segundas oportunidades, un rey necesitaba el apoyo de sus súbditos y tenía que permanecer en contacto con ellos para conservar su derecho a gobernar. Fue en ese momento cuando supo que era mucho mejor rey que esposo.

No había estado a la altura para tocar a una mujer inocente y eso le atormentaba. Ella se había mantenido pura en una cultura mucho más liberal que la suya, imponiendo un patrón que él no había logrado seguir. Durante mucho tiempo la había culpado porque había sido su rechazo lo que le había hecho salirse de las vías del comedimiento. Por muy insoportable que le resultara admitirlo, él había sido débil ahí donde ella había sido fuerte. Lo invadió un intenso sentimiento de vergüenza. Había intentado rebajarla hasta su nivel tratándola como un objeto sexual y había fracasado. ¿Pero por qué se había negado a aprovecharse de la vía de escape que él le había ofrecido?

Era irónico, pero nunca había entendido a Ella y estaba empezando a sospechar que era un absoluto misterio para él. Y, a pesar de eso, a menudo había creído que sí que la comprendía y, precisamente por eso, a menudo la había malinterpretado para terminar descubriendo demasiado tarde que había vuelto a cometer un error de cálculo con ella.

A primera vista parecía muy abierta, admitió con actitud sombría. Había creído que estaba jugando con él tres años antes cuando había rechazado su proposición. Había creído que había querido que se le declarara solo por una cuestión de narcisismo, para comprobar el poder que ejercía sobre él. Ahora dudaba de esa hipótesis y le suponía todo un reto hacer encajar a una joven e inocente mujer en semejante escenario. Tal vez le había dicho que no por las mismas razones que le había dado… las mismas razones que él había descartado con arrogancia y que había interpretado como ofensivas excusas. Tal vez era cierto que había temido tener que adaptarse a una cultura y a la vida dentro de una familia real

tan alejadas de su propia experiencia y él no había ni dicho ni hecho nada para apaciguar sus inquietudes.

Pero ¿por qué estaba mirando al pasado cuando había generado tantos problemas en el presente? Básicamente la había forzado a casarse con él y a meterse en su cama porque ella, con lo mucho que amaba a sus padres, no había tenido elección. Posiblemente por eso antes lo había instado a seguir en la cama, porque debía de haberse pensado que tarde o temprano tendría que entregar su cuerpo para satisfacer los términos que él había exigido.

Zarif maldijo admitiendo cuánto se había complicado todo y sabiendo que lo había provocado él solito. Pero, claro, el sentimiento de culpa llevaba tanto tiempo siendo un compañero de viaje en su vida que casi lo recibió como a un viejo amigo. Se había equivocado. Una vez más, se había equivocado.

Cien años atrás, alguno de sus ancestros habría llevado la situación mucho mejor, pensó con ironía. La habría raptado, le habría ofrecido a su familia una buena compensación económica a cambio y la habría ocultado en el harén para, finalmente, ofrecerle matrimonio como recompensa. No se habría considerado una deshonra. Ese enfoque habría encajado a la perfección con el deseo de un hombre por una mujer que no podía obtener de otro modo. Sabía que su contemporánea solución se había venido abajo a una velocidad espectacular, sobre todo cuando lo único en lo que podía pensar, a pesar de todo lo sucedido, era en volver a meterse en la cama con Ella y demostrarle que en algunos aspectos podía mejorar las cosas.

Ella se metió en la bañera de agua caliente y se abrazó a sus rodillas. Bueno, ya estaba, había cumplido con su parte del trato y él ya no tenía motivos razonables para quejarse por nada. Al parecer, no había disfrutado del sexo tanto como se habría esperado, pero ese era el fallo esencial en la fantasía masculina. La fantasía no era real. Él había tenido una fantasía sobre cómo habría sido estar con ella y ella no había estado a la altura, lo cual no era del todo sorprendente teniendo en cuenta que no era más que una joven corriente, ni impresionantemente bella ni increíblemente sexy.

El dormitorio estaba lleno de flores cuando por fin salió de un largo y relajante baño envuelta en un albornoz. Incontables cestas de rosas blancas ocupaban todas las superficies. Alguien llamó a la puerta y abrió. Una doncella le entregó un sobre y una caja.

El sobre contenía una sencilla tarjeta blanca.

Perdóname, decía. Al leerlo, apretó los labios con fuerza. Se habría sentido más inclinada al perdón si Zarif se hubiera quedado a su lado para que lo perdonara. Desenvolvió la caja y, al abrirla, se encontró con una impactante pulsera con la forma de un resplandeciente río blanco de diamantes. Se la puso alrededor de la muñeca y miró hacia arriba exasperada ante la extravagancia de su disculpa. Era más que consciente de que todo lo que Zarif y ella hacían era el centro de demasiadas miradas entre los empleados del palacio. Todo el mundo sabría que le había hecho un regalo y por eso ahora tendría que llevarlo.

La doncella reapareció y abrió los armarios del vestidor para sacar una selección de atuendos. Ella miró sorprendida las nuevas prendas. Estaba claro que eran suyas. Sacó el teléfono y llamó a Zarif.

–¿Me has comprado ropa? –preguntó bruscamente.

–Ella… ¿cómo estás? –le preguntó él con suavidad.

–¿La ropa? –insistió con impaciencia.

–Sí. Le pedí a mi madre, que está muy implicada en el mundo de la moda, que te eligiera un nuevo vestuario.

–¿Tu madre? –repitió desconcertada, ya que la mujer ni siquiera había estado presente en su boda.

–Te aseguro que se ha alegrado mucho de ser de ayuda.

–Pero yo no necesito nada. Tengo mi propia ropa.

–Dudo mucho que tu vestuario actual se ajuste a los patrones de calidad y formalidad que se te requerirán ahora que eres reina –la informó Zarif con ironía.

Vagando por la espaciosa habitación mientras hablaba, Ella se puso tensa.

–¿Ah, sí?

–No pretendía ofenderte. Simplemente te he dicho la verdad.

La mirada de disgusto de Ella cayó sobre una foto enmarcada situada en una mesa rinconera del comedor donde habían desayunado al comenzar el día. Consternada, miró la foto de una

morena atractiva con unos preciosos ojos almendrados que sonreía a la cámara mientras sostenía a su hijo también de ojos oscuros.

–Gracias por las flores, por la ropa y por la pulsera –le dijo de forma poco expresiva y aún impactada ante la foto de la que debía de ser su predecesora.

–Debería haberme quedado para hablar contigo.

–No, ha sido mejor decirlo con flores –lo interrumpió–. En realidad, no tenemos mucho que decirnos.

Sin darle la oportunidad de responder, soltó el teléfono y levantó la foto de Azel y de su hijo, Firas. Sí, tenía una foto de su esposa y su hijo en su suite privada, ¿y por qué no iba a tenerla? Era algo perfectamente normal. No querría olvidarlos y sí querría mostrarles respeto; por supuesto, había mantenido esa fotografía y ella no podía echárselo en cara. Sin embargo, sabía que esa imagen la perseguiría y atormentaría. La primera esposa de Zarif, además de prima, había sido una mujer muy bella y el bebé era absolutamente adorable aunque demasiado pequeño para guardar algún parecido con sus padres en sus rasgos aún indeterminados. Volvió a poner la fotografía en su sitio decidiendo en ese momento que no quería vivir con Zarif en un sitio que aún le pertenecía a Azel.

No había motivos para que compartieran dormitorio. ¡Por Dios! ¿La había tomado en la misma cama que había compartido con Azel? Tragó con dificultad observando la decoración de los dormitorios con recelo y sintiéndose como una intrusa. Por supuesto no le pediría que guardara la foto ni esperaba que lo hiciera. Al mismo tiempo, y por muy insensible que resultara, estaba decidida a no vivir a diario con ese recordatorio de Azel ni habitar los mismos espacios.

Elegantemente vestida con un vestido sastre, salió a explorar y pronto descubrió que había tantas habitaciones disponibles que probablemente podría elegir una distinta cada noche del año que pasaría en Vashir. Eligió una serie de habitaciones interconectadas al otro lado del pasillo y estaba a punto de empezar a trasladar sus cosas del armario cuando Hanya llegó.

–¿Se marcha a alguna parte? –le preguntó sorprendida.

Ella se quedó observándola durante un segundo recordando el comentario que había hecho sobre la bebida y forzó una sonrisa. En

el futuro tendría cuidado con ella, pero de momento se vio obligada a pedirle consejo y tenerla como intérprete. Era más sensato no convertirla en su enemiga.

–Me mudo al otro lado del pasillo. Me gusta tener mi propio espacio y a Zarif le gusta el suyo –dijo con tono animado.

Hanya llamó a dos doncellas y, sin que Ella tuviera que decir ni una palabra más, sus pertenencias fueron trasladadas al otro lado del pasillo.

–La reina Azel planeó convertir esta suite en la habitación del bebé porque era más espaciosa. Qué pena. Imagino que, de no haber muerto, mi prima ahora sería madre de varios niños.

–Sí –Ella se negó a que su nuevo alojamiento quedara teñido de tristeza por el hecho de que Azel hubiera esperado instalar ahí la habitación de los niños.

–Mi tío y el rey estaban desconsolados –suspiró Hanya–. Yo lloré sobre todo por el bebé. ¡Era tan pequeño y tan bonito!

–Sí –repitió Ella con cierta brusquedad y sintiendo la garganta seca al pensar en esa diminuta cara de la foto y cómo le habían arrebatado la vida antes de poder empezar a vivirla.

–Azel era mucho mayor que yo y por eso no estábamos muy unidas –admitió con sinceridad la joven–. Pero todos sabíamos cuánto adoraba al rey. Durante mucho tiempo él se vio perdido sin ella.

–Debió de ser una pérdida enorme –admitió Ella antes de disponerse a colocar sus artículos de tocador en el armario del espacioso baño. En la misma bolsa encontró sus píldoras anticonceptivas y se dio cuenta de que había olvidado tomar la del día anterior. Se tomó otra y esperó que no supusiera nada haberse saltado una toma. Recordó vagamente que le habían dicho que intentara tomarlas todos los días a la misma hora y sacudió la cabeza con pesar. Dos bodas en cuarenta y ocho horas y una alergia al marisco habían acabado con su rutina.

Alrededor de las diez, se fue a la cama. Había cenado con Hanya después de que Zarif la llamara para decirle que volvería tarde. Se preguntó si los recién casados volvían al trabajo nada más casarse en Vashir, pero parecía claro que Zarif no tenía ninguna necesidad de modificar su agenda para adaptarla a su esposa. Aunque, ¿por qué iba a hacerlo?, se preguntó irritada. Zarif era bien consciente de

que no era la mujer apropiada y de que al cabo de un año se marcharía así que, por muy aburrida y sola que pudiera estar, tenía sentido que él no viera la necesidad de alterar sus hábitos.

Justo cuando estaba a punto de apagar la lamparita de noche, la puerta del dormitorio se abrió sin previo aviso. Sobresaltada, se incorporó.

Zarif estaba en la puerta con la respiración entrecortada y sus pómulos enrojecidos.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–¿Hay alguna razón por la que no pueda dormir en otra habitación? –le preguntó mirándolo fijamente y desafiando esa fiera mirada.

–Eres mi esposa. Te quiero en mi cama.

Ella se quedó atónita ante su actitud.

–Seguro que puedes venir a visitarme aquí.

–Pero no quiero tener que venir a visitarte –le dijo con marcado disgusto acercándose a la cama, apartando las sábanas con unas manos impacientes y levantándola sin miramiento–. Te quiero donde sé que puedo encontrarte en cualquier momento del día.

Capítulo 8

La soltó en su cama de cuatro postes como si fuera un paquete robado que se hubiera llevado a la fuerza. Ella se incorporó con la melena color miel alborotada sobre su sonrojado rostro y su mirada de zafiro encendida.

–¿A qué estás jugando?

–Esto no es un juego –le dijo él con severidad–. ¿Por qué te has ido de este dormitorio?

–He visto la foto de Azel en el comedor… o al menos he supuesto que era ella… y de pronto no me he sentido cómoda estando aquí. Viviste aquí con ella.

Zarif se quedó rígido de la tensión como le sucedía siempre que ella hacía mención a su primera esposa o a su hijo.

–No, no es así. No vivimos juntos en el sentido occidental.

Ella frunció el ceño.

–No lo entiendo.

–Mis abuelos vivían juntos y compartían dormitorio y comidas. Así lo hacían ellos. Mi tío Halim y su esposa, los padres de Azel, eran más tradicionales y preferían estar alojados en dormitorios separados. Azel estaba acostumbrada a ese estilo de vida y este palacio tiene tantos espacios sin utilizar que no supuso ningún problema. No olvides que solo éramos adolescentes cuando nos casamos y que Azel quería su propia suite donde poder recibir a sus amigas y olvidarse de vez en cuando de que era reina. Dudo que estuviera aquí alguna vez.

Se quedó muy sorprendida por esa descripción de un matrimonio que había dado por hecho que sería idílico y, de pronto, se vio incapaz de mirarlo a los ojos. ¿Había salido huyendo únicamente por la amenaza de una fotografía? ¿Seguía viéndose amenazada por la inexpugnable posición de Azel en su corazón? ¿Y por qué, cuando ya no lo amaba? No lo amaba, no tenía excusas para sentirse celosa por una parte de su pasado que se había escrito mucho antes de conocerlo. ¿Qué le pasaba?

–¿Te ha ofendido la presencia de la foto? –insistió Zarif.

–No, por supuesto que no –respondió Ella con la mirada fija en sus manos entrelazadas. Decir que estaba «ofendida» no describía sus sentimientos. Se había sentido irracionalmente amenazada y dolida, pero eso era algo que no compartiría con él.

–Aún llevas la pulsera –le dijo él sorprendido.

Ella posó la mano sobre los resplandecientes diamantes y se puso colorada.

–No he podido abrir el cierre.

–Déjame…

Cuando Zarif agachó la cabeza y su exquisito cabello negro casi le rozó la mejilla, la invadió su exótico aroma especiado y masculino. Unos diestros dedos abrieron el complicado cierre y dejaron la pulsera sobre el mueble junto a la cama.

–He estado con mi tío toda la noche. No era mi intención dejarte sola tanto rato.

–No pasa nada –le respondió casi sin aliento justo cuando un teléfono sonó en el tenso silencio.

Zarif se apartó de la cama para responder.

–Lo siento, tengo que contestar…

Hablando en árabe y ya alejado de ella mentalmente miles de kilómetros, se movió por la habitación y pasó a la sala contigua. Ella se dejó caer contra las almohadas para esperar su regreso. No debería importarle dónde quisiera dormir. ¿Por qué de pronto no dejaba de recordarle que era su esposa? Su matrimonio era una farsa y, además, temporal, y no se veía como su verdadera mujer, así que ¿por qué él tenía la necesidad de fingir lo contrario? Mientras escuchaba cómo proseguía la conversación por teléfono y el innegable y tranquilizador sonido de su calmada y bien modulada voz, bostezó y salió de la cama, cerró la puerta despacio y apagó las luces.

No tenía ni idea de qué hora era cuando un brazo la despertó haciéndola entrar en contacto con un cuerpo ardiente, húmedo y muy masculino.

–¡Oh! –exclamó.

–Lo siento… no quería despertarte –respondió Zarif.

–Pues no haberme echado el brazo por encima… ¡Y estás mojado! –se quejó en alto antes de pensárselo mejor porque, al

instante, él movió el brazo y se apartó de ella.

–Acabo de salir de la ducha. No estoy acostumbrado a compartir cama. No hacía más que chocarme contigo y he pensado que, si te agarraba, sería menos incómodo para ti.

Sintiéndose extrañamente abandonada cuando él se apartó, se movió hasta que sus cuerpos volvieron a estar en contacto.

–Ahora, así ya sabes dónde estoy.

La temperatura de Zarif era mucho más elevada que la suya, tanto que sintió un cierto ardor en la espalda, aunque tal vez el problema real eran los ardientes cosquilleos que inmediatamente la recorrieron al sentir su dura erección contra su cadera. Se tensó, consciente de sus inflamados pechos y de la líquida sensación de su pelvis.

–Ignóralo… No es más que una reacción masculina normal por estar cerca de una mujer preciosa –la informó Zarif sin más.

–¡Eso ya lo sé, hasta ahí llego! –le contestó ella con las mejillas encendidas bajo la luz de la luna que se filtraba por las cortinas.

–Y, por supuesto, prácticamente lo único en lo que he pensado en todo el día ha sido en el puro placer de estar dentro de ti, *habibti* –le confesó con voz áspera–. Eso no ayuda. Ni siquiera saber que no has experimentado el mismo placer enfría mi entusiasmo.

–Pero sí que lo hice… al final –susurró Ella más ruborizada incluso que antes.

–Si me hubieras dicho que iba a ser el primero… –susurró contra su pelo y echando el brazo a su alrededor para acercarla más a la vez que le acariciaba un hombro–. Si lo hubiera sabido, habría sido mucho más paciente e infinitamente más cuidadoso para prepararte. Supongo que te habría dolido de todos modos, pero no tanto.

–No quería que lo supieras –admitió.

–¿Pero por qué no? Era un regalo que jamás pensé recibir de ti. Deberías estar orgullosa de tu inocencia –le respondió con tono de reprimenda–. Y yo jamás debería haber dado por hecho que habías tenido otros amantes.

–¿Pero no formaba eso parte de tu fantasía? ¿Que sería una compañera experimentada?

–No tenía ninguna fantasía –protestó Zarif acaloradamente–. Te deseaba tanto que no me importaba si tenías o no un pasado. No

soy un hombre tan intolerante.

–No estoy segura de poder creerte… –vaciló por un instante, pero tenía que preguntarlo–: ¿De verdad has disfrutado tanto?

–Para mí ha sido increíble, pero el hecho de que no lo haya sido para ti lo empeora –dijo con sinceridad y de mala gana.

–No he disfrutado solo al final –le confesó Ella.

–¿No? –Zarif coló las manos bajo su camisón y cubrió sus pechos para agarrar sus sensibles pezones entre sus dedos y tirar de ellos con delicadeza haciendo que una sacudida de placer saliera disparada hasta el centro de su ser. Ella movió las caderas y dejó escapar un suspiro.

–Lo único que no disfruté fueron esos se… segundos –dijo titubeando cuando él empezó a subirle el camisón y a sacárselo por la cabeza dejando sus pechos expuestos para acariciarlos.

–¿Me darás otra oportunidad? –le susurró Zarif al oído, deteniéndose para darle un suave mordisco a la tierna piel entre su cuello y su hombro con unos fuertes dientes blancos.

Sobresaltada, Ella se rio.

–Este sería un buen momento.

Zarif le levantó las piernas para quitarle la ropa interior.

–Si hubieras dicho que no y te hubieras echado a dormir, creo que no habría podido soportarlo –le dijo con tono divertido–. Te deseo, *habibti*.

Ella también estaba inundada de deseo y de una desbordante sensación en su pecho; de emociones sumidas en una especie de caos que no podía distinguir. Lo único que sabía era que se sentía vulnerable y excitada. Era solo sexo, nada más que sexo, se decía desesperadamente. No había necesidad de darle tanta importancia y tampoco servía de nada estar castigándose por cumplir la parte de un trato al que había accedido.

Zarif la tomó en sus brazos para besarla antes de que pudiera escapar y ese único beso redujo a la nada todos sus pensamientos racionales. Hundió la mano en su negro cabello para sujetarlo junto a ella mientras él deslizaba la lengua en su boca llenándola de un salvaje deseo.

Se sacudió contra su cuerpo, desesperada como nunca antes lo había estado. Los inflamados pétalos de piel entre sus trémulos muslos palpitaban y, cuando él se acercó, estaba más que preparada

para recibir su duro sexo en su interior. Unas deliciosas sensaciones la recorrieron y, al verlo alzarse sobre ella, lo comparó con la imagen que tenía de él saltando sobre las llamas en la danza de espadas.

Zarif movió las caderas buscando un mejor ángulo y se hundió en su receptivo interior. Zambullida en una intensa excitación, Ella gimió de placer. Cada célula de su cuerpo anhelaba más mientras se arqueaba hacia él como un gato y lo sujetaba rodeándolo por la cintura con sus piernas. El deseo estalló en su interior, voraz e impaciente, instándola a alcanzar el clímax y deleitándose cuando por fin llegó y la invadió en forma de cascada de intenso placer que relajó cada músculo de su cuerpo.

–Eres deliciosa, *habibti* –susurró Zarif contra su melena con olor a coco antes de tenderse a su lado para liberarla de su peso y besarle el hombro–. Absolutamente deliciosa.

Ella se movió sorprendida de verse aún rodeada por sus brazos.

–Me estás abrazando.

–Sí… –respondió él sin ninguna expresividad.

–Esta mañana has dicho que sería inapropiado.

–Esta mañana me sentía muy mal por haberme aprovechado de una inocente.

–Pero no era así –le respondió ella–. Sabía lo que estaba haciendo.

–Lo hecho, hecho está. Pero ahora que lo pienso no veo razón para no estar juntos siempre que nos tratemos con respecto y sinceridad –le dijo despejando toda posible duda a la vez que deslizaba unos largos dedos sobre la increíblemente suave piel de su fina cintura y bebía de su perfume. Hacía mucho años que no pasaba una noche entera en la cama con una mujer. Nunca había dormido con ninguna de sus amantes e incluso Azel había dormido con él solo ocasionalmente, pero la idea de encontrarse con Ella en su cama cada noche resultaba increíblemente tentadora… aunque jamás podría permitirse olvidar que era un capricho que tenía sus limitaciones.

–Así que has mostrado respeto y tus disculpas regalándome ropa, flores y una pulsera de diamantes –comentó Ella con mucho tiento–. ¿Es que no sabes otra forma de mostrar cariño o preocupación por una mujer? ¿Siempre tienes que comprar cosas?

Zarif se quedó atónito con la pregunta, que fue directa al problema de su relación con las mujeres. Sí, era muy triste, pero siempre compraba cosas. Compraba para decir «lo siento» por cancelar una cita, para expresar compasión por una pérdida o un rechazo, para dar las gracias por una noche especialmente buena.

En el silencio, Ella tragó saliva antes de decir:

–Hace que una chica que sienta… como si hubiera caído muy bajo. Eso es todo –le dijo distraídamente porque no quería dar comienzo a una discusión.

–He tenido muy pocas relaciones –admitió él con valentía–. No intento comprarte. ¿Por qué iba a hacerlo cuando ya te he comprado?

Las lágrimas se acumularon en los ojos de Ella ante esa dolorosa sorpresa. Se apartó de él y se giró hacia el otro lado. Había hablado sin pensar olvidando cómo había terminado casada con él. ¿Pero cómo podía haberlo olvidado? ¿Cómo podía haber olvidado por un momento el gran papel que había desempeñado en su relación su grandiosa riqueza? Sin esa riqueza, sin la necesidad de sus padres de una estabilidad, no estaría ahí con él ahora.

–No me has comprado completamente –lo contradijo con voz tensa–. Has comprado un *leasing* de un año. No es lo mismo.

En la penumbra, Zarif de pronto sonrió. Le encantaba que ella hubiera destacado esa diferencia que blandía como un arma negándose a concederle que la poseyera por completo. ¿Un *leasing* de un año? Solo Ella podía haberle puesto ese calificativo.

–Y, por supuesto, los dos sabemos que no extenderás el *leasing* –terminó Ella tragando saliva antes de añadir–: Ya sabes, si así es como nos estamos mostrando respeto y sinceridad, Zarif, ¡puedes ahorrártelo! Lo estamos destrozando todo.

Involuntariamente, él la agarró. Ambos habían dicho la verdad, aunque tenía que admitir que no de un modo muy productivo; por otro lado él sí que valoraba la verdad por encima de todo independientemente del daño que hiciera. Aun así, un diminuto resoplido desde el otro lado de la cama le hizo agarrar de nuevo su pequeño y rígido cuerpo.

–No hemos destrozado nada. Sigues siendo la misma mujer. Renunciaste a tu libertad por el bien de tus padres. ¿Cómo no voy a respetar semejante fortaleza y lealtad?

Ella respiró tan hondo que la sorprendió no inflarse como un balón y salir flotando. Se deshizo de parte de su rigidez y permitió que su cuerpo se relajara un poco en la calidez del de él.

–¿Lo dices en serio?

–Sí.

–Por cierto, si decides que quieres comprarme algo… podría ser algo pequeño y barato –le dijo impulsivamente–. Ya sabes, como el colgante y la pulsera de plata que me compraste cuando cumplí veintiún años.

Zarif casi se rio a carcajadas, pero se contuvo. Al parecer, ella nunca se había detenido a calcular el valor de su primer regalo porque aquel colgante y aquella pulsera no eran de plata, sino de platino, y estaban diseñados por uno de los joyeros más famosos del mundo. Aunque en aquel momento no había querido darle un regalo que resultara demasiado excesivo, había sentido tanto deseo por ella que un regalo pequeño y barato jamás podría haberse igualado a lo que consideraba que ella valía en aquel momento.

–¿Aún los tienes? –le preguntó por curiosidad.

–Sí, sigue siendo uno de mis conjuntos favoritos –murmuró adormilada.

Se despertó aún rodeada por los brazos de Zarif.

–¿Qué hora es? –susurró.

–Casi las seis. Tengo que levantarme pronto, pero puedes seguir en la cama todo el tiempo que quieras –le respondió deslizándose contra ella y dejándole claro, por muy adormilada que estuviera, cuáles eran sus intenciones.

Sintió un intenso calor en la parte inferior del cuerpo sin poder creerlo después de la noche que habían compartido.

–Necesito una ducha –le dijo sintiéndose algo incómoda.

–No, hueles a mí y a una larga y ardiente noche y ni te imaginas lo excitante que me resulta, *habibti* –le susurró acariciando sus dilatados pezones y descendiendo para acariciar el punto más sensible de su cuerpo–. Haces que sea insaciable.

Pero, si ese era su defecto, era uno que compartía con él, pensó echando la cabeza atrás mientras Zarif le levantaba el muslo y se deslizaba en su interior con un delicado y lento movimiento que la

dejó sin aliento y sin intención de protestar. Su cuerpo se estiró para recibirlo y una penetrante dulzura se apoderó de su acelerado corazón porque le resultaba de lo más natural y agradable estar ahí tumbada con él. Con sutiles movimientos eróticos, él acarició su interior con insistencia y el placer fue en aumento hasta que ya no pudo contenerse más y alcanzó el clímax emitiendo un gemido contra la almohada que tenía debajo.

Cuando despertó la segunda vez estaba sola y acalorada y salió de la cama para situarse directamente bajo el ventilador de techo estremeciéndose al recordar esa larga noche. Pero no fue una noche de amor, se dijo, sino solo una noche de sexo. Un sexo increíblemente satisfactorio, sí, pero nada de amor. Se duchó, desayunó y se vistió decidida a salir y ver la ciudad en lugar de pasarse el día sin hacer nada. Zarif tenía un propósito en la vida y ella necesitaba otro, aunque solo fuera actuar como una turista durante un año, pensó con ironía.

Hamid telefoneó mientras comía para ofrecerle un paseo por el palacio.

–¿Cuándo volverá Zarif? –le preguntó ella.

–Tendrá reuniones con el consejo prácticamente todo el día –la informó el asistente.

De pronto tuvo una idea.

–¿Y esas reuniones son como el parlamento… se celebran en público? Me gustaría asistir –le dijo a Hamid alegremente–. Tal vez alguien podría traducírmelo todo.

Hubo un largo silencio al otro lado del teléfono y entonces el hombre le dijo que volvería a llamarla. Preguntándose si cada paso que diera debía consultarse antes con Zarif, tomó otro pedazo de cruasán.

Zarif estaba tomando café con su equipo en el nuevo palacio cuando Hamid lo telefoneó para contarle lo que su mujer quería hacer.

–Ninguna mujer ha cruzado el umbral de la cámara del consejo antes –señaló su asistente.

–Espero que no le hayas dicho eso –le respondió Zarif pensando en cómo había declarado muy orgulloso que Vashir no era un país atrasado–. No existe ninguna ley contra la asistencia femenina.

–Pero no ha sucedido nunca.

Con sus oscuros rasgos furiosamente tensos, Zarif se llevó el teléfono a una sala privada.

–No me importa si buscas a mujeres por la calle para que asistan, pero mi mujer asistirá y no quiero que sea la única presente. Y tampoco quiero que se entere de que, hasta ahora, solo se les había permitido a los hombres observar cómo funciona el consejo. Pensará que somos unos anticuados y que nuestras mujeres no tienen conciencia política.

Hamid pensó en su mujer, que era una radical con amigas igual de radicales, y supo exactamente a quién llamar. Colgó el teléfono asombrado de que su rey estuviera dispuesto a romper una tradición que se había mantenido firme durante al menos doscientos años.

–¡Esta reina va a cambiar mucho las cosas! –exclamó su mujer encantada–. Es como la abuela inglesa del rey, va a innovar y a modernizar este país.

Ignorando las esperanzas que estaba despertando con su sencilla petición, Ella eligió un traje de chaqueta oscuro interpretando el acto como una visita formal. Hanya bajó corriendo al vestíbulo para acompañarla mientras esperaba a que la limusina la recogiera.

–No tenía ni idea de que tenía planeado esto. A mi prima Azel jamás se le habría ocurrido entrar en la cámara del consejo –exclamó lanzándole a Hamid una mirada de reproche como si fuera el culpable de la terquedad y de los intereses tan poco femeninos de Ella–. Azel decía que era un lugar para hombres.

Ella le dirigió a la inquieta morena una suave sonrisa.

–En mi país, el interés por la política no es exclusivo de los hombres. Simplemente me interesa ver cómo funciona el consejo.

El nuevo palacio era un edificio abovedado impresionante rodeado de un parque lleno de árboles, fuentes y paseos

extremadamente concurrido. Solo se percató de la media docena de guardias que la acompañaban cuando salieron de los coches que habían ido delante y detrás de la limusina. Viendo la atracción y atención que estaba despertando con su presencia, se sintió más avergonzada todavía cuando dos de los soldados se situaron en la entrada e insistieron en ir delante despejándole el camino de la gente que se cruzaba con ellos. Los murmullos aumentaron a su alrededor y un montón de teléfonos comenzaron a sacarle fotos.

–¿Por qué ha generado tanto revuelo que haya venido aquí? –le preguntó a Hamid.

–No tengo ni idea, Su Majestad –mintió como era debido para seguir las órdenes de su jefe–. Pero debe recordar que, exceptuando la foto oficial que se tomó en el aeropuerto y que se publicó en el periódico de la noche, muy poca gente la ha visto y es normal que tengan curiosidad.

Fue un alivio para Ella salir de los abarrotados pasillos para subir las escaleras en dirección a la cámara del consejo. Un grupo de mujeres estaba sentado en el extremo izquierdo y se dirigió hacia ellas a la vez que los hombres presentes giraron la cabeza a su paso y se levantaron de pronto para hacerle una reverencia. De pronto se hizo un silencio absoluto y segundos después la docena de hombres sentados alrededor de la mesa se levantaron y, con ceremonia, se inclinaron en su dirección. Sonrojada, intentó localizar a Zarif, pero no podía verlo.

Treinta segundos más tarde, él llegó por otra puerta y de nuevo se repitieron las reverencias. Ella habría hecho lo mismo de no ser porque Hamid la agarró del brazo, justo cuando iba a levantarse, para decirle:

–Usted es la única persona de esta sala que no tiene por qué levantarse. Es una atención que el padre del rey le concedió a su esposa inglesa y que ahora también queda extendida a usted. Antes de que el abuelo del rey se casara, los súbditos de Vashir tenían que arrodillarse y tocar el suelo con la frente ante la presencia real, así que pasar a la reverencia se consideró también un gran paso adelante.

Atónita por la información de lo servil que había sido antes la respuesta ante la realeza, Ella asintió mientras miraba a Zarif y sonreía. Era el único hombre de la mesa que llevaba un traje de

chaqueta y que lo lucía a la perfección. Un hombre tan viejo y arrugado que parecía una momia egipcia comenzó a hablar sobre una disputa de fronteras con un país vecino y recomendó que se enviara a la zona un pelotón armado de las tropas de Vashir. Hamid le iba traduciendo con fluidez. Zarif habló para decir que se emplearan mecanismos diplomáticos antes de implicar al ejército.

–Los jeques no discutirán con el rey cuando se trata de cuestiones militares porque él ha sido soldado y el ejército lo seguiría hasta el infierno, así que no tiene sentido que interfieran –le aseguró Hamid–. Pero ese es el único terreno en el que su marido tiene vía libre.

Y así le quedó claro mientras observaba y escuchaba la discusión de varias cuestiones desde cómo tratar mejor con los turistas borrachos de Qurzah hasta el problemático asunto del museo real del nuevo palacio, que aún no estaba abierto oficialmente tras meses de preparativos. La paciencia de Zarif era asombrosa. El consejo emitió pequeñas objeciones cuando varios de los miembros dijeron que permitir que cualquier información privada sobre la familia real pasara a ser de dominio público, incluso tratándose de algo educacional como lo era un museo, no era una opción inteligente. Ella contuvo un bostezo porque le resultaba muy agotador concentrarse en todas las palabras que le iban traduciendo al oído.

–Su marido se toma un descanso en una sala privada para almorzar –la informó Hamid– y ha pedido que se reúna con él.

Ella asintió y se levantó discretamente. Hamid le preguntó si le podía presentar a su esposa, Soraya, y señaló al grupo de mujeres al otro lado de la sala. Una elegante morena con el pelo recogido y una brillante sonrisa se acercó para las presentaciones. Soraya formaba parte del comité de Relaciones Públicas del museo real y, aunque frustrada por el hecho de que el proyecto avanzara tan despacio, era una mujer claramente trabajadora, franca y sincera a diferencia de Hanya. Charlaron durante un par de minutos antes de que Hamid interviniera para llevarse a Ella.

–¡Qué sorpresa, *habibti*! –murmuró Zarif con una cálida sonrisa cuando Elle entró en la sala.

Había pasado tanto tiempo desde la última que vez que la había mirado así que por un momento se quedó paralizada. El

amenazante aspecto de sus fuertes rasgos quedó arrasado por la calidez de esa sonrisa, que hizo que el corazón le diera un vuelco y se le entrecortara la respiración.

–Te sienta bien el azul oscuro –le dijo mientras les llevaban la comida a la mesa y fijándose en el color miel de su pelo contra el telón de fondo de ese tono. En algún momento de su vida había pensado que los ojos azules resultaban corrientes y aburridos, pero el brillante azul de la mirada de Ella contra su suave y pálida piel nunca dejaba de captar su atención.

–Puedes darle las gracias a tu madre por su maravilloso buen gusto –respondió Ella y se detuvo antes de decidir ser franca y preguntarle qué le había impedido asistir a la boda–. ¿Por qué tu madre no vino a Vashir para nuestra boda ni asistió a la de Inglaterra?

Zarif torció el gesto.

–Mariyah ha vivido fuera desde que nací y nunca ha desempeñado ningún papel en mi vida.

Ella se quedó impactada por la revelación.

–¿Por qué no?

–¿Cuáles son los dos datos más importantes que debes conocer sobre la dinastía al-Rastani? Uno, siempre hemos sido una familia con muy pocos herederos varones y, dos, el gobernante siempre ha tenido derecho a elegir a su sucesor –le explicó–. Mi abuelo, Karim, tuvo dos hijos, Halim y mi madre. Cuando mi tío Halim aún era muy joven, su padre decidió que no estaba preparado para reinar, ya que no sabía actuar bien en los momentos de crisis.

–Debió de ser un golpe muy duro para él –comentó Ella con compasión.

–Mi tío prefiere sus libros y, de hecho, la vida que llevó como regente durante mi minoría de edad la consideró como algo desagradable y estresante –señaló con pesar.

–Me estabas hablando de tu madre antes de que te interrumpiera.

–La esposa de Halim dio a luz solo a hijas, y, consecuentemente, la falta de un heredero varón que subiera al trono provocó una crisis. Fue entonces cuando mi abuelo le pidió a mi madre que se casara para ponerle remedio a la situación.

Ella esbozó una mueca de disgusto mientras pinchaba un pedazo

de cordero con arroz de su plato.

–Y tú fuiste el remedio.

–Pero no un remedio fácil, según el punto de vista de mi desafortunada madre –declaró adustamente–. Se casó con un horrible playboy padre de varios hijos varones solo porque sabía que lo único que le interesaba era el dinero y que jamás interferiría ni en su vida ni en la mía.

–¿Te refieres a Gaetano Ravelli, que también es el padre de Nik y de Cristo? ¿Tan repugnante era?

–Sin duda, era un hombre disoluto y egoísta. Nunca llegué a conocerlo. No tenía ningún interés por sus hijos.

–Sé que Belle y Cristo están criando a los hijos que tuvo con la madre de Belle, que fue su amante durante años. Pero no sé nada más de él. ¿Y tu madre utilizó tus genes en tu contra? ¿Estáis distanciados porque le recuerdas a Gaetano?

–No estamos distanciados, pero básicamente somos como extraños –admitió con sus ojos dorados cubiertos de un sombrío velo nada propio en él–. Me entregó a sus padres cuando nací para que me criaran y, cuando mis abuelos murieron, Halim se ocupó de mí. Mariyah sabía que jamás sería su hijo del todo porque mi abuelo quería hacerme su heredero e insistiría en supervisar cada aspecto de mi educación y de mi vida. Karim se aseguró de que asistiera a la escuela militar, de que entrara en el ejército y de que me casara con Azel. Después de que mi madre se divorciara de Gaetano, le pidió permiso a mi abuelo para vivir fuera del país. Ha vivido en Italia desde entonces y las únicas visitas que me ha hecho en Vashir han sido por la muerte de mis abuelos y para ver a Halim poco después de que le diagnosticaran su enfermedad terminal.

–¿Has intentado contactar con ella?

–No en el sentido que implicas. Aunque cuando le pedí ayuda con tu ropa fue porque sabía que le encantaría enfrentarse a ese reto… y tal vez porque quería hacerla sentirse parte de mi vida, aunque fuera en ese pequeño aspecto –encogió sus anchos hombros y suspiró de frustración demostrando así que odiaba hablar de emociones–. ¿Pero qué íbamos a tener en común los dos? Aunque nació dentro de la familia real, odiaba las restricciones y los sacrificios que le imponían y se negó a usar su título. Se forjó una carreta de éxito como estilista de moda en el mundo del cine y

disfruta de la libertad del anonimato.

–Sigo pensando que es una pena que no tengas contacto con ella.

Lo imaginó creciendo sin una madre mientras se preguntaba si sus abuelos habrían sido unos sustitutos amorosos o, más bien, gente preocupada únicamente por garantizarle al trono un heredero lo más apropiado posible. La escuela militar, el ejército y un matrimonio a muy temprana edad con una novia elegida, que además era la prima con la que había crecido… Un pasado tan estricto y conformista no parecía indicar que a Zarif se le hubiera concedido nunca la libertad de ser él mismo. Desde pequeño, le habían negado la posibilidad de elegir todo eso que el resto de la gente daba por sentado. En su opinión, la presencia de una madre protectora podría haberle asegurado unas elecciones más justas y liberales.

–Mi vida es lo que es, y mi madre y yo vivimos en mundos diferentes –le dijo con ironía.

Justo en ese momento recibió un mensaje de móvil y lo consultó porque esa misma mañana su madre había estado en la consulta del cardiólogo y le había prometido que le daría los resultados. Pero el nombre que apareció en la pantalla fue el de Jason, así que volvió a guardarlo porque no tenía ninguna prisa por leer lo que fuera que su hermano tenía que decirle. No tenía duda de que sería otro mensaje jactancioso sobre fiestas salvajes y borracheras o sobre los viajes a esquiar que le encantaba hacer.

–Me temo que tengo que volver al trabajo –dijo Zarif–. ¿Te quedarás para la segunda sesión?

–No, creo que me iré de compras esta tarde –se terminó su copa de agua y se levantó lentamente–. Bueno, así que ahora te marchas para seguir hablando con esos fósiles, ¿eh?

La oscura mirada de Zarif se iluminó con picardía.

–Intento ser demócrata –le agarró las manos y la llevó hacia sí mientras le acariciaba las muñecas–. Esta noche cenaré contigo.

Ella lo miró esbozando una seductora mueca con sus labios rosados.

–¿Y a qué debo el honor?

–¿Quieres una respuesta sincera? –cuando ella asintió, Zarif se rio–. Lo hago por haber mostrado interés en el gobierno. Hasta hoy ninguna mujer había pisado la cámara del consejo y mi tío está tan

impactado por la noticia de tu interés ¡que me ha sugerido que no te deje sola demasiado tiempo!

Ella abrió los ojos de par en par con diversión.

–¿Y tú decías que Vashir no estaba anticuado? –bromeó.

–Te mentí. Quería que lo amaras tanto como yo y no quería mostrarte todos sus fallos a primera vista.

La besó y sus carnosos labios se aferraron a los suyos con un repentino fervor que no pudo contener mientras se veía recorrida por una oleada de deseo. Zarif levantó la cabeza para observarla con fuego en la mirada.

–Más tarde –le susurró.

–¡Espera un minuto! –exclamó Ella sacando un pañuelo de papel del bolso y poniéndose de puntillas para limpiarle el carmín rosa de su sensual boca–. El rey no puede presentarse en público manchado de pintalabios.

Seguía sonriendo sin saber por qué cuando entró en la limusina. Al guardar el pañuelo manchado en el bolso recordó el mensaje de Jason y sacó el móvil para leerlo.

Me estoy quedando sin dinero. Necesito un ingreso. Con 100.000 me vale.

Observó la petición de Jason desconcertada y apretó los labios. ¡Jason no tenía vergüenza!

Le respondió: *No le pediré a Zarif dinero para ti*. Y la respuesta que obtuvo fue: *Pues más vale que me pague si no quiere que revele a la prensa información sobre las amantes que tiene en Dubái.*

Horrorizada e impactada, se quedó paralizada mirando la pantalla del teléfono. Estaban atravesando el centro de la ciudad cuando por fin logró controlar los nervios. Levantó el teléfono para hablar con Hamid, que estaba sentado al lado del conductor.

–Quiero volver al viejo palacio. Estoy demasiado cansada para ir de compras esta tarde.

¿Amantes? ¿En Dubái? El alma se le cayó a los pies y sintió como si se le hubieran paralizado los músculos de la cara. ¿Era verdad? ¿Estaría Zarif recibiendo a múltiples mujeres en su cama tal como habían hecho sus antepasados en las épocas del harén?

Capítulo 9

Pasó toda la tarde angustiada ante la duda de si tenía o no derecho a formularle ciertas preguntas a Zarif.

Era una cuestión de decencia, se dijo. No estaba preparada para tener relaciones con un hombre que podía estar teniendo encuentros con otras mujeres a la primera oportunidad que le surgía. Las náuseas que sentía se debían a la desconfianza, no a nada más personal. No estaba ni dolida ni celosa; para experimentar cualquiera de esas reacciones tendría que haber estado enamorada de Zarif y solo la mujer más estúpida del mundo se habría enamorado de un hombre que únicamente quería su cuerpo durante un año. Y ella no era estúpida, eso seguro. Zarif nunca había tenido sentimientos profundos hacia ella y no se podía echar de menos algo que nunca se había tenido. Es más, una aventura sexual basada en términos prácticos y en la sinceridad era mucho menos peligrosa que una envuelta en mentiras dulces y sentimientos fingidos.

Y así, algo reconfortada por esa idea aunque avergonzada, como siempre, por las amenazas de su hermano, se sentó a cenar con Zarif y le puso delante el teléfono, sin más, para que pudiera leer los mensajes de Jason.

–Dijiste que teníamos que ser sinceros el uno con el otro, así que he pensado que tenías que ver esto.

En un latente silencio, Zarif observó la pantalla con gesto de desdén en su hermosa boca, pero también con cierta lividez que había hecho palidecer su piel dorada y con una tensión que se reflejaba en su poderoso cuerpo.

–Me ocuparé de esto. No respondas –le ordenó con tono suave–. Aunque creo que a Jason le va a resultar muy difícil vender otra historia de cualquiera de nosotros. Mi equipo legal ya ha demostrado el fervor con que he protegido tu reputación en los tribunales ingleses esta semana. El tabloide que publicó ese asqueroso artículo el día de nuestra boda tendrá que retractarse por escrito y voy a demandarlos por millones de libras.

Ella se llevó a la boca una hoja de lechuga y esperó, aunque parecía que ahí había terminado la conversación. A continuación, Zarif le mencionó cómo, de un modo inesperado, Halim estaba respondiendo muy bien a su tratamiento y la informó de que había decidido poner a disposición de ellos también las suites que tenían a ambos lados para que tuvieran más espacio. Después le dijo con una cálida sonrisa que su presencia en la cámara del consejo esa mañana había sido noticia en el periódico de la noche.

Habían llegado al postre, con fruta fresca y queso, cuando Ella no pudo contener la incredulidad ante su impactante habilidad de esquivar lo obvio y dijo con delicadeza:

–¿Y eso es todo? ¿Has dicho todo lo que tenías que decir sobre las acusaciones de Jason?

La mirada de Zarif la desafió al instante, con su brillo dorado bajo unas enarcadas cejas color ébano y una capa de pestañas más oscuras todavía.

–No respondo a nadie sobre mi vida privada –respondió con la suavidad del terciopelo.

La ira bullía dentro del tenso cuerpo de Ella.

–¡Pero a mí sí me responderás! –lo contradijo sin vacilar.

–¿Y por qué crees eso? –le preguntó él con tono suave y un frío gesto de orgullo y seguridad en sí mismo.

Ella retiró la silla y se levantó con su mirada azul eléctrica cargada de ira.

–Porque estás casado conmigo.

–Pero no es un matrimonio convencional. Es, más bien, uno de conveniencia para los dos.

Ella se giró bruscamente para mirarlo y lo hizo tan rápidamente que su melena sacudió sus mejillas.

–¡No pienso dormir con un hombre que se acuesta con otras mujeres!

Zarif se levantó de la mesa con un paso exasperadamente tranquilo.

–Pues entonces no tienes de qué preocuparte porque ahora mismo eres la única mujer en mi cama y en mi vida.

–¿Y no podrías habérmelo dicho desde el principio? –le dijo casi gritándole del disgusto–. No, tenías que decirme que no tenía ningún derecho a cuestionar tu comportamiento.

–Mi pasado no es asunto tuyo –le contestó con claro desafío–. Te pasas de la raya cuando intentas cuestionarme.

–¿Ah, sí? –le contestó temblando de ira–. ¡Pues entonces tal vez deberías haberme marcado los límites antes de casarnos!

–Es un claro descuido y me disculpo por ello –murmuró con tanta delicadeza como siempre.

–¡Hay veces en las que te odio! –le gritó ella cerrando los puños de frustración.

–No pienso quedarme aquí mientras me gritas –le dijo con gesto férreo mientras se dirigía a la puerta.

–Si sales huyendo antes de responder a mis preguntas, que son perfectamente razonables, lo interpretaré como un acto extremo de cobardía –lo informó con fiera vehemencia.

Incapaz de ignorar un ataque de esa magnitud, Zarif se quedó paralizado a dos pasos de la puerta antes de girarse violentamente para mirarla con sus ojos dorados cargados de furia.

–¿Cómo te atreves?

–Me atrevo porque quiero respuestas –admitió.

–¿Aunque no tengas derecho a ellas?

–Tal como lo veo, tengo derecho a obtener respuestas desde el momento en que compartimos cama –le respondió sacudiendo la cabeza–. ¿Tienes un piso en Dubái?

Zarif apretó los labios y tardó unos segundos en responder.

–Sí. ¿He tenido allí a mujeres? Sí, pero ahora mismo está vacío –concluyó escuetamente.

–¿Y va a permanecer vacío mientras dure nuestro matrimonio? –preguntó Ella algo aliviada al ver que le había respondido.

–Mientras estés conmigo –le confirmó Zarif con tono grave sin ocultar su rencor por su clara insistencia y reflejándolo en la tensión de su mandíbula y en el modo en que elevaba la cabeza con orgulloso porte.

Algo apaciguada, Ella asintió.

–¿Pero sí que has tenido a mujeres allí? –no pudo evitar preguntar dejando al descubierto su curiosidad.

–De una en una –le dijo con gesto muy serio–. Tengo necesidades como el resto de los hombres. No pienso disculparme por eso.

Ella lo observó con el alma en los pies y sintiéndose vulnerable

de pronto.

–Dime, ¿cómo es que a mí no me invitaste a ocupar el piso de Dubái?

Zarif dejó escapar una grave carcajada.

–Quería más de ti… aunque es una ambición que ahora mismo está decayendo con rapidez.

Ella recibió el comentario como un puñal atravesándole el pecho. Su amante le estaba hablando como si no fuera nada, nadie, más que barro bajo sus pies reales. Ese no era el respeto que le había prometido.

–Lo mismo digo. Pero me queda perfectamente claro que lo único que soy para ti es una amante dentro de un matrimonio.

–Si eso es verdad –respondió Zarif con tono algo alterado–, entonces márchate, espérame en la cama y ponte algo sexy antes porque tengo ganas de jugar y borrar el recuerdo de esta desagradable escena.

–¡Y tú ya puedes largarte a pegar saltos por las dunas más cercanas! –le gritó sin poder creer lo que acababa de oír.

La puerta se abrió y los sirvientes entraron a recoger la mesa. Zarif estaba rígido y el silencio crepitaba como un fuego invisible. Sus impactantes ojos brillaban como una llama dorada de furia.

–O no… –añadió Ella algo inquieta por la furia que veía que él estaba intentando controlar.

–¿Quieres que te diga algo? –con un imperioso gesto de su mano bronceada, Zarif la ordenó salir al pasillo, donde agachó su arrogante cabeza para decirle–: Hace tres años te pedí que te casaras conmigo y me dijiste que no, así que ahora no esperes disfrutar de los mismos privilegios que te habría ofrecido por entonces. Ese tiempo ya ha pasado.

Lo cual quería decir que tenía muy mal perder, pensó Ella mientras la recorría un funesto escalofrío.

–Creo que me gustabas más entonces.

–Pero no lo suficiente para casarte conmigo.

«Estúpido, estúpido. ¡Te quería!», estuvo a punto de gritarle cuando él echó a andar con su porte militar. Ella salió a los jardines para caminar. Tenía que hacer algo para liberarse de la rabia que aún la recorría por dentro buscando desesperadamente una válvula de escape. Los dos guardias que la seguían colmaron su paciencia,

ya que no podía creer que pudiera pasarle nada malo en una fortaleza rodeada por altos muros y suficientes hombres armados como para luchar en una guerra. De nuevo con los nervios bajo control, optó por darse un baño y marcharse pronto a dormir.

No podía dejar de pensar en el piso de Dubái donde Zarif había recibido a todo un desfile de mujeres. Mujeres sexualmente sofisticadas que no habrían dudado en ponerse ropa interior atrevida para excitarlo. Mujeres que, probablemente, hacían exactamente lo que él les dijera porque estaban ansiosas por complacerlo y ver su obediencia recompensada. Todo ello le parecía un asunto de lo más banal y superficial, pero Zarif, tal como había demostrado con el fuerte vínculo que sentía por su primera mujer, era capaz de mucho más.

Sin embargo, no quería más, y menos con Ella, que ya lo había rechazado una vez. Solo quería sexo, y su alianza de boda no servía más que para dotar de cierta respetabilidad el acuerdo que tenían. En realidad, era tan ramera como las mujeres a las que había invitado a su piso de Dubái, pensó desconsolada. Tal vez pensaba que no era sumisa, pero había hecho exactamente lo que le habían dicho desde el momento en que había accedido a casarse con él. ¿Y por qué había accedido? Por el dinero que les había devuelto a sus padres el rumbo de sus vidas. Por eso no tenía derecho a sentirse superior a las amantes de Zarif. Él había reconocido que era igual que sus otras compañeras sexuales, que estaba dispuesta a hacer lo que fuera si la recompensa era suficiente, así que ¿podía pedirle respeto?

Zarif se metió en la cama tarde y se quedó en su lado de la cama mientras ella fingía estar dormida. Estaba avergonzada de los hechos a los que la había obligado a enfrentarse y profundamente triste por la posición en la que ella misma se había puesto al no ver escapatoria.

Cuando despertó, Zarif ya no estaba y así dieron comienzo unas semanas muy solitarias durante las cuales Ella apenas lo vio. Desayunaba antes de que ella se levantara, lo cual fue un alivio

porque durante la tercera semana se dio cuenta de que tenía molestias estomacales que achacaba a su nueva dieta. Tenía náuseas por las mañanas y, de hecho, había vomitado en un par de ocasiones, aunque se encontraba bien el resto del tiempo.

Ajeno a esas molestias matutinas, Zarif aparecía de vez en cuando para almorzar y durante ese rato charlaba con ella de un modo perfectamente educado, lo cual la irritaba. Por las noches, iba a cenar con Halim. Una mañana le comunicó con indiferencia que tenía que tomar un vuelo para una reunión en Dubái y esa misma noche, tumbada en la cama, Ella se preguntó si habría traicionado su confianza porque, ya que no estaba teniendo relaciones con ella, le costaba creer que no fuera a buscar alivio con otra mujer. Durante los días se mantenía ocupada leyendo, bañándose en la gigantesca y desierta piscina instalada en el sótano que antes había albergado al harén. También comenzó a dar clases de árabe y a vagar sin rumbo por los centros comerciales, sin apenas comprar nada, pero siendo fotografiada con frecuencia.

Durante la segunda semana, el tío de Zarif acudió inesperadamente a su rescate al preguntarle por mediación de Hamid si le gustaría presidir la inauguración oficial de un nuevo colegio. Suponiendo que se esperaba que accediera, lo hizo, y después le entró el pánico por no saber qué decir ni qué hacer en el evento hasta que Hamid le ofreció a su esposa Soraya como consejera.

Soraya le proporcionó una asistencia inestimable. La ayudó a escribir un breve discurso, la enseñó a pronunciarlo en un perfecto árabe e incluso la aconsejó sobre cómo vestirse. Ella hizo la visita, temblando de nervios por dentro, pero pronto se relajó ante la agradable respuesta que recibió y disfrutó charlando con los niños que querían practicar inglés con ella. Logró sonreír para los fotógrafos y volvió al viejo palacio sintiéndose orgullosa.

–Hoy has actuado muy bien en el colegio –le dijo Zarif sorprendiéndola mientras se desvestía para meterse en la cama–. Todo el mundo se ha quedado impresionado.

Que hubiera vuelto a ser agradable con ella la desconcertó.

–No sabía que estuvieras al tanto.

–¿Y quién crees que se lo propuso a Halim?

Ella se sonrojó y se sintió como una estúpida. Observó su silueta,

claramente visible bajo la luz de luna que atravesaba las cortinas. Cuando él dejó caer la toalla que llevaba alrededor de las caderas pudo ver la largura de su erección y miró por un instante antes de cerrar los ojos apresuradamente. Tal vez, después de todo, no había visto satisfechas sus necesidades en Dubái. Pero tampoco ella, pensó con impaciencia hundiendo la inflamada ternura de sus pechos contra el colchón y apretando los muslos para apaciguar el dolor que sentía ahí.

Todo era culpa de Zarif, decidió furiosa. Había vivido bien sin sexo hasta que él había aparecido en su horizonte como un barco de batalla en una misión de ataque y derribo. Ahora, el aroma de su colonia, el recuerdo de cómo habían hecho el amor o incluso los sonidos que producía al meterse en la cama encendían un fuego de traicionero deseo en su pelvis. Se dijo que era bueno saber que él también estaba sufriendo y que su autocontrol no era mucho mejor que el suyo, pero seguía maldiciendo el hecho de que se hubiera negado a dejarle ocupar su propio dormitorio. Y entonces pensó, ¿por qué siempre tiene que salirse con la suya?

Con un movimiento que asombró a Zarif, apartó la sábana y lo miró. Su largo, esbelto y excitado cuerpo yacía para ella y ese fuego de su interior se avivó a la vez que su rincón más femenino se humedeció. Antes de poder darse cuenta de lo que estaba haciendo, posó la boca sobre su bronceado y musculoso abdomen. El sabor salado de su piel se le subió a la cabeza como el vino y el modo en que él se sobresaltó le hizo esbozar una picarona sonrisa.

Con una mano apoyada sobre un velludo muslo, deslizó la lengua sobre la longitud de su sexo y sintió cada músculo de su poderoso cuerpo tensarse. Dibujó sus duros y aterciopelados contornos con deleite y una sensación de poder la inundó cuando él hundió los dedos en su pelo y elevó las caderas para acercarse más. Le acarició la cabeza gimiendo mientras ella seguía acariciándolo con la lengua.

Estaba impactado, pero también increíblemente excitado por su inesperado asalto sexual. Se estremeció un par de veces cuando ella le rozó con los dientes y entonces, de pronto, al ver su cabeza agachada sobre él, sonrió triunfante al pensar que, probablemente, era el primer hombre al que estaba otorgando semejantes atenciones. A medida que la intensidad del placer aumentaba le tiró

suavemente del pelo.

–Ya no más, *habibti* –susurró–. Quiero terminar dentro de ti…

Algo vacilante, Ella alzó la cabeza y él se incorporó tan rápidamente para besarla que se sintió mareada aunque también increíblemente ansiosa de que continuara.

–He sido un idiota –gruñó Zarif tendiéndola sobre el colchón con más prisa que finura y deslizándose entre sus esbeltos muslos sin contener su ansia–. Soy demasiado orgulloso y estoy demasiado acostumbrado a ganar todas las discusiones. Azel nunca discutía conmigo, nunca se enfrentó a mí.

–Pues eso no te benefició –respondió Ella jadeante cuando él le alzó las caderas y entró en su cuerpo con un gemido de deseo.

–Tú sí me beneficias –le susurró moviendo las caderas en círculo para disfrutar más del calor y la humedad de su interior antes de entrar y salir de ella en una sucesión de rápidos movimientos que acabaron con toda perspectiva de diálogo.

Cada vuelco que pegaba su corazón a cada posesivo movimiento de Zarif resultaba disparatadamente excitante. Él se movió con fuerza sobre su anhelante cuerpo hasta que Ella llegó al clímax gritando su nombre bajo el tembloroso cuerpo de Zarif.

Se quedaron tumbados, abrazados con fuerza, e intentando respirar.

–Tenías todo el derecho a hacerme esas preguntas –admitió–, pero aunque debería dejar las comparaciones odiosas, Azel nunca me preguntaba nada y no estoy acostumbrado a discusiones sinceras de ese calibre.

Impactada por su repentina locuacidad sobre el tema tabú de Azel, Ella se quedó paralizada.

–¿Nunca te preguntó si le eras fiel?

–Probablemente era consciente de que me habían dicho que no tenía que ser fiel cuando accedí a casarme con ella. Sus padres debieron de prepararla para esa posibilidad. No dejaron nada al azar. Fuimos como títeres. Tal vez Halim no había subido al trono, pero su consuelo era que su hija se convirtiera en mi reina –suspiró Zarif.

–¿Y ella codiciaba ese estatus? –susurró Ella.

–No. Me amaba de verdad –admitió girándose para situarse en una zona de la cama más fresca. Alargó una mano y agarró la suya.

De pronto el futuro ya no le parecía tan amenazante e inseguro. El silencio se prolongó y resultó extrañamente tranquilizador. Ella fue cayendo lentamente en un sueño profundo, más relajada y feliz de lo que había estado en semanas.

–¿Quieres decir que no es la primera vez? –exclamó Zarif sacando el móvil para contactar con el médico de Halim y furioso de no haber estado al tanto–. ¿Por qué no me lo dijiste?

–¡Oh, vamos, no armes tanto revuelo por esto, Zarif! –gruñó ella mientras se refrescaba en el lavabo después haber tenido que salir corriendo de la cama para vomitar en el baño, donde lo último que habría querido tener era público–. Es solo una pequeña molestia… probablemente por el cambio de dieta. Estoy comiendo demasiado picante.

–Si es por eso, contrataré a un cocinero inglés. ¿Con qué frecuencia te ha estado pasando? –le preguntó antes de dirigirse a dos doncellas en árabe y asentir con la boca apretada mientras veía confirmadas sus sospechas. Su impactantemente hermoso rostro se oscureció de pronto–. Vas a volver a la cama –le dijo tomándola en brazos y llevándola al dormitorio, donde la tendió con sumo cuidado.

Ella se sentía demasiado mareada y acalorada como para discutir. El doctor Mansour llegó con una enfermera y con su profunda voz terminó calmando a Zarif; a cualquiera podía pasarle pensar que unos cuantos vómitos fueran motivo de urgencia, pensó Ella. Le realizaron unas pruebas antes de examinarla.

Al final, el doctor Mansour le pidió a la enfermera que esperara fuera. Una gran sonrisa había transformado su expresión de cautela y la mirada que les dirigió a Zarif y a Ella estuvo cargada de calidez.

–Me honra profundamente felicitarles por este feliz acontecimiento, que tanto significará para ustedes y para nuestro país…

–¿Fe… feliz acontecimiento? –tartamudeó Ella asombrada.

–Está en estado, Su Majestad. Debió de ser inmediatamente después de casarse –la informó con alegría el hombre–. No es una sorpresa tratándose de una pareja joven y sana, pero sí una noticia

muy bien recibida.

Impactada, Ella miró a Zarif, que parecía haberse quedado paralizado en mitad de la sala. Podía ver su lividez extendiéndose por su bronceada piel. ¿Embarazada? ¿Cómo demonios podía estar embarazada?

–Pero he estado tomando la píldora anticonceptiva –protestó dándole el nombre de la marca.

–Queríamos esperar unos meses –apuntó Zarif claramente encubriendo la verdad porque el hombre no había podido ocultar su sorpresa ante el hecho de que, en sus circunstancias, hubieran elegido usar métodos anticonceptivos en lugar de intentar inmediatamente darle al trono ese heredero tan esperado.

El hombre sonrió.

–Me temo que esa marca en particular no fue una buena elección. Se suele prescribir para regular el sistema hormonal.

–Y para eso la estaba tomando… –su voz se fue apagando mientras la invadía una marea de puro asombro. Un bebé… Iba a tener un bebé, ¿un bebé de Zarif? Pero incluso en ese momento de incredulidad pudo captar la cálida felicidad que se abría paso en su interior. A lo mejor no podía tenerlo a él, pero Zarif no podría impedirle que tuviera a su hijo, pensó.

–Por desgracia, esa clase de píldora se debe tomar estrictamente a la misma hora cada día y no es de fiar si se salta alguna toma o si surge algún episodio de vómitos, como le sucedió a usted el día de su boda –le explicó el médico–. Durante el resto de ese mes se tendrían que haber tomados otras precauciones.

Ella asintió con la misma vivacidad de una marioneta y no se atrevió a mirar a Zarif para ver cómo estaba reaccionando a la noticia de que su ignorancia sobre la eficacia de las píldoras los había conducido hasta esa situación.

–Gracias por aclarárnoslo, doctor.

El hombre se quedó un momento para aconsejarla sobre cómo lidiar con las náuseas matutinas y le recomendó un obstetra de la ciudad a la vez que añadía, con pesar, que no sería aconsejable llevar a cabo las pruebas de alergia hasta después de que diera a luz.

¿Un bebé? Zarif estaba atónito. Miraba el vientre plano de Ella y se imaginó a su hijo creciendo ahí dentro; en ese momento deseó tanto acariciarla que tuvo que cerrar los puños para contenerse. Ella se había quedado en estado. ¿Lo habría planeado? No existía una vía más segura de asegurarse su estatus de esposa que dándole un hijo.

–Dijiste que no había riesgo –le recordó con voz crispada en cuanto se quedaron solos.

Ella se quedó mirando fijamente el dosel de la cama invadida por una sensación de culpabilidad ante ese recordatorio que lo decía todo: se sentía engañado. Se sentía atrapado por una situación que habría evitado de haber sabido que era posible.

–De verdad que pensé que no había riesgo. Cuando empecé a tomar la píldora, no fue como método anticonceptivo y probablemente no presté mucha atención a las advertencias que venían en el prospecto. Aquel primer día… que estuvimos juntos… di por hecho que sería seguro porque llevaba un par de años tomándola y se leen muchas cosas sobre lo mucho que puede tardar una mujer en quedarse embarazada. Quiero decir, no pensaba que fuera a ser tan fácil.

–Pues está claro que eres muy fértil –señaló Zarif.

–¡No pude evitar ponerme mala la noche antes de que estuviéramos juntos! –contestó sintiendo que tenía que defenderse–. No se me ocurrió que por eso dejara de estar protegida. Estaba convencida de que te decía la verdad cuando te dije que no había riesgo.

–¿De verdad? –le preguntó en un tono que nunca antes había empleado con ella, un tono de duda y desconfianza–. ¿O se te ocurrió que este sería el único modo de asegurarte de que no me divorciara de ti y de poder seguir aquí cuando pasara un año?

Ella le lanzó una mirada horrorizada, impactada de que pudiera creerla capaz de un comportamiento tan manipulador.

–Eso que me has dicho es asqueroso. ¿Cómo puedes pensarlo?

–Está claro que desconfío… sobre todo después de que anoche te abalanzaras sobre mí. Supuestamente no sabías que estabas embarazada y hacía tiempo que no teníamos relaciones. Está claro que tenías que asegurarte de que las tuviéramos para tener la esperanza de quedarte embarazada.

–¡No me abalancé sobre ti! –gritó incorporándose en la cama con furia.

Zarif sabía que estaba llegando a un punto de no retorno, pero no podía controlar ese estado en el que estaba siendo dominado por el rencor, la incredulidad y la desconfianza. Justo en ese momento le era demasiado doloroso pensar en el bebé que estaba en camino y en la ironía de que se hubiera quedado embarazada tan fácilmente. Lo único en lo que se permitía pensar era en que, una vez más, lo estaban forzando a seguir un camino que él no había elegido libremente. Había muy pocas cosas en la vida que podía elegir por sí mismo, aunque esta vez al menos había tenido la libertad de elegir a su esposa. Y ahora ese pequeño capricho que se había dado se había convertido en una cadena perpetua.

Se marchó furioso dejando una estela de terrible silencio. Lentamente y con cuidado, Ella se levantó solo una vez estuvo segura de que habían pasado los mareos. Se sentó a la mesa de desayuno y le dio un sorbo al té especial de jengibre que el doctor le había dicho que pediría en las cocinas. Suponía que debía empezar a pensar en muchas cosas que no había pensado hasta el momento. Es más, a partir de ahora cada una de sus acciones tendría que ajustarse a lo que fuera mejor para el bebé. Un bebé, pensó posando una mano sobre su plano abdomen con satisfacción. El bebé de Zarif. Aunque, ¿cómo podía querer al bebé de un hombre al que odiaba?

Bueno, hablar de «odio» era exagerar un poco a la hora de describir sus sentimientos, admitió. La situación se había descontrolado y Zarif era un hombre al que le gustaba tenerlo todo bajo control, planearlo todo. Tener un hijo con una mujer poco apropiada era un resultado totalmente inesperado y no había reaccionado bien. ¿Es que se había esperado, acaso, que lo hiciera? Probablemente por el hecho de ser hombre las imágenes positivas y cálidas de un tierno bebé no estaban ocupando ya todos sus pensamientos.

Capítulo 10

Zarif compartió la noticia con Halim, que se mostró exultante de alegría y aclamó a Ella como la mujer más maravillosa del mundo.

–¡Tan pronto y ya es una futura madre! –no dejaba de decir mientras le daba palmaditas en el brazo a su sobrino–. Habrá un regalo en camino para expresar mi gran alegría y gratitud.

–Podría ser una niña –señaló Zarif desconcertado por la efusividad de su tío y, de pronto, consciente con gran pesar de que él debería haber reaccionado de forma similar.

–Pues el siguiente será niño –Halim no permitiría que nadie le aguara un momento tan especial–. ¿Estás contento, hijo mío? ¿O todo esto te trae malos recuerdos?

–Un poco las dos cosas –admitió con sinceridad–. ¿Me disculpas si vuelvo ahora con Ella?

–Este es un nuevo comienzo para ti y para nuestra familia –le dijo el hombre con voz suave–. No permitas que la tristeza del pasado ensombrezca el presente.

Pero el pasado había convertido a Zarif en quien era, perfilándolo conforme al deber y el honor y haciéndolo un duro juez de su propio comportamiento. Pero, ahora, sin la más mínima advertencia, era de pronto consciente de las muchas cosas que no le había dicho a Ella. Entre el susurro de su túnica al moverse con sus largos y poderosos pasos, se apresuró hacia las dependencias que compartía con su esposa.

Cuando entró en el salón, Ella le dirigió una mirada de indiferencia.

–Ah, eres tú –dijo con cierto tono de desagrado.

–He dicho algunas cosas que no debería haber dicho –anunció.

–¿Y acaso eso es una novedad? –preguntó Ella mordazmente observando sus largos y hermosos dedos flexionados sobre el respaldo de la silla–. Al parecer crees que soy calculadora y una mercenaria y que quiero vivir como una reina y malgastar tu dinero.

–Pero en lugar de eso eres la pesadilla de los comerciantes de Qurzah porque miras mucho, pero nunca compras. Sé que no te importan las cosas materiales –le dijo con voz crispada–, pero desde este momento en adelante somos marido y mujer con todo lo que eso conlleva y es algo permanente.

Ella miró fijamente la jarra de chocolate caliente cuyo aroma le había revuelto el estómago como si estuviera en la cubierta de un barco en mitad de una tormenta.

–¿Permanente? –preguntó con tono estridente–. No, gracias. Aún quiero el divorcio que me prometiste.

Zarif se la quedó mirando con absoluta incredulidad.

–No podemos divorciarnos ahora… estás embarazada.

–Y a ti no te hace mucha gracia –le contestó secamente–, así que, por favor, no pienses ni por un momento que pretendo arruinar nuestras vidas y la de nuestro hijo al quedarme contigo para siempre. Dadas las circunstancias, un «para siempre» me suena a pena de muerte.

Zarif se puso muy recto.

–Aunque tenga que encerrarte y tirar la llave, tienes que entender algo ahora mismo –la advirtió duramente–. No perderé otro hijo.

Abandonando la autocompasión y el sarcasmo ante esa sentida confesión, Ella se levantó de la silla con gesto atribulado.

–¿Zarif?

–Mi hijo murió sin que apenas lo conociera –dijo con voz temblorosa e impactándola con el dolor que no intentaba ocultar en sus oscuros rasgos marcados por la tristeza y el pesar que nunca antes le había permitido ver.

–Lo tuve en brazos solo una vez cuando nació. Después lo alejaron de mí porque los hombres no podían entrar en la habitación de los bebés. No se veía apropiado ni normal que me interesara por él cuando era solo un bebé. Me dijeron que podría conocerlo mejor más adelante, cuando creciera… pero eso no llegó a pasar y nunca llegó a crecer…

A Ella se le partió el corazón en dos y se le llenaron los ojos de lágrimas. En ese momento estaba sufriendo tanto por él que cruzó la habitación para abrazarlo en un esfuerzo desesperado por reconfortarlo.

–Lo siento mucho, Zarif –dijo con voz entrecortada.

–Por eso no permitiré que me abandones ni que te lleves a mi hijo. Ya sea niña o niño, me da igual. Estaré aquí para ese bebé en todas las etapas de su vida –terminó diciendo con la voz temblorosa.

–Entiendo perfectamente cómo te sientes –susurró; sinceramente lo entendía. Había perdido a su bebé y que ella ahora hablara de divorcio lo había hecho sentirse amenazado, ya que, si llegara a llevarse al niño a Inglaterra, lo vería muy poco. Su preocupación y su miedo eran totalmente comprensibles.

–Pues entonces entiende que no te dejaré marchar –le repitió tenazmente–. Permaneceremos casados y, si es necesario, trabajaremos a fondo para que nuestro matrimonio funcione.

Ella palideció preguntándose si de verdad él sentía que tendría que esforzarse tanto para poder seguir casado con ella. ¿Estaría deseando constantemente que fuera Azel? ¿Deseando que fuera una mujer de su cultura? ¿Deseando poder descansar de ella? ¿Deseando ocasionalmente variar un poco llevándose a otra mujer a su cama?

¿Exactamente cómo se debía sentir obteniendo el estatus de esposa para siempre simplemente por el hecho de dar a luz a su bebé? Creía que el peso de no sentirse querida terminaría aplastando sus ganas de vivir. Quería que Zarif la deseara. Siempre lo había querido. Pensó en su torpe intento de seducción de la noche anterior cuando se había sentido emocionada por su respuesta, y le ardió la cara. Sin embargo, desgraciadamente Zarif no estaba diciendo nada que ella quisiera oír y nunca lo haría, ¿verdad?

No había querido ni planeado tener un hijo con ella. No la había elegido como madre. La había elegido para compartir su cama, para ofrecerle entretenimiento y satisfacción sexual dentro del respetable disfraz del matrimonio, pero nunca había querido un matrimonio de verdad. ¿Y por qué le dolía tanto? ¿Por qué se sentía tan desesperada?

Porque quería más de él, siempre había querido más desde el instante en que lo había mirado a la tierna edad de diecisiete años y se había enamorado perdidamente por primera y única vez en su vida. Y ahora lo estaba mirando de nuevo, con mucha más madurez y teniendo que admitir de pronto que seguía enamorada de Zarif al-

Rastani con toda su alma y todo su corazón. Ningún otro hombre había alborotado su cabeza y su cuerpo como él lo hacía, ningún otro hombre podía hacerle daño tan fácilmente. El orgullo le había hecho decirse que lo había superado, pero había estado mintiéndose todo el tiempo. El amor no correspondido podía tener un poder de permanencia tremendo.

–Lo que no entiendo –admitió Ella– es que hace tres años quisieras casarte conmigo y que ahora estés comportándote como si te hubiera cazado una pelandrusca cualquiera! ¿Qué ha cambiado?

–¡Me dijiste «no»! –bramó Zarif como un oso pardo.

Una gran tormenta de fieras emociones engulló a Ella, que estaba harta de su incapacidad para dar con las respuestas obvias.

–Por supuesto que dije que no. Estaba perdidamente enamorada de ti y tú me dijiste que seguías enamorado de Azel y que era irreemplazable…

Zarif estrechó sus brillantes ojos oscuros al mirarla con evidente perplejidad.

–Estoy seguro de que no dije eso.

–Sí que lo dijiste. Dijiste que siempre estaría en tu corazón. ¡Solo una loca podría haberse casado contigo después de que le dijeras eso!

–Has dicho que estabas locamente enamorada de mí… –repitió él entrecortadamente.

–¡Hace tres años… antes de espabilar y darme cuenta de que eras una causa perdida y de que era mejor olvidarte! –le contestó con las mejillas encendidas y tono mordaz al pasar por delante de él.

Zarif se quedó helado en mitad de la habitación intentando recordar haber dicho todo eso. ¿Acaso su conciencia lo había obligado a decir todo aquello? ¿De verdad había podido ser tan zafio aquel día? ¿Era posible que Ella lo hubiera amado entonces? Un brillo dorado destelló en su distraída mirada mientras reflexionaba sobre la idea. *Inshallah*, lo habían bendecido con el don de otro hijo y la excusa perfecta para mantener a su lado a la mujer de sus sueños. ¿De verdad necesitaba esa excusa? ¿Por qué se había angustiado? ¿Y por qué la había apartado de su lado?

Hasta su tío lo había animado a seguir adelante y empezar de nuevo. Pero él no había seguido adelante. Había dejado que su

culpabilidad y su pesar por el pasado lo alejaran de un presente infinitamente más prometedor. Era hora de decirle la verdad por mucho que eso pudiera hacer cambiar la opinión que Ella tenía de él de un modo que lo aterraba. Tragando con dificultad, fue a su despacho. Tener orgullo estaba muy bien, pero su matrimonio corría peligro y no se encontraba en posición de andarse guardando secretos.

Capítulo 11

Ella estaba tan furiosa y tan dolida que quería gritarlo a los cuatro vientos. Zarif quería al bebé, pero no a ella.

Solo la aceptaría como esposa porque era la madre del bebé y seguiría viendo a Azel como la compañera perfecta incluso mientras ella yacía en su cama y daba a luz a su hijo. No era justo, no lo era, pensó con un profundo rencor a pesar de saber que la vida solía ser injusta. No podía vivir así con Zarif ni siquiera por el bien de su futuro hijo. Un matrimonio así no podía ser feliz y su hijo saldría perjudicado por los conflictos entre ellos. Tenían que divorciarse. Tendría que encontrar el modo de convencerlo de que un divorcio que le concediera acceso total a la vida de su hijo era la mejor solución para ellos.

Por supuesto, también podía hacer algo escandaloso poniéndole así a Zarif las cosas mucho más fáciles para acceder a un divorcio, pensó mientras descendía por las escaleras en busca de aire fresco. Estaba desesperada por escapar del palacio y dejar atrás la tensión de su discusión con Zarif. Lo que estaba haciendo era huir y lo sabía, pero no podía enfrentarse de nuevo a él, y menos después de haberle expuesto sus sentimientos. ¿Por qué le había dicho que se había enamorado perdidamente de él tres años antes? ¿Qué se había esperado conseguir admitiéndolo? Ahora se sentía humillada, pero sabía que ella solita se lo había buscado.

Devorada por el calor en una zona no provista de ventiladores, anheló algo de brisa y pensó con nostalgia en aquella ocasión en la que su padre las había llevado a su madre y a ella a dar una vuelta en un deportivo descapotable. Sin duda, si quería escandalizar al pueblo, podía subirse a un coche y darse una vuelta ahora mismo, pensó de pronto recordando el garaje lleno de coches que había visto la semana anterior cuando estaba explorando el palacio. A pesar de no soler conducir, Zarif tenía una colección de vehículos formidable. Con la barbilla bien alta en actitud desafiante, Ella cruzó el patio en dirección al garaje.

Tardó un momento en indicarles a los dos hombres ocupados en abrillantar uno qué coche quería que le sacaran y, por supuesto, no cuestionaron su orden: era la reina y, sin duda, habían dado por hecho que Zarif o algún otro hombre conduciría por ella.

Al cabo de unos minutos, el Ferrari rojo estaba aparcado en el patio delantero resplandeciendo bajo la ardiente luz del sol. Ella respiró hondo y se sentó detrás del volante. Era un coche muy potente. Mientras conducía hacia los portones lo hizo despacio para ir familiarizándose con el volante y los mandos. Bajo ningún concepto llegaría al centro de la ciudad, se dijo encogiéndose ante la idea de todo ese tráfico, pero sin duda podía darse una vuelta por la autopista del desierto que bordeaba los muros de la vieja ciudad.

Los guardias de la puerta no disimularon su impacto al verla sentada tras el volante, conduciendo y sin un equipo de guardaespaldas detrás. Sin embargo, estaban enseñados para obedecer y abrieron los portones, aunque ella no tuvo la más mínima duda de que, en cuanto saliera por ellos, telefonearían para informar a los mandamases de que había salido de palacio y estaba quebrantando la ley al conducir. Solo había avanzado unos metros cuando vio por el retrovisor dos vehículos del ejército siguiéndola. Pisó el acelerador a fondo.

–¡Su mujer acaba de salir conduciendo en su Ferrari! –lo informó Hamid jadeando y colorado por la velocidad con la que había subido las escaleras para darle la noticia.

Un frío sudor lo empapó al imaginarla tras el volante de un coche tan potente. Cerró los ojos y rezó por un segundo evitando las imágenes posteriores al fatal accidente de Azel, los restos esparcidos por la carretera y la imagen de la diminuta chaqueta de su hijo cubierta de arena junto al arcén.

–Debo ir tras ella.

–He mandado al ejército.

Zarif se giró con incredulidad.

–¿Estás loco? ¡No quiero que nadie la persiga ni la asuste! –exclamó horrorizado–. Diles que no se acerquen y que no intenten detenerla porque no quiero que acelere para escapar de ellos.

Hamid ya estaba al teléfono disculpándose con fervor y mirando

con pesar a su rey, que había salido corriendo hacia las escaleras en dirección al medio de transporte más rápido que tenía.

Ella se quedó aliviada de que la escolta del ejército se mantuviera bien detrás. Dos coches cargados de adolescentes, sin embargo, rebasaron al Ferrari. La saludaron y tocaron el claxon, asomaron la cabeza por los techos solares para sacarle unas fotos y, aunque estaba conduciendo despacio deliberadamente por precaución, la ofendió que estuvieran adelantando al potente coche de Zarif.

En la primera vuelta alrededor de los muros de la ciudad vio un coche de policía aparcado en la entrada de la vieja ciudad con las luces encendidas y fue entonces cuando dos coches más se situaron tras ella. Miró por el retrovisor y sonrió al ver que el que tenía más cerca llevaba a una mujer al volante. Sin previo aviso, el coche de policía apareció también tras ella y moviéndose a toda velocidad para adelantarla. Ella estaba a punto de salirse de la carretera sintiendo que ya era suficiente cuando el coche de policía se situó delante haciendo que aminorara la marcha.

Hamid iba hablando por teléfono con Zarif, que estaba montando en su jet.

–Las mujeres están saliendo de las tiendas y de las oficinas y poniéndose al volante por toda la ciudad para seguir al coche de la reina. Se está convirtiendo en una especie de manifestación masiva por la autopista del desierto y la Policía y el Ejército dicen que hay peligro de desorden público y quieren arrestar a todo el mundo implicado.

–¡No se va a detener ni arrestar a ninguna mujer! –decretó Zarif–. Si intervienen, solo aumentarán el riesgo de accidentes.

–Mi mujer también ha sacado el coche –le confesó Hamid con tono suave.

–Estamos casados con mujeres con agallas, Hamid. Tienen un lado bueno y otro malo, ¿o más bien debería llamarlo lado excitante? –suspiró intentando encontrar el mejor modo de sacar a Ella sana y salva de la carretera.

No podía llamarla. No se arriesgaría a hacerlo. Azel estaba

hablando por teléfono cuando tuvo el accidente.

El ruido de cientos de cláxones hizo que Ella mirara por el retrovisor y a punto estuvo de pegar un brinco en el asiento al ver toda una procesión de coches siguiéndola. Por arriba podía oír más de un helicóptero sobrevolando. Tragó saliva con dificultad y siguió conduciendo detrás del coche de policía pensando que ya era hora de volver al palacio. Había dejado bien claras sus intenciones, pero no había pretendido generar ningún caos ni implicar a más mujeres en su protesta.

Era una estúpida ley sexista que había que cambiar, pero no quería meter a nadie en problemas. Con incredulidad vio una camioneta equipada con una gran cámara de vídeo en la parte trasera adelantando al coche de policía para grabar el desfile de vehículos. Fue una maniobra muy peligrosa que convenció a Ella de que había llegado la hora de claudicar y retirarse.

Se salió de la carretera y paró sobre la arena del desierto. Su escolta del ejército la siguió. Antes de poder bajar del Ferrari, un grupo de soldados rodeó el vehículo y pudo escuchar el ensordecedor ruido de un helicóptero aterrizando cerca. Los cláxones seguían sonando. Apenas un minuto después, el círculo de soldados se abrió y Zarif fue hacia ella con elegancia, pero tenso.

La inquietud la invadió, aunque lo hecho, hecho estaba. Era una ley sin sentido y se había burlado de ella, pero no se había dado cuenta de que con ella había animado a otras mujeres a manifestarse también. Se sentía culpable. No había querido dar esa clase de lección y, aunque había sabido que su protesta avergonzaría a Zarif, de pronto no se sentía orgullosa de lo que había logrado. Es más, todo el alboroto que se había organizado y el despliegue de recursos que había provocado su simple paseo de pronto la hizo sentirse avergonzada.

–Zarif… –comenzó a decir vacilante.

Sin decir ni una palabra él se agachó, la tomó en sus fuertes brazos y la llevó hacia el helicóptero. La sentó en el asiento del copiloto y le abrochó el cinturón de seguridad en silencio y con movimientos decididos.

–Estás muy enfadado conmigo –dijo con voz temblorosa.

–No, estaba más asustado por tu seguridad, dado el estado en que te habías ido –la contradijo–. No he podido evitar

preocuparme… Azel y mi hijo murieron en este tramo de la carretera.

Ella palideció.

–Lo siento muchísimo… no estaba pensando.

Él apretó su fuerte mandíbula.

–Acababa de aprender a conducir. Le dije que necesitaba más práctica antes de salir a la carretera, pero estaba decidida a ir a buscarme al aeropuerto. Iba hablando por teléfono, debió de distraerse con algo… posiblemente con el bebé. Jamás lo sabremos. Se chocó contra un camión. Y ya que fue una tragedia que se podía haber evitado, Halim redactó una ley injusta y prohibitiva impidiendo que las mujeres condujeran. Fue la única ley que impuso en todos sus años como regente y, viendo lo que les sucedió a su hija y a su nieto, nadie tuvo el valor de negarse –dijo con tono apesadumbrado y hablándole junto a la puerta del helicóptero–. Pero yo debería haber tenido la fuerza de oponerme. Cuando he visto a todas esas mujeres conduciendo detrás de ti, mostrándote su solidaridad tan decididamente, me he dado cuenta del resentimiento que ha creado esa ley. Independientemente de lo que opine Halim, la ley será revocada de los estatutos en cuanto sea posible. Los taxistas se van a enfurecer, pero siempre tiene que haber alguien que salga perdiendo.

Tras cerrarle la puerta, Zarif bordeó el morro de la nave y subió al asiento del piloto.

–¿Nos llevas tú? –preguntó ella, sorprendida.

–Llevo años volando –le respondió Zarif.

–No lo sabía –contestó mientras él tocaba los mandos y hablaba por la radio–. Cambiar la ley es lo correcto –añadió cuando las hélices comenzaron a girar–, pero no ha sido justo por mi parte haber hecho algo así en público para avergonzarte.

–No me he sentido avergonzado, sino orgulloso de que hayas defendido de ese modo algo por lo que crees –admitió mirándola de soslayo–. ¿Por qué te has salido de la carretera y has parado?

–Cuando esa camioneta con la cámara se ha puesto delante, me he dado cuenta de que la cosa se estaba volviendo peligrosa y no quería que nadie saliera herido. ¿Cómo ha podido enterarse la gente tan rápidamente de lo que estaba haciendo?

–En cuanto has salido del palacio todo se ha filtrado por

Facebook y Twitter. Ahora eres una heroína. ¿Por qué lo has hecho? –le preguntó bruscamente una vez estaban en el aire.

–Creí que así te divorciarías de mí y que sería lo mejor.

–¡Jamás! –le contestó sucintamente y esa fue la última palabra que le dirigió en un buen rato.

Aterrizaron en el desierto, el desierto de verdad, que ella solo había visto en fotos; un lugar de ondeantes dunas doradas y grises lechos rocosos cubierto por una bóveda de increíble calor.

–¿Dónde estamos? –le preguntó mientras Zarif la bajaba del helicóptero.

–En la Central de la Luna de Miel –contestó Zarif metiéndose bajo el brazo un libro.

–¿Cómo dices? –desconcertada, contempló la enorme fortaleza gris con torrecillas y empinados muros construida sobre la pedregosa colina que se extendía frente a ellos.

–La Vieja Fortaleza, primero usada como cabaña de caza y más tarde como la casa vacacional de mis padres. Era un lugar especial para ellos. Por carretera es una ruta muy larga así que nuestro equipaje llegará esta noche.

–¿Vamos a quedarnos aquí? –preguntó atónita y preocupada de que fuera el primer paso de su amenaza de encerrarla y arrojar la llave. ¿De verdad la abandonaría en ese lugar remoto?

–Sí, hasta que arreglemos todas nuestras diferencias. Aquí se está muy tranquilo y no hay distracciones –señaló con tono suave situándose tras ella para que fuera la primera en subir las escaleras talladas en la roca–. Tú primero y tómate tu tiempo porque es una subida larga. No tenemos prisa.

Estaba tan agotada que él tuvo que subirla en brazos el último tramo. Cuando llegaron al final, se vio en un precioso patio adoquinado adornado con urnas llenas de coloridas flores bajo los arcos. Un viejo jardinero estaba regando las plantas y saludó a Zarif con una sonrisa desdentada y una reverencia.

Las robustas puertas de madera de la entrada se abrían hacia un maravilloso y fresco pasillo de baldosas azules y blancas.

–Esto es precioso y nada de lo que me esperaba, viendo la parte exterior –le confió Ella.

–Mi abuela lo reformó aunque me temo que ya está un poco anticuado –la advirtió instándola a pasar al elegante salón

amueblado con un estilo muy inglés. A pesar de que las cortinas, los cuadros y el papel pintado parecían descoloridos, la sala conservaba una encantadora atmósfera.

–Nunca me has contado cómo se conocieron tus abuelos –comentó apoyándose en una ventana para recuperar el aliento.

–Mi abuela y su padre fueron contratados como conservadores de la biblioteca del viejo palacio donde almacenábamos muchos de nuestros documentos más antiguos y valiosos. Ahora están en el nuevo palacio en una sala con temperatura controlada. En el caso de mi abuelo, Karim, fue amor a primera vista. Ella se llamaba Violet, pero se negaba a tener nada con él porque tenía un harén lleno de concubinas.

–¡Madre mía, ni siquiera yo tuve una excusa tan buena como esa para rechazarte! –no pudo resistir decir.

–Él se ofreció a reducir el harén a la mitad.

–¡Vaya! –exclamó con ironía.

–Después les concedió dotes a todas sus concubinas y les buscó maridos pensando que así Violet por fin accedería a ser suya.

–¿Y no fue así?

–No, quería que le asegurara que ella sería su única esposa porque el Corán permite cuatro. El consejo se negó a que se comprometiera de ese modo sin tener pruebas de que Violet pudiera darle hijos, pero Karim se rebeló y se casó con ella.

–¿Y fueron felices?

–Mucho, y ese fue el ejemplo con el que crecí yo. Un matrimonio feliz llevado al estilo occidental. Violet era una temeraria. Saltaba de aviones, participaba en carreras de camellos y hacía submarinismo. Hoy habría conducido ese coche como lo has hecho tú y se habría detenido por la misma razón –su rostro se ensombreció–. Y aun así, Karim y ella, con la relación de amor que habían tenido, me buscaron un matrimonio concertado cuando era un adolescente para unir a las dos facciones de Vashir. Había que tener en cuenta a los que preferían el conservadurismo de Halim antes que correr el riesgo de que reinara un joven, que además era hijo de una princesa ausente y de un playboy italiano.

Ella temía decir algo que pudiera resultar ofensivo, pero por fin estaba empezando a sospechar que el matrimonio de Zarif no había sido tan idílico como él le había hecho creer.

–Pero tu matrimonio funcionó, ¿no?

–Más o menos –admitió–, aunque distaba mucho de ser un matrimonio ideal.

–Pero la amabas –le recordó con firmeza al no querer que él ahora intentara negar esa verdad en un intento de aplacar sus celos.

–No del mismo modo que Azel quería que la amase. La quería como amiga de la infancia, como prima –su expresiva boca se arrugó y alzó las manos en un repentino gesto de frustración–. ¿Cómo puedo contarte la verdad sin traicionar su memoria? –se dio la vuelta antes de continuar–: Para mí, era más como una hermana que como una esposa porque pasamos demasiados años creciendo juntos en la casa de su padre. No había química, nada romántico. No quería casarme con ella, pero cumplí con mi deber lo mejor que pude.

Ella se quedó tan impactada con esa confesión que se lo quedó mirando con incredulidad.

–Creía que la adorabas…

–Era mi mejor amiga y me apoyó mucho –se apresuró a asegurarle–, pero no podía corresponder los sentimientos tan idealizados que tenía por mí y eso me hacía sentir muy culpable. Me sentía como si ella estuviera dando constantemente y yo solo recibiendo.

–Pero si te aportaba mucho fue porque así lo eligió. Y, si te amaba, imagino que debía de sentirse satisfecha.

–Lo estaba, pero yo no era feliz con ella –confesó con reticencia–. Lo oculté lo mejor que pude. Habría hecho lo que fuera con tal de no hacerle daño, pero siempre fui consciente de que en nuestro matrimonio había un vacío, y la única cosa que podíamos haber compartido… nuestro hijo… fue algo que ella prefirió quedarse para sí.

–Pero, entonces, si no eras feliz con ella, ¿por qué hace tres años insististe en dejarme claro lo mucho que la amabas?

–Échale la culpa de esa tontería a mi conciencia. Me quedé verdaderamente hundido cuando murió y esa fue la razón principal por la que me marché de Vashir para estudiar fuera. Necesitaba un cambio de aires y la oportunidad de tener la cabeza ocupada, pero eso no fue lo que terminé encontrando allí.

–Creo que no quiero hablar más del pasado –admitió Ella con

pesar–. Creo que nuestros problemas son más cosa del presente.

–Debería haberte dicho lo feliz que estoy por el bebé –le respondió de inmediato y mirándola con extraordinaria intensidad–. Sí, ha sido un impacto, pero quiero a nuestro hijo.

Ella suspiró.

–Eso nunca lo he dudado, Zarif.

–Pero sí que has dudado que te quiera mantener como esposa. Y eso que siempre te he deseado, *habibti* –se sacó del brazo el objeto que ella había interpretado como un libro y lo dejó sobre la mesita de café, donde quedó claro que era un álbum de fotos–. Me da vergüenza enseñarte esto, pero espero que revelarte uno de mis grandes secretos te convenza de que te estoy diciendo la verdad.

Ella frunció el ceño.

–¿Qué secreto?

Zarif se agachó y abrió el álbum por una página al azar; al instante Ella vio que tenía ante sí una foto de ella más joven, vestida con vaqueros y un jersey y caminando por la calle junto a Cathy.

–¿Quién y cuándo sacó esta foto? –preguntó atónita.

–Pagué a alguien para que te hiciera una colección de fotos cuando tenías dieciocho años. Era mi… alijo secreto. No podía tenerte porque eras demasiado joven para mí, pero necesitaba algo y las fotos eran lo único en lo que encontré consuelo. La primera vez que te vi fue el primer fin de semana que Jason me llevó a tu casa con él. Tenías diecisiete años y estabas en el jardín con tu madre. Llevabas unos pantalones cortos y una camiseta rosa y te estabas riendo a carcajadas y me pareciste la chica más bella que había visto en mi vida. Desde ese momento me quedé obsesionado contigo…

Ella estaba asombrada con el discurso.

–No te creo –le dijo secamente a pesar de recordar aquel primer encuentro. Por mucho que él dijera que le había parecido preciosa, ella no guardaba el mismo recuerdo. La había horrorizado que un hombre guapísimo la estuviera viendo con unos pantalones cortos que dejaban ver demasiado sus regordetes muslos y su trasero. Agarró el álbum y pasó las hojas viendo fotos y más fotos que le habían tomado sin que fuera consciente. No se lo podía creer, estaba impactada.

–Admitámoslo, me comporté como un acosador –dijo Zarif con expresión y tono sombrío– y no tengo ninguna excusa.

–¡Pero si nunca mostraste el más mínimo interés por mí! –le recordó.

–No podía. Aún estabas en el instituto cuando nos conocimos y tenía que esperar a que crecieras y conformarme con verte de vez en cuando. Era una obsesión que no se disipaba. No quería a ninguna otra mujer. Te esperé.

Ella lo miró con los ojos como platos.

–¿Esperaste cuatro años? ¿Estabas loco? ¡Yo también te deseaba! ¡Con que tuviera dieciocho años habría bastado!

–No. Quería una mujer, no una niña, y por eso esperé. No quería aprovecharme de tu inexperiencia. No quería que me veneraras, no quería conquistarte con mi dinero. Solo te quería a ti –dijo con sentimiento–. Pero lo que no supe entonces, porque era algo que nunca había sentido, era que no solo estaba atraído por ti, sino que te amaba.

–¡Oh, por favor, no me digas eso ahora, tres años demasiado tarde! –le reprochó angustiada–. Me partirá el corazón pensar que me amabas cuando te rechacé porque yo también te amaba.

–Pero fue culpa mía, lo estropeé todo. E incluso después de esta segunda oportunidad lo he vuelto a estropear tanto que no sabía cómo convencerte de la duración y la intensidad de mis sentimientos por ti sin mostrarte este vergonzoso álbum de fotos robadas. ¡Me sentía tan culpable por no poder amar a Azel! ¿Cómo iba a admitir que a dos años de su muerte podía mirar a una chica de diecisiete años y enamorarme de ella?

–Me amabas y me mentiste, ¡idiota! –le gritó con tono trágico la mujer de sus sueños.

–Sí, *habibti*… En temas amorosos soy pésimo –admitió porque eso le dio la oportunidad de tomarla en sus brazos y abrazarla con fuerza–. Pero te amo. Te amo tanto que no creo que ahora pueda vivir sin ti.

–Pero si dijiste…

–No, no me lo recuerdes. Aquel día los dos dijimos muchas cosas, como cuando me dijiste que en Vashir tratamos a las mujeres como si fueran ciudadanas de segunda.

Ella enrojeció.

–Pero era por lo de la prohibición de conducir. No sabía cómo eran las cosas en realidad hasta que he vivido aquí. No pretendía insultarte. Solo buscaba excusas. No podía decirte la verdad y tú no parecías sentir nada por mí, te mostrabas tan frío, tan carente de emociones.

–Estaba hundido porque de verdad esperaba que aceptaras. Fui un arrogante. Pero tampoco sabía qué sentía por ti hasta saber lo del bebé y, entonces, de pronto, me he dado cuenta de que me alegraba de tener una excusa para mantenerte a mi lado.

–¿Una excusa?

–Y después me he preguntado por qué necesitaba una excusa para hacer lo que quería hacer, que es tenerte a mi lado para siempre –le dijo observando su hermoso rostro con una cálida mirada ámbar–. Y eso es lo que pretendo hacer si me dejas… mantenerte a mi lado para siempre.

–No me puedo creer me hayas querido todo este tiempo.

–Pues te enseñaré a creerlo, *habibti* –le juró Zarif mientras subía una estrecha escalera para llevarla a un dormitorio–. Pero, primero, ya que no debería haber más secretos entre nosotros, hay algo más de lo que debo hablar.

¿La amaba? ¿Se lo podía creer? Ahora sí que podía entender que se sintiera culpable por no haber podido amar a su primera esposa ni corresponderla. Ahora podía entender por qué no había podido admitirlo y por qué siempre le había resultado más sencillo atribuir al deseo sexual lo que había sentido por Ella.

–¿Soy la única persona a la que has amado?

–Sí, *habibti*.

–Pues es raro –dijo intentando mostrarse sensata mientras él la tendía sobre una cama con sábanas blancas–. Aunque tú también eres la única persona que he amado.

–Como habría dicho mi abuela, estamos hechos el uno para el otro, *habibti* –declaró con ternura–. Has vuelto a mi vida para salvarme de una vida llena de tristeza y soledad.

–No –lo corrigió Ella–. Volví a tu vida para pedirte un favor…

–Y yo fui un absoluto cretino –le contestó él suavemente besándole la mano en una muda disculpa por aquel encuentro en el hotel–. Estaba muy resentido por cuando me rechazaste hace tres años. Creía que me habías encandilado deliberadamente para que te

propusiera matrimonio y así pudieras alimentar tu ego rechazándome después.

Ella se quedó impactada.

–¡Pero yo eso no lo se lo haría a nadie!

–Estaba resentido –repitió–. Furioso, desesperadamente infeliz. Te deseaba, creía que ibas a convertirte en mi esposa y entonces, de pronto, ya no podía tenerte.

–Me habrías tenido sin duda si me hubieras dicho entonces que me querías. Está claro que no sabías que lo que sentías era amor porque, de lo contrario, no me habrías dicho aquello sobre Azel –dedujo con gesto reflexivo–. Pero tal vez después de tu primer matrimonio no estabas listo para un compromiso así y a lo mejor yo también era demasiado inmadura.

–Intento encontrar justificación al modo en que me comporté después de que me rechazaras –le confesó–. Durante un tiempo me desvié un poco del camino… sexo, alcohol…

Ella enarcó una ceja.

–¿Mujeres disolutas?

Mientras lo observaba, Zarif se ruborizó.

–Todas rubias y de ojos azules. Intentaba fantasear que eras tú. Mis hermanos pensaron que me venía bien vivir así durante un tiempo y que habría sido una estupidez haberme casado tan pronto y atarme.

–¿Y tú qué pensabas? –le preguntó dolida por lo que le estaba contando a pesar de que era algo que no le extrañaba después de las fotos que había visto de él en clubs y fiestas con glamurosas mujeres.

–Habría cambiado todas las fiestas por un solo día casado contigo. Todo era muy sórdido y me avergüenzo de ello, pero durante mucho tiempo te culpé a ti por haberme lanzado hacia ese camino al hacerme tanto daño –le costó tanto soltar esa confesión de vulnerabilidad que casi se atragantó con cada palabra.

Ella odiaba pensar que le había hecho daño, pero él también le había hecho daño a ella y eso era lo que sucedía cuando dos personas no se entendían ni entendían sus sentimientos. Lentamente, entrelazó los dedos con los suyos. Admiró el esfuerzo que él había hecho para dejar de lado su orgullo y hablarle así sobre todos sus errores y sobre cómo la había amado. Solo por ese

sacrificio, ahora lo quería aún más.

–A todos se nos da bien culpar a los demás de nuestros errores y al menos sé que ya has satisfecho toda la curiosidad que pudieras tener sobre ese estilo de vida. En cuanto a lo del piso de Dubái…

Zarif se tensó.

–Lo venderé. Jamás podría llevarte allí.

–Pues entonces borrón y cuenta nueva, no más recriminaciones, no más vergüenza ni rencores. Deja de fustigarte por tus errores. Es el pasado –remarcó con contundencia–. Juntos construiremos un maravilloso futuro para nuestro hijo.

–¿Un futuro en el que de vez en cuando vuelvas a abalanzarte sobre mí? –le susurró con picardía.

Ella lo empujó sobre el colchón.

–Por última vez, ¡yo no me abalancé sobre ti!

–Me encantó –admitió su marido sin timidez y lanzándole una sonrisa que iluminó sus oscuros rasgos y que hizo que a ella el corazón le diera un vuelco.

–¿Cuándo es tu cumpleaños?

–¡Aún faltan meses! –le respondió antes de robarle un apasionado beso de su carnosa boca.

Con la cabeza apoyada en una mano, Ella deslizó los dedos sobre un largo y poderoso muslo viendo cómo él se tensaba.

–Creo que yo tampoco podría esperar tanto. Te amo, Zarif, pero de ahora en adelante tendrás que decirme que me quieres al menos una vez al día.

Él se incorporó y se quitó la túnica y la camisa que llevaba debajo con un potente movimiento de impaciencia revelando un dorado y musculoso torso.

–Te amo, *habibti*.

Se sintió increíblemente poderosa cuando Zarif la miró con el corazón reflejado en sus preciosos ojos.

–Yo también te amo.

Ella se giró para mirarse en el espejo. Regalo de su suegra, Mariyah, el vestido de noche azul zafiro destilaba elegancia italiana.

–¡Es alucinante! –exclamó Cathy.

Ella se giró para sonreír a su amiga de la infancia.

–En este caso, el hábito sí hace al monje.

–No, son esas joyas de zafiro tan impresionantes, y no el vestido, las que más llaman la atención –bromeó Soraya–. Pero, incluso cuando vas en vaqueros, estás genial, Ella. Has recuperado muy bien tu figura.

Aunque le había supuesto un gran esfuerzo desprenderse de los kilos del embarazo, lo había logrado dos veces y ahora iba a tener que hacerlo de nuevo…pero eso seguía siendo un secreto.

–Aún no la he recuperado del todo –se lamentó.

Cinco años de matrimonio y dos hijos, pensó maravillada, porque el tiempo había pasado volando y parecía ir más deprisa a cada mes que pasaba. Halim había muerto hacía dieciocho meses y Zarif aún lo echaba mucho de menos. Su madre, Mariyah, los había ido visitando cada vez con más frecuencia, ya que le encantaba pasar tiempo con sus nietos.

En una ocasión había hablado sinceramente con Zarif y le había explicado por qué le había entregado a sus abuelos. Y la razón era que Mariyah había sabido que no tenía una figura paterna que ofrecerle a su hijo y había preferido a su propio padre antes que correr el riesgo de que el niño recibiera la influencia de Gaetano Ravelli. Se había tachado de egoísta por querer perseguir su carrera, la cual no habría podido tener en aquella época si hubiera vuelto a Vashir, pero había creído que sería más egoísta todavía privar a Zarif de su legado y de la oportunidad de convertirse en rey. Madre e hijo habían hecho las paces y, aunque tal vez nunca fueran a estar especialmente unidos, se estaban haciendo amigos y Zarif agradecía que estuvieran estrechando la relación.

Los padres de Ella y los hermanos de Zarif solían visitarlos con asiduidad. Zarif y ella habían visto a Jason en alguna ocasión, cuando habían viajado a Inglaterra, pero el contacto con él era mínimo. Dos años antes, Jason se había librado por muy poco de ir a la cárcel y lo habían puesto en libertad condicional después de verse implicado en una trama de un programa de ventas piramidal que iba contra la ley. Desde entonces, Jason había estado trabajando como empleado de ventas en una empresa nacional y Ella sospechaba que Zarif le había buscado el trabajo, bien por lástima o porque lamentaba la angustia y la preocupación que Jason

les generaba a sus padres. Últimamente, sin embargo, su hermano no había dado motivos de preocupación y Ella estaba empezando a atreverse a creer que había aprendido la lección y que estaba listo para darle un vuelco positivo a su vida.

En cuanto a ella, seguía absolutamente feliz en su matrimonio. Cuando querían pasar una temporada a solas, se marchaban unos días a la Vieja Fortaleza, y ahora iban a celebrar su quinto aniversario celebrando una gran fiesta en el viejo palacio a la que asistirían toda su familia y sus amigos.

Cathy ahora era madre también de un bebé y regentaba la librería con su marido, ya que Ella le había cedido su parte del negocio. Soraya había tenido gemelas el año anterior y apenas tenía un momento de descanso en su ajetreada vida profesional. Se habían hecho íntimas amigas mientras trabajaban juntas en la inauguración del museo real y, aunque las exposiciones mostraban el ascenso de la dinastía al-Rastani, se habían centrado básicamente en la historia y la civilización de Vashir, lugar que Ella había llegado a amar tanto como amaba a su marido. Aunque tampoco creía que pudiera amar a nada ni a nadie tanto como amaba a su esposo y a sus hijos.

Se oyó un distante estruendo proveniente del patio.

–Tu marido ha llegado a casa –señaló Soraya con una sonrisa.

Por las puertas del balcón abiertas Ella pudo oír a Zarif regañando a sus hijos, Hatim y Murad. Hatim era un niño inquieto y atrevido y su hermano pequeño, dieciocho meses menor, solía seguirlo en todas sus travesuras.

–Un poco de disciplina militar mantiene a los niños a raya –dijo Ella.

Oyó las pisadas de Zarif por las escaleras y se le iluminó el rostro al mirar hacia la puerta.

–Aquí todos los días esto parece *Romeo y Julieta* –murmuró Cathy al captar esa mirada.

Zarif entró y dejó en el suelo a los dos niños que estaban enganchados a él. Estaba claro que en esa ocasión la disciplina militar no había sido demasiado estricta.

–Estaban gastándoles bromas a los guardias otra vez jugando al escondite, y es muy peligroso –dijo su padre con tono severo–. Pero se han disculpado y ahora se van a sus habitaciones.

–Oh, pero… vale, de acuerdo –Ella contuvo lo que había estado a punto de decir sobre lo nerviosos que estaban los niños esperando a que llegaran todos sus primos. Había aprendido por las malas que esos dos críos eran unos bichos y que no ayudaba en nada adorar y consentir a los principitos.

–¿Mamá? –dijo Hatim con tono suplicante, que era como un Zarif en miniatura, con sus mismos ojos y una sonrisa radiante.

–Haz lo que dice tu padre –le respondió con frialdad sabiendo que Hatim debía aprender a controlarse y a cumplir las normas de seguridad por muy pequeño que fuera. Si quería seguir los pasos de su padre, tenía que aprender a afrontar las consecuencias de sus actos.

Murad se limitó a echarse a llorar y ella pudo ver que hasta Zarif tuvo que contenerse para no acercarse y consolar al encantador niño. Pero fue Hatim el que se agachó, agarró a su hermano de la mano, le dio una palmadita en la espalda y se lo llevó haciendo que Ella se sintiera orgullosa.

–Bajaremos a ver cómo van los preparativos de la cena –le sugirió Soraya a Cathy con tacto y, con una educada reverencia a Zarif, las dos mujeres dejaron solos a la pareja real.

–Gracias por no interceder. He visto que Murad ha estado a punto de ablandarte –le dijo Zarif a su mujer con un brillo de adoración en su dorada mirada mientras cerraba la puerta del dormitorio–. Necesitan media hora para pensar en lo que han hecho y calmarse. Mis hermanos y sus familias acaban de aterrizar. Por cierto, ¿es demasiado tarde para decirte que estás impresionante?

Ella esbozó una amplia sonrisa.

–No.

–Estás impresionante, pero hay que quitarte ese vestido –le dijo acercándola y besándola apasionadamente.

–Ten cuidado con la cremallera. Va muy justa –le respondió ella sin protestar ni un ápice. Sí, tendría que retocarse el maquillaje y volver a vestirse, pero una de las cosas que más le gustaban de Zarif era la intensidad de la pasión que sentía por ella, de su deseo hacia ella.

–No volveré a tenerte para mí solo hasta la madrugada… como poco –se lamentó Zarif–. Belle, Betsy y tú os ponéis a hablar y no tenéis fin.

–Sabes que tú haces lo mismo con tus hermanos… En las últimas vacaciones que pasamos con Nik y Betsy la primera noche te acostaste al amanecer –después de quitarse la lencería con delicadeza, Ella se tendió desnuda en la cama, sin quitarse los zafiros, y observó cómo su marido se desnudaba disfrutando de cada centímetro de piel que iba quedando al descubierto. Cinco años no les habían hecho perder la pasión, pensó agradecida.

–Y te pusiste hecha una furia y te fuiste de la cama y por eso ahora sé qué no tengo que hacer –le susurró él con sus impactantes ojos clavados en sus exuberantes curvas–. ¡Qué preciosa eres, *habibti*!

–Pero me voy a volver a poner gorda –le respondió decidiendo que era buen momento para darle la noticia.

–¿Gorda? –repitió aturdido.

–¿Recuerdas aquella ducha en la Vieja Fortaleza… sin preservativos? –le recordó–. Decidimos correr el riesgo…

–¿Estamos embarazados otra vez? –exclamó con una gran sonrisa de satisfacción–. ¡Me encanta cuando estás embarazada! Y no te pones gorda, ¡te pones exuberante, curvilínea, sexy!

Se tendió en la cama con un deseo aún mayor por la mujer que había transformado su vida y la observó con inmenso orgullo y ternura.

–A lo mejor esta superfertilidad es cosa de los Ravelli y tenemos que darle las gracias a mi padre por ese don.

–¿Y el don de ser «absolutamente insaciable»? ¿También se lo agradecemos a él? –le preguntó ella haciendo girar los ojos en las órbitas con un gesto muy cómico porque le encantaba que no pudiera quitarle las manos de encima.

–No, eso solo me lo provocas tú –le dijo tendiéndose sobre ella y agachando la cabeza para lamer un rosado pezón–. Podría comerte a cada momento del día o de la noche…

–Y lo haces con frecuencia.

–No puedo evitarlo… Te amo tanto, *habibti* –murmuró con pura sinceridad.

Ella deslizó las manos por su exquisito cabello negro y sus espectaculares pómulos y le dijo que también lo amaba.

Para cuando llegaron sus invitados ya estaban vestidos y perfectos. Hatim y Murad habían quedado liberados de su

«cautiverio» para ir a jugar con sus emocionados primos y el alboroto de sus juegos y de las conversaciones de sus padres resonaron por los antiguos muros del palacio dotándolo de más vida de la que había gozado en siglos.